

CARLOS BERNARDO GONZALEZ PECOTCHE

(Raumsol)

**DEFICIENCIAS
Y PROPENSIONES
DEL SER
HUMANO**

Nadie puede afirmar que domina conscientemente el campo de su propia psicología, si no ha enfrentado antes con éxito las fallas caracterológicas que lo agobian.

BUENOS AIRES

La estructuración de este libro, que entraña un alto objetivo pedagógico y formativo, muestra con harta evidencia que la Logosofía va directamente a la raíz del viejo y hasta hoy insoluble problema del perfeccionamiento humano, resolviéndolo definitivamente.

No hemos de negar que una u otra vez se hayan mencionado las deficiencias y propensiones dadas a conocer en la presente obra. Nadie ignora, en efecto, que hay sujetos vanidosos, impulsivos, egoístas, indolentes, indiscretos, etc., pero, ¿quién se ha ocupado de concretarlas a fondo, no sólo como deficiencias caracterológicas que afectan la vida psíquica, moral y espiritual del ser, sino como parte de un estudio integral derivado de un plan de evolución consciente? Sólo la ciencia logosófica las ha enfocado desde su propia concepción original, permitiendo el desarrollo de la conciencia y, consecuentemente, la depuración progresiva de tales deficiencias, como factores de perturbación permanente en la vida del hombre.

El examen analítico y la descripción que de cada deficiencia y propensión hacemos para presentarla a los ojos del entendimiento que quiera apreciar su realidad, muestran la importancia incuestionable que asume su conocimiento en la conducción consciente de la vida. Tan me-

(Continúa en la 2ª solapa)

DEFICIENCIAS Y PROPENSIONES
DEL SER HUMANO

DEL AUTOR

- Axiomas y principios de logosophía.* 1er. tomo, 128 págs., 1934.
Cartas iniciáticas. 144 págs., 1935.
Logosofía. Tratado elemental de enseñanza. 104 págs., 1936.
Axiomas y principios de Logosofía. 2º tomo, 122 págs., 1937.
Artículos y publicaciones (Recopilación). 120 págs., 1937.
Perlas bíblicas. 228 págs., 1938.
Nueva concepción política. 240 págs., 1940.
Biognosis. 176 págs., 1940.
Intermedio logosófico. 216 págs., 1950.
Introducción al conocimiento logosófico. 494 págs., 1951.
Diálogos. 212 págs., 1952.
Exégesis logosófica. 110 págs., 1956.
El mecanismo de la vida consciente. 125 págs., 1956.
La herencia de sí mismo. 32 págs., 1957.
Logosofía. Ciencia y método. 160 págs., 1962. 2ª Edición.
El señor de Sándara. 512 págs., 1959.
Deficiencias y propensiones del ser humano. 208 págs., 1962.

EN PORTUGUÉS:

- O mecanismo da vida consciente.* 132 págs., 1957.
Exegese Logosófica. 114 págs., 1957.
Logosofía. Ciência e método. 132 págs., 1959.

EN INGLÉS:

- Logosophy. Science and method.* 108 págs., 1959.

CARLOS BERNARDO GONZÁLEZ PECOTCHE
(RAUMSOL)

DEFICIENCIAS
Y PROPENSIONES
DEL SER HUMANO

BUENOS AIRES

1962

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
y reservados los derechos de autor

PRIMERA PARTE

METODOLOGÍA DE LAS DEFICIENCIAS
Y PROPENSIONES

INTRODUCCIÓN

Antes de entrar de lleno en el desarrollo de la obra será necesario brindar al lector un conjunto de explicaciones que pondrán a su disposición los elementos mínimos exigidos por tan importantísima parte del conocimiento de sí mismo: la correspondiente a las **deficiencias psicológicas**, por ser causas determinantes de la incapacidad e impotencia de los esfuerzos humanos en procura del despertar consciente en las altas esferas del espíritu.

“ Desde que el hombre comenzó a tener las primeras nociones de moral se le ha repetido que debe ser bueno, que debe elevar su vida y ser mejor, pero, ¿se le ha enseñado positivamente cómo hacer para alcanzar semejante desiderátum? La respuesta, por demás sugestiva, la ofrece el estado de increíble desorientación en que hoy se encuentra. No se le ha enseñado cómo ser mejor. Los que han pretendido hacerlo carecían de conocimientos capaces de sustanciar ese propósito, y,

a falta de ello, adoptaron el sistema de inculcar en el semejante, desde la más tierna edad, pensamientos y sugerencias reñidos con su razón y su sensibilidad.

Inculcar ideas que no responden a fines superiores, sino a fines de sumisión —como se ha procurado, en parte con éxito—, es hacer de las mentes humanas moldes rígidos, destinados a la recepción ciega de un saber quimérico. Y decimos “quimérico” porque el auténtico saber no endurece la mente, no la fanatiza ni la somete a farsas dogmáticas; antes bien, propicia las manifestaciones del libre albedrío y despierta la conciencia individual.

Se ha buscado —bueno es destacarlo para que nadie se llame a engaño—, se ha buscado, decimos, lo fácil, lo ilusorio y seductor para conquistar adeptos a una u otra secta religiosa, a una u otra tendencia filosófica o ideológica extremista, en las que luego queda el ser enjaulado tras los barrotes de los innúmeros prejuicios que infunde la credulidad. Pero si bien el **alma humana** es sugestionable por excelencia y sufre con resignación incomprensible el anonadamiento de su capacidad perceptiva y analítica, el **espíritu** reclama en cambio, con indagadora insistencia, tratamiento y respeto propios de su paridad existencial. Se explica así cómo a través de las generaciones se ha ido acentuando una rebeldía espontánea, gestada en espíritus indómitos; en aquellos, lógicamente, que se resistieron a admitir ese trato asaz contrario a la evolución integral del hombre.

Por nuestra parte hemos declarado inoperantes y faltos de consistencia los métodos ensayados hasta aquí con miras al perfeccionamiento humano, por no contener éstos los conocimientos básicos de la estructuración mental, psicológica y espiritual que caracteriza a cada individuo, ni tampoco el dominio de los factores que gobiernan la vida interna.

Nuestra concepción parte del estudio de la **propia mente**, por ser ésta, específicamente considerada, el órgano promotor de la vida psíquica, y se proyecta sobre los pensamientos, por ser los agentes naturales que configuran la vida de cada hombre en sus aspectos más preponderantes. Prueba de que los caminos hasta ahora seguidos han sido equivocados nos la da, sin más trámites, el hecho de que ninguno llevó al hombre a meta alguna que evidenciase la culminación de un proceso de perfeccionamiento integral y consciente. No podía ser de otro modo, desde que se omitió comenzar por lo esencial: conocer, bloquear, debilitar y anular cuantas deficiencias psicológicas afectan a la criatura humana, para que su nefasta influencia no perjudique ni detenga el proceso de evolución mediante el cual se rompen las limitaciones a que está sujeto el ser corriente por falta de preparación y fortalecimiento internos adecuados.

Queremos significar con lo dicho que no ha habido en el estudio de las posibilidades humanas referencia alguna a este género de conocimientos que ofrece hoy la concepción logosófica. Se ha hablado esporádi-

camente y en términos generales de los vicios y defectos del hombre, pero en ningún momento la reflexión de filósofos y psicólogos se detuvo a investigar el origen de tales deficiencias caracterológicas y, menos aún, a encontrar una fórmula o procedimiento capaz de extirparlas.

Cierto que ello no hubiera sido posible con las anticuadas e inoperantes concepciones vertidas hasta ahora sobre la psicología humana. Era necesario, pues, abrir una brecha que condujera al hombre al conocimiento de sí mismo. Esto es lo que ha hecho la ciencia logosófica, y de ello dejamos constancia en el presente libro, en el que concretamos imágenes didácticas y claras sobre lo que debe hacer el ser humano para conocer sus fallas y predisponerse a eliminarlas.

Dijimos anteriormente que uno de los planteos que la Logosofía presenta como necesarios al conocimiento del hombre es el de las deficiencias que lo esclavizan y que, en mayor o menor grado, cada uno acusa sin poder evitar las derivaciones contraproducentes que tienen sobre su psicología. A ello agregamos que el estudio y empeño constante por neutralizarlas y anular su nefasta influencia en la vida del ser es parte irrenunciable del proceso de evolución consciente que éste debe realizar.

Deliberadamente hemos separado el estudio de las deficiencias de los que forman la imagen central del conocimiento de sí mismo, por razones inherentes a la pedagogía logosófica. No obstante hacemos presente

que, cuando se trate de aplicar lo que resulte de su examen, deberán usarse todos los recursos provenientes de aquellos otros por tratarse de estudios paralelos, concurrentes en su totalidad al perfeccionamiento que se persigue.

El cuadro de las deficiencias que acusa la criatura humana desde que nace hasta el confín de su vejez podría parecer desalentador. Sin embargo, ello no debe abrumar el ánimo, por cuanto es preferible conocer qué enemigos tenemos **dentro** para combatirlos con lucidez mental, a ignorarlos mientras quedamos a merced de su influencia despótica, soportando dócilmente la mayoría de los disgustos y quebrantos que diariamente nos endosan. Y si se comprueba que una u otra deficiencia no existe en el ámbito personal, ¿no es acaso un sincero y efectivo humanismo el que puede ejercerse ayudando a los demás a desprenderse de ellas? La ausencia de un gesto de esa índole pondría al descubierto una falla censurable, el **egoísmo**, que revela a su vez falta de solidaridad humana.

Fácilmente podrá apreciarse que la forma natural y positiva que usamos para presentar estas realidades impide, desde todo punto de vista, crear un complejo de inferioridad en nadie, pues ofrecemos en cada oportunidad los conocimientos que facultan al hombre para desembarazarse de tan penosa carga; y ya se sabe con cuánta lozanía, frescura y fuerza revive el árbol después de habersele podado ramas inútiles y librado de plagas que lo agostan.

Al revelar al entendimiento individual esta realidad que se desconocía o que se resistía a conocer, como es la del arraigo de deficiencias en su propia vida, no se aparta de nuestro propósito neutralizar el complejo de superioridad que la mayoría de las personas acusa en su psicología, puesto que ese complejo de superioridad es el que disimula u oculta los defectos o fallas psicológicas que tanto afectan el desenvolvimiento de las posibilidades mentales y espirituales que todo ser contiene internamente. Esto habrá de llevar al investigador consciente a detener su examen y análisis sobre nuestros pronunciamientos y a observar con serenidad de juicio la utilidad que puede extraer de los mismos, si se ubica en el plano de lo imparcial dentro de sus apreciaciones personales.

Nuestra enseñanza destruye la inconsistente y presuntuosa afirmación, tan frecuentemente aludida, "Genio y figura hasta la sepultura", puesto que al modificar las causas que determinan la configuración psicológica defectuosa del individuo, modifica también la vida del mismo en la totalidad de su contenido. Se apreciará, pues, que con la afirmación citada el hombre echa un velo sobre su propia realidad interna cerrando el paso a toda posibilidad de ennoblecer su conducta, sin advertir que tal cosa implica negar a la criatura humana todo derecho al perfeccionamiento, y, asimismo, negar la ley de evolución.

El hecho de que una persona asegure que adolece de esta o aquella deficiencia no siempre prueba

que se halla en lo cierto, ya que a menudo ello proviene del desconocimiento que tiene de sí. Por otra parte, no son pocos los que prefieren ignorarse a tener que confesarse en falta ante sus conciencias por el descuido en que incurren respecto a tan primordial deber para consigo mismos.

La Logosofía, al internar al hombre en su propio mundo interno, hace que advierta el error de insistir en actitudes que entorpecen su desenvolvimiento moral. Poco a poco éste comprende lo dañoso de esa postura y el valor de aplicarse al cultivo de las calidades que surgen espontáneas del alma tras el desarraigo de los defectos que la oprimen.

No nos extrañará que ante el esquema palpable y elocuente que presentamos en este libro sobre las numerosas deficiencias que acusa la persona humana y la posibilidad de su desprendimiento o eliminación, alguien se sorprenda y hasta manifieste cierto desdén, como si se tratara de alguna rara utopía que, por inalcanzable o quimérica, merece hacérsela a un lado.

A semejantes actitudes hemos opuesto siempre la demostración palmaria de nuestras afirmaciones. Las numerosas personas que practican con acierto y dedicación las verdades logosóficas ratifican a diario lo que todavía es materia de duda para el que nada hace por esclarecerlas.

Debemos hacer notar, sin embargo, que el ponderable beneficio que fluye de los recursos sembrados a lo largo de esta obra para liberar a cada ser humano

de las cadenas psicológicas representadas por sus deficiencias, es magro fruto comparado con el que se obtiene siguiendo el método logosófico, que, al mismo tiempo que guía al conocimiento de sí mismo, enseña a realizar el proceso de evolución consciente, singular quehacer interno donde tanto el hombre como la mujer encuentran el verdadero rumbo de sus vidas.

Cuando se advierta que la institución de estos comportamientos superiores del hombre va plasmando una recia cultura, que es a la vez base de una nueva civilización, más consciente de sus adelantos en cuanto al desarrollo de las potencias del espíritu y a su vinculación con el mundo trascendente o metafísico, nadie deseará quedar rezagado ni aceptará voluntariamente una exclusión que lo deje fuera del cauce de este gran movimiento de superación humana.

Si alguien llegase a suponer que el estudio y realización logosóficos habrían de demandarle mucho tiempo, reiteramos aquí lo que ya hemos dicho otras veces: Tan sólo bastará reducir aquél que cada cual emplea con exceso en las cosas triviales de la vida. El estudio y realización logosóficos no requieren más. Por otra parte, muchos buscan “matar el tiempo” entregados con fervor a sus “hobbies”. ¿Por qué no convertir en **tema favorito** lo que habrá de brindar más valederos beneficios y satisfacciones?; esto es, ponerse a la tarea de estudiar cada deficiencia en sí mismo y probar ante la propia conciencia que se es capaz de superarlas.

Lo dicho tal vez alcance a dar una idea aproximada de los efectos benéficos que pueden obtenerse con esta nueva enseñanza, tan necesaria en los tiempos actuales, faltos de una palabra convincente y rectora que oriente al género humano.

DEFICIENCIA Y ANTIDEFICIENCIA

DEFICIENCIA: Logosofía llama así al pensamiento negativo que, enquistado en la mente, ejerce fuerte presión sobre la voluntad del individuo induciéndolo de continuo a satisfacer su insaciable apetito psíquico. Es el pensamiento típicamente **dominante u obsesivo**, que al par que cumple una función totalmente perjudicial tiene tanta influencia en la vida del ser humano y se evidencia de tal manera, que éste es apodado por sus semejantes con el nombre del pensamiento-deficiencia que lo caracteriza. Es así como en unos casos el sujeto es llamado vanidoso, rencoroso, egoísta, terco, intolerante, y, en otros, engreído, hipócrita, fatuo, entrometido, obstinado, necio, etc. Lo curioso es que su poseedor permanece por lo general al margen de ello, tal vez debido a que quienes lo identifican con el defecto que padece no se lo dicen por tratarse de un secreto que gustan compartir a sus espaldas.

La configuración de una deficiencia puede variar en un mismo individuo. Esto quiere decir que no siempre una deficiencia se comporta en igual forma, lo que hace a veces difícil su reconocimiento. De ahí que sea tan importante realizar el proceso de evolución consciente que lleva al conocimiento de sí mismo, porque en él cada deficiencia puede ser observada sin perdersela de vista y reconocida en los rasgos típicos de su exaltación, cualesquiera sean las variantes que ofrezca o las apariencias de que se revista.

Toda deficiencia es producto del desvío experimentado por el hombre en la integración de sus calidades y del mal uso de sus condiciones intelectivas, psíquicas y morales. El desconocimiento de su propio existir como ente consciente y capaz le hace cometer innumerables errores que afloran luego como deficiencias impresas en su psicología.

Las deficiencias, en suma, ofician de quintacolumnas psicológicas, introducidas en nuestro ser interno por los agentes del mal. De ahí el trabajo que cuesta descubrirlas, convencerse de su realidad y afrontar con entereza la tarea de desarraigarlas y expurgar nuestra vida, a la que tanto dañan y deprimen.

ANTIDEFICIENCIA: Es el pensamiento específico que hemos seleccionado para conferirle la misión de oponerse a determinada deficiencia. Merced a su influjo la voluntad se fortifica y obra sobre la inteligencia instándola a movimientos mentales tendientes a anular el despotismo que ejerce el pensamiento-de-

ficiencia sobre los mecanismos mental, sensible y espiritual del hombre.

Antideficiencia es un pensamiento-policía que debe ser instituido en la mente con el objeto de **vigilar**, **reprender** y **paralizar** temporaria o definitivamente al pensamiento-deficiencia.

TÉCNICA PARA ENFRENTAR LAS DEFICIENCIAS

En los comienzos de la labor habrá de tropezarse sin duda con dificultades, más que nada de orden comprensivo, pues se imponen repetidas pruebas antes de encauzar con un respetable margen de precisión los trabajos que se realicen para localizar cada deficiencia. Una vez logrado, será menester llevar la investigación bien a fondo en la discriminación de la forma que puedan presentar, a fin de descubrir la sutileza con que actúan los pensamientos que las configuran, en razón de que éstos, para eludir la observación personal suelen encubrir la intención con gran diversidad de apariencias. Guardan estrecha similitud con el camaleón, que disimula su presencia tomando el color de la piedra o del árbol donde se posa. De ahí que cuando a una deficiencia se le ponen los puntos haya que perseverar en su vigilancia, ya que su

argucia podría impedir sorprenderla en el instante de su manifestación. Un atinado examen hecho "a posteriori" ofrecerá la oportunidad de conocer sus ágiles movimientos y establecer de qué manera y en qué dimensión afectan al ser psicológico y repercuten en la vida, pudiendo asimismo observarse si se halla uno más dispuesto a trazar con ella y a otorgarle indulgencia o condescender con sus impulsos, que a afirmar la resolución de combatirla.

Establecido el grado de perjuicio que causa una deficiencia, deberá aplicarse sin pérdida de tiempo el método de extirpación gradual, debilitándola con oportunos reajustes. A tal efecto habrá de mantenerse inalterable el propósito de superación y la atención sobre la conducta, que ha de ser paulatinamente adaptada a las demandas de la antideficiencia. De la compenetración de esta labor interna, conscientemente cumplida, irá surgiendo cada vez más activo el poder de la voluntad para dominar cualquier deficiencia que pretenda alterar la conducta.

Fórmese ahora el lector la imagen de un hacendado de otra época cuyas tierras han sido invadidas por fieras, las cuales, tras asolar sus campos, sedientas de sangre se lanzan contra su vivienda con el objeto de acabar con él. Suponga también que alguien hubiese hecho llegar al hacendado armas de fuego para la defensa de su vida y de sus bienes, armas que jamás había visto, y cuyo uso en consecuencia desconoce. ¿Qué hará con ellas si no sabe emplearlas? Porque las

fieras, aunque se asustan de los estampidos, pronto se acostumbran a ellos y vuelven al asedio no bien comprueban su inoperancia. Pues bien, los conocimientos logosóficos serán tan inoperantes como las armas si no se los sabe emplear; hay que aprender, por lo tanto, a usar de ellos, para lo cual habrán de servir de guía segura las presentes recomendaciones.

Téngase en cuenta, asimismo, que las deficiencias, por su parte, son también fieras, fieras mentales que no se conforman con devorar los pensamientos y proyectos útiles que cada uno almacena o cultiva en su campo mental, sino que su afán de destruir —verbi-gracia el pesimismo, la obstinación, el descuido, la irritabilidad, la vehemencia, etc.— las induce a atentar contra los sentimientos más nobles e incluso contra la vida misma de su dueño. Es menester, pues, terminar con esos pensamientos si no se quiere que ellos terminen con uno. Por consiguiente, se ejercitará la puntería, y, con cautela, se procederá a perseguirlos hasta darles caza y librar la propiedad mental de todo ente maligno.

Todas las deficiencias, desde la más benigna hasta la más gravosa, afectan, como las enfermedades al cuerpo, la vida psíquica. No se ilusione nadie creyendo que una deficiencia, por leve o inofensiva que parezca, puede permanecer en su mente sin dañarlo, porque podría sucederle lo que al campesino que descubrió dos cachorros de tigre y, presumiendo que a su lado crecerían mansos e inofensivos, llevólos a su

hacienda y los crió. Cierta día, desarrollados ya, olvidó llevarles alimento; impulsados por el hambre, los tigres, al verlo, se arrojaron sobre él y lo destrozaron para devorarlo. Las fieras, mientras no se las elimine, serán siempre fieras, así como las deficiencias serán siempre deficiencias mientras el hombre no haga nada por extirparlas.

Es indudable que en este género de realizaciones se agilitan los movimientos internos que mejor responden a las aspiraciones individuales de perfeccionamiento. Pertrechado el ser con los elementos que la Logosofía acerca a su entendimiento, no le será difícil encauzar sus esfuerzos con decisión y acierto hacia el logro de ese fin. Pero se recordará lo que hemos dicho antes y ahora repetimos: La aplicación de un conocimiento logosófico sobre determinada deficiencia no debe limitarse a una sola vez; la acción combativa debe ser constante, no ejercida con brusquedad, pero sí con firmeza y resolución.

Señalaremos aún como medio altamente eficaz de combatir tan detestables enemigos de la sensibilidad humana, la observación de deficiencias en nuestros semejantes, observación que se hará sin perder de vista las propias, sobre todo cuando se trate de irregularidades que guardan similitud con las que uno tiene empeño en neutralizar. En el efecto desagradable que nos producen las malas actuaciones ajenas, podrá apreciarse el que nosotros causamos en circunstancias análogas, surgiendo de tan sencilla confrontación, con

mayor vigor que antes, la resolución de hacernos más gratos y soportables.

El citado procedimiento —que jamás deberá emplearse para criticar, sino como motivo de perfeccionamiento, halla la complementación que exige su equilibrio cuando se tiene cuidado de observar también la óptima impresión que producen las virtudes del prójimo. He ahí el estímulo natural que debe inspirarnos a desarrollar iguales virtudes y a convertirnos en ejemplos vivos de captación y asimilación de valores espirituales y éticos, valores que la sensibilidad y la conciencia reclaman como indispensables para mover y activar las propias bases internas de superación.

DEFICIENCIAS GENERALIZADAS EN EL SER HUMANO

FALTA DE VOLUNTAD. IMPULSIVIDAD. SUSCEPTIBILIDAD. INDISCRECIÓN. INADAPTABILIDAD. OBSTINACIÓN. VANIDAD. FALSA HUMILDAD. INDOLENCIA. DESOBEDIENCIA. IRRITABILIDAD. CORTEDAD. SOBERBIA. DESASEO. FALTA DE MEMORIA. ENGREIMIENTO. NECEDAD. DISPLICENCIA. IMPACIENCIA. DEBILIDADES. ENTROMETIMIENTO. INDISCIPLINA. HOSQUEDAD. EGOÍSMO. DESORDEN. BRUSQUEDAD. INTEMPERANCIA. INDIFERENCIA. CODICIA. VERBORRARIA. RENCOR. INCUMPLIMIENTO. VEHEMENCIA. INTOLERANCIA. AMOR PROPIO. TERQUEDAD. CREDULIDAD. INCONSTANCIA. HIPOCRESÍA. CURIOSIDAD. FATUIDAD. NEGLIGENCIA. RIGIDEZ. PETULANCIA.

CLASIFICACIÓN DE LAS DEFICIENCIAS

A fin de que pueda llevarse a cabo con la debida eficacia el desplazamiento de las deficiencias que afectan la psicología, hemos clasificado a éstas en tres grupos, a saber: a) dominantes mayores, b) dominantes menores, c) benignas.

Mediante un amplio y detenido examen personal de la manera de ser y del comportamiento habitual podrá determinarse qué deficiencias han influido con mayor o menor preponderancia sobre el carácter, sobre las inclinaciones, la conducta de orden general y, especialmente, sobre los pensamientos.

Es indudable que por más indulgencia que el ser tenga para consigo al llevar a cabo este examen, habrá de reconocer que una, dos o cuatro de sus deficiencias figurarán en el primer grupo, y algunas más en el segundo, correspondiendo las restantes al tercero, o sea al de las benignas.

Es fácil inducir que esta primera clasificación será provisoria y tendrá más bien carácter de ensayo, puesto que lo natural es que a medida que se autoinvestiga

se produzcan variantes en la apreciación que modifiquen el criterio anterior. Podrá suceder, por ejemplo, que una o varias de las deficiencias incluidas en el primer grupo correspondan al segundo o viceversa. También podrá ocurrir que alguna del grupo benigno accione sorpresivamente predominando en determinada circunstancia, hecho éste que deberá observarse con especial atención a fin de vigilar su posible reincidencia, lo que la colocaría en el segundo o en el primer grupo. Aconsejamos no descuidar este punto y mantener un firme control sobre la deficiencia en estudio, a fin de determinar sin equívocos su ubicación.

CÓMO NEUTRALIZAR UNA DEFICIENCIA

Sugerimos trabajar empeñosamente sobre las que integran el primer grupo, por ser las que más perjudican la vida del individuo, y advertimos desde ya que no es tarea fácil, pero sí muy interesante y de incuestionable valor.

Lo esencial es que quien se proponga llevar a cabo esta tarea sepa, sin el menor asomo de duda, que una **deficiencia** puede ser reemplazada por una **eficiencia**, o sea que anulando el déficit, puede disfrutarse del positivo margen que arroja la labor cumplida.

Supongamos ahora que una de esas deficiencias

sea la **susceptibilidad**, sinonimia de quisquillosidad. Es bien sabido que el que la padece se molesta en el trato común por el más nimio motivo y aun sin ninguno, y busca incluso pretextos que le acuerden razones para responder en forma inconveniente a quienes alternan con él. Lo eficaz, pues, desde el instante de enfrentar dicha deficiencia, es oponerle la antideficiencia correspondiente; en este caso la **ecuanimidad**. Vale decir que la ecuanimidad será el objetivo a lograr, para lo cual habrá que poner el máximo empeño. ¿Adónde nos llevará el cultivo de la antideficiencia? A precisar en nosotros el sentido de la inalterabilidad. Ella dará mayor equilibrio a nuestro juicio, más claridad a nuestro entendimiento y, desde luego, nos hallaremos muy por encima de las pequeñeces que tan profundamente hieren nuestra susceptibilidad. Evitaremos, por lo tanto, las alteraciones que promueve la deficiencia, y alcanzaremos esto permaneciendo atentos a todos los momentos de nuestra actividad cotidiana. Veremos así cuántos factores inciden en las alteraciones de nuestro temperamento, principalmente nuestros pensamientos, que tendremos que aquietar y disciplinar.

Siendo que esta deficiencia expone a frecuentes rencillas y resentimientos con los semejantes, habrá que cuidar mucho en el trato con ellos cualquier resquemor o irritabilidad sintomáticos de la misma. Se repetirá esto tantas veces como sea necesario, hasta automatizar el procedimiento, con lo cual se habrá

logrado debilitar considerablemente la deficiencia. Mas, por mucha satisfacción y alegría que este ejercitamiento nos proporcione, no deberá conformar aún nuestra exigencia; será necesario más; será necesario llegar a neutralizarla por completo, no dándole en ningún momento oportunidad para que reincida en perjuicio nuestro.

Veamos a continuación otro ejemplo de lo que ocurre al analizar el ser sus actuaciones aplicando la observación consciente:

Hemos descubierto que opera habitualmente en nosotros un pensamiento impulsivo, de viejo arraigo en nuestra mente; que sus arrebatos frecuentes han grabado en nuestra psicología los rasgos irreflexivos de la deficiencia a la cual pertenece: la **impulsividad**. Conscientes ahora de los excesos a que nos conduce y de los contratiempos que nos acarrea, quisiéramos librarnos de ella y desarrollar en cambio la condición opuesta, cabalmente determinada y conscientemente forjada, esto es, la **contención**. Lograda la comprensión que antecede habrá que entregarse a la tarea de incorporar a la vida mental la contención, o sea el pensamiento seleccionado para neutralizar la deficiencia. A ese pensamiento habrá que ejercitarlo dentro de la mente, y, cuando haya adquirido vida propia y fuerza suficiente, se verá cómo induce al entendimiento a volver una y otra vez al estudio atento y minucioso de la enseñanza logosófica que habrá de robustecerlo. Se verá asimismo que este hecho agudiza la observa-

ción sobre sí mismo y aun sobre aquellos en quienes se sorprende idéntico defecto; que estimula la atención a las propias actuaciones para que se tenga oportunidad de asociar a la vida los elementos extraídos de las dos operaciones anteriores, vale decir, del estudio y de la observación; que permite extraer conclusiones y consignar los resultados que se vayan obteniendo para que sus frutos tengan vigencia duradera en la vida. Con todo esto, el pensamiento de contención irá asumiendo cada vez mayor autoridad y, por consiguiente, mayor acción dentro del espacio dimensional de la mente, que es su natural medio psicológico.

TABLA DE DEFICIENCIAS Y ANTIDEFICIENCIAS TRATADAS

Amor propio	— Modestia
Brusquedad	— Suavidad
Codicia	— Honestidad
Cortedad	— Resolución
Credulidad	— Saber
Curiosidad	— Circunspección
Debilidad	— Fortaleza
Desaseo	— Pulcritud
Desobediencia	— Obediencia
Desorden	— Orden

Displacencia	— Expansión del ánimo
Egoísmo	— Desprendimiento
Engreimiento	— Modestia
Entrometimiento	— Circunspección
Falsa humildad	— Sinceridad
Falta de memoria	— Memoria consciente
Falta de voluntad	— Decisión
Fatuidad	— Sencillez
Hipocresía	— Veracidad
Hosquedad	— Afabilidad
Impaciencia	— Paciencia inteligente
Impulsividad	— Contención
Inadaptabilidad	— Adaptabilidad
Inconstancia	— Perseverancia
Incumplimiento	— Formalidad
Indiferencia	— Interés
Indisciplina	— Disciplina
Indiscreción	— Discreción
Indolencia	— Autodeterminación
Intemperancia	— Continencia
Intolerancia	— Tolerancia
Irritabilidad	— Templanza
Necedad	— Prudencia
Negligencia	— Diligencia
Obstinación	— Transigencia
Petulancia	— Cordura
Rencor	— Bondad
Rigidez	— Flexibilidad
Soberbia	— Humildad
Susceptibilidad	— Ecuanimidad
Terquedad	— Docilidad
Vanidad	— Modestia
Vehemencia	— Serenidad
Verbosidad	— Concisión

PROPENSIÓN

Es el pensamiento negativo que trata de enquistarse en la mente del individuo, en tanto ejerce presión sobre la voluntad para satisfacer la tendencia que lo particulariza.

Difiere de la deficiencia, que actúa dominando el campo mental y volitivo y se caracteriza por su filiación netamente arbitraria, en que la propensión se manifiesta como síntoma predisponente de la anomalía que refleja. No genera como aquélla el impulso indómito, sino que promueve la relajación circunstancial del juicio, al que incita a pronunciarse con ligereza, vale decir, sin el debido resguardo de la razón, de la observación, del pensar y el sentir del sujeto.

La propensión se manifiesta esporádicamente; la deficiencia, permanentemente. Una y otra son a menudo producto de la propia herencia, pudiendo neutralizarse la primera con relativa facilidad, mientras que la segunda persiste indefinidamente si no se la enfrenta con la firme determinación de vencerla.

El conocimiento de esta particularidad psicológica unido a la preceptiva que aconsejamos para su identificación dentro de la esfera individual, dan al hombre las defensas mentales que lo liberan de su nociva influencia.

NÓMINA DE LAS PROPENSIONES TRATADAS

PROPENSIÓN AL ENGAÑO, A ADULAR, A LA FRIVOLIDAD, AL DISIMULO, A PROMETER, A CREER, A LA ILUSIÓN, AL DELEITE DE LOS SENTIDOS, AL AISLAMIENTO, A LA EXAGERACIÓN, A LO FÁCIL, AL ABANDONO, A LA DISCUSIÓN, AL DESALIENTO, A LA DESESPERACIÓN, A LA DESATENCIÓN, A LA IRA, A CONFIAR EN EL AZAR, AL VITUPERIO, AL PESIMISMO, A LA LICENCIA, AL DESCUIDO.

SEGUNDA PARTE

DEFICIENCIAS

Def.: FALTA DE VOLUNTAD

Ant.: DECISIÓN

He aquí una de las deficiencias más comunes en el ser humano, la que más perjuicios le ocasiona y la que influye particularmente para que las demás se enseñoreen en él.

Casi siempre comienza a pronunciarse en la niñez, unas veces por su origen congénito y otras porque la ausencia de incentivos o de necesidades durante ese período atrofia en cierto modo la zona temperamental que define la capacidad de iniciativa o de empresa. El impulso volitivo queda así paralizado, es decir, no se vigoriza su desarrollo con el ejercicio natural de enfrentar obligaciones y dificultades, y se manifiesta tan sólo a raíz de aquellas cosas fáciles de hacer o lograr, siempre del agrado del niño.

Si la edad juvenil encuentra al ser en tales condiciones es indudable que, en el mejor de los casos, éste usará su voluntad cuando la necesidad lo obligue o cuando algo le apetezca, pero le faltará a esa voluntad el aliciente que la mueva en procura de horizontes más

amplios y promisorios para su vida. Acostumbrado a hacer sólo lo indispensable, lo que las circunstancias le exigen y aún menos, dejará irremisiblemente postergado todo lo demás y, acosado por el desgano, no es difícil que termine sumido en abulia moral y psíquica.

Es común que en la edad madura la bulastenia presente características crónicas, debiendo quienes con tanta intensidad la padecen clasificar esta deficiencia en el primer grupo, o sea el de las dominantes mayores, ya que ella propicia, como dijimos antes, el afianzamiento de muchas otras. Mas no siempre llega la abulia a la cronicidad, y no es difícil deducir que cuanto menor sea su arraigo en la persona a quien domina, tanto más fácil resultará superarla.

Hemos de referirnos también a aquellos casos en que la falta de impulso volitivo sobreviene inesperadamente frente a circunstancias adversas, como ser, fracasos o frustraciones que el hombre experimenta en la vida, a veces reiteradamente, ante los que sucumbe por falta de adecuado adiestramiento que lo conduzca, ante todo, a hacer buen uso de su facultad de pensar, ya que sabido es que quien no piensa, lejos está de movilizar sus pensamientos y su voluntad en la elaboración de alicientes que tornen más benigno el proceso de su existencia.

Voluntad es la fuerza psíquica que mueve las energías humanas y pone en función las determinaciones de la inteligencia para bien, defensa y superación del individuo. La falta de voluntad anula esas posibilida-

des y postra al ser en la indiferencia y la inercia, hace fracasar su inteligencia y llega incluso a pervertir su sensibilidad, porque lo expone a todas las tentaciones y contingencias que lo acechan.

Los movimientos de la voluntad, pequeños o grandes, son impulsados por dos factores de primordial importancia que se alternan y sustituyen temporal o permanentemente: la **necesidad** y el **estímulo**.

La necesidad opera sobre la voluntad determinando movimientos casi automáticos que conminan al ser a realizar aun aquellas cosas que no quiere o que debió hacer espontáneamente a instancias de su pensar y sentir; su principal agente es el apremio, que no admite dilaciones de ninguna especie mientras urge el cumplimiento de una obligación, de un deber o la satisfacción de una exigencia ineludible.

El estímulo acciona también sobre la voluntad, pero a su vez activa la inteligencia y el sentimiento, despertando el noble afán de reemplazar la estrechez por la abundancia en cada uno de los órdenes de la vida en que la voluntad juega papel preponderante.

La voluntad se excita y toma bríos cuando interviene este último factor. Por cansada que se halle una persona al término de su jornada, si se le ofrece la oportunidad de recrearse o distraerse con algún pasatiempo favorito, difícilmente dejará de hacerlo. Vale decir, la perspectiva de pasar un momento agradable influye aquí directamente sobre la voluntad y la activa. Queda demostrado así cómo se moviliza la vo-

luntad acicateada por un estímulo cualquiera, lo cual da idea de lo mucho que puede lograrse cuando ésta se activa en virtud de estímulos altamente edificantes, como los que proporciona el conocimiento trascendente.

Cuando el futuro es para el hombre una noche sin estrellas, un suceder monótono donde naufragan todas sus esperanzas, la voluntad, carente de estímulos, pierde vigor y queda a merced del azar. La vida no puede ser, sin embargo, el páramo o la estepa en cuyos dilatados confines debamos perdernos sin remedio. Hay que hacer de ella un lugar pleno de encantos, a fin de que nuestra alma encuentre en todo momento y a cada paso el aliciente necesario para marchar segura y decidida por los caminos del mundo.

Conocida la causa determinante de la falta de voluntad que nos acosa, nada más lógico y urgente que eliminar esa causa. Si ante la perspectiva de un largo viaje gustosos nos preocupamos por llenar nuestras maletas, con mayor razón aún hemos de prepararnos para el largo recorrido de nuestra existencia, abasteciendo nuestra voluntad con estímulos capaces de llenar cumplidamente las necesidades del diario vivir. ¿Cuáles son esos estímulos? Por supuesto, varían en cada individuo. Lo que en unos obra incitando a la acción, en otros resulta inoperante. El mejoramiento económico constituye un estímulo para quien lo procura, porque sabe que una vez logrado habrá satisfecho una larga y halagüeña aspiración; el mismo es-

tímulo no cuenta para el que ya disfruta de una posición holgada o es indiferente a ella.

Existe toda una escala de estímulos, desde los más débiles hasta los de más alto poder; pero como su valor es relativo, el hombre mismo debe aprender a crearlos dentro de sí cuando no los siente surgir espontáneamente.

El estímulo aflora del propósito, proyecto, iniciativa o fin que se procura realizar, y sustenta el **entusiasmo**, que es necesario mantener permanentemente durante la prosecución de la obra. Pero téngase en cuenta que el entusiasmo originado por una esperanza no debe ser nunca inflado con los excesos de la ilusión, capaz de agrandarla hasta el punto de aplastar el entusiasmo.

Conformarse con pequeñas esperanzas mientras nos capacitamos para sembrar de estímulos positivos el área de nuestra vida es conocer el secreto para que fructifiquen en sucesión feliz esperanzas y entusiasmos mayores.

Si hemos visto en muchas circunstancias de la vida que la voluntad obra por coacción de la necesidad, ¿por qué no ejercitarla por medio de incentivos que reemplacen ese imperativo y la obliguen a servirnos dócilmente y con toda eficiencia? Por una parte nos alentará el saber que podemos hacerlo, y por la otra, el pensar en la satisfacción que habremos de sentir en el momento del triunfo, cuando cosechemos el fruto del esfuerzo.

La antideficiencia que aconsejamos aplicar en los casos de falta de voluntad es la **decisión**. Para que sea efectiva habrá de practicársela a conciencia, con responsabilidad —como lo requiere toda antideficiencia—, sobreponiéndose empeñosamente al desgano hasta triunfar en el forcejeo psicológico. Debe el ser demostrar que es capaz de contraponer a la abulia que lo domina la decisión de combatirla. Logrará así que haya en él voluntad para todo.

Será necesario, en primer término, querer una cosa o querer hacer algo; pero quererlo con fuerza, para dar lugar a que la antideficiencia entre en vigor. El sólo pensar que se está llevando a cabo una disposición emanada de nosotros mismos, que tiene por fin inmediato nuestro propio beneficio, contribuirá de manera decisiva y sin mayores tropiezos al logro de lo que se busca.

En el principio de ejecución de todo propósito de bien es con frecuencia donde la falta de voluntad se hace presente, mas sabiendo que la causa de ese mal radica en la dejadez hecha hábito, se irá a ella con resolución, apreciando en todo su volumen los perjuicios que ocasiona y sin alimentar por un instante más ninguno de los pensamientos negativos que promueve.

Desde luego que ello exige estar activo, pero el esfuerzo que tal actividad demanda pronto se compensa, porque permite vivir la vida con mayor intensidad, sin que ella escape del propio ser con el tiempo

que se pierde cuando se es víctima de esta deficiencia.

Se trata, pues, de ser consciente en la lucha que comienza al enfrentarse el hombre con ese enemigo que atenta contra lo mejor que posee dentro de sí: las energías que sostienen y dan contenido a su vida moral y espiritual.

La decisión vigoriza el temperamento y hace que el ánimo se recobre en el instante mismo que comienza a decaer. La voluntad, así fortalecida, va erigiéndose en valor inapreciable, constituyéndose en la fuerza que mueve al hombre en procura de los bienes que se prometió para su vida y destino.

Teniendo esto presente, no se dejarán para mañana las cosas que se puedan hacer hoy, ya que el hacerlas oportunamente permite ganar un tiempo que al día siguiente podría destinarse a otros quehaceres.

Cierto es que esta deficiencia puede en algunos casos neutralizarse mediante una rigurosa disciplina, pero a todo aquel que cultiva nuestros estudios le aconsejamos, antes de acudir a imposiciones rígidas, fortalecer más bien su ánimo y ofrecer a la propia voluntad estímulos capaces de convertirla en el centro dinámico de sus energías internas.

Quien realiza el proceso de evolución consciente cumpliendo en la medida de su capacidad las exigencias del adiestramiento interno, aprende a movilizar sus pensamientos y los hace servir a la causa de su perfeccionamiento.

Es mucho lo que el hombre puede conquistar en

el campo de las realizaciones superiores, siendo el saber la máxima prerrogativa que le ha sido concedida. No existe, pues, estímulo mayor para su vida.

El saber acrece la voluntad y hace que todo se consubstancie en la acción.

Def.: IMPULSIVIDAD

Ant.: CONTENCIÓN

Esta deficiencia actúa en forma intempestiva, pues el arrebató mental que la caracteriza influye irresistiblemente sobre la voluntad obligándola a ceder. El pensamiento que la excita parecería estar al acecho de la oportunidad, para saltar como el vibrón de trapo encerrado en la caja de sorpresa.

La impulsividad es, en síntesis, un pensamiento impetuoso que provoca la reacción inmediata de la mente ante cualquier incitación o motivo que surja acuciándolo. En todos los casos se manifiesta como acto irreflexivo del individuo.

Hay circunstancias en que configura un cuadro psicológico contradictorio, ya que personas habitualmente serenas ponen de pronto en evidencia signos inconfundibles de esta imperfección, esto es, alteración del ánimo y consentimiento del desahogo mental.

Hemos dicho en otra parte de este libro que hay

deficiencias que influyen directa o indirectamente sobre las demás, ya activándolas, ya forzándolas a compartir su intención; una de ellas es precisamente la impulsividad. Tiene ésta mucho que ver con la indiscreción, pues el impulso irreflexivo mueve a veces a expresar lo que se siente o piensa con respecto a personas, asuntos o cosas, pese al propósito que se tenía de reservarlo. También hay circunstancias en que la deficiencia obra por su vinculación con la susceptibilidad, el orgullo, el engreimiento, etc.

Por su peculiar índole arbitraria la impulsividad altera de continuo la paz interior. Por otra parte, el impulsivo no mide las consecuencias de los impactos que produce en el semejante, y de sus desplantes surgen con frecuencia actitudes reñidas con el trato exigido por la convivencia, tanto dentro de la órbita familiar como en el medio social que frecuenta, donde no son pocas las personas que se previenen contra él.

Esta deficiencia hace obrar a destiempo, sin oportunidad, sin cálculo, sin medida, y del mismo modo que afecta con su manifestación las zonas mentales del individuo, influye, en los temperamentos emotivos, sobre la región sensible. Adviértese esto en el "shock" emocional que impele al ser a identificarse desmedidamente con el dolor ajeno. En algunos casos la exteriorización del ímpetu emotivo es tan acentuada que alcanza contornos lamentables. Nos referimos a aquellas personas que olvidando sus deberes naturales se dejan tomar con exceso por hechos que

deberían reclamar tan sólo una parte de su conmisericordia.

Son pocos los seres humanos afectados de impulsividad que tienen cabal conciencia de que ella es causa de muchos de sus infortunios. Detenerse con el propósito de impedir que sus desafueros perturben la tranquilidad interior, ayudará a establecer el hábito de la **contención**, que significa nada menos que el dominio de una reacción, siempre arbitraria, con efecto deprimente sobre el ánimo.

Si se tiene de veras interés en llevar adelante ese propósito, se comenzará por hacer un estudio de la deficiencia, anotando cada una de las circunstancias que acudan al recuerdo para mostrarnos cómo se manifiesta nuestra impulsividad y los efectos negativos que produce. En seguida se pondrá en actividad la antideficiencia, que, ejercitada en todo momento, no tardará en darnos prueba de su gran eficacia como elemento neutralizante de la impulsividad.

El hábito de la contención florece al marchitarse la impulsividad, o sea, cuando se la inmoviliza impidiéndole descargar sus arrebatos.

Def.: SUSCEPTIBILIDAD

Ant.: ECUANIMIDAD

Cuando esta deficiencia se circunscribe a las formas benignas de su manifestación no implica, lógicamente, gravedad para quien la padece, pero cuando la epidermis psicológica del susceptible se mantiene en constante erizamiento, he ahí el claro indicio de que la falla ha llegado a su apogeo, con los consiguientes perjuicios para el ser, que sufre ya con intensidad su influencia trastornadora y experimenta con amargura que su trato consigo mismo y con sus semejantes se hace cada vez más difícil.

El susceptible es un sujeto predispuesto a ver en el prójimo una segunda intención, lo que da lugar a que se pique u ofenda con extrema facilidad. Su imaginación desfigura palabras y actitudes y, de acuerdo a ello, se mortifica y atormenta. A menudo cree ver en el semejante el propósito de desmerecerlo, o se resiente por la más leve desatención, y no hay gesto, palabra o actitud de quien tuvo ocasionalmente alguna diferencia con él, que sean justamente interpretadas.

Propio de la tenacidad de su defecto es no dejarse persuadir de los errores que comete; ni aun la reflexión más serena y honesta logra nada en tal sentido. En tan deplorable estado mental, fruto de la

perturbación que sufre su entendimiento, todo le incomoda, pues no hay cosa que encuadre con la rigidez de su pensamiento o esté de acuerdo con su juicio, proyectos, deseos o ambiciones. Ni la pérdida de amistades ni el distanciamiento de quienes hubieron de tolerarlo hasta la culminación de sus excesos alcanzan a veces a convencerle de su error.

Es también un hecho cierto que el susceptible, en razón de sus desaciertos, aumenta de continuo sus celos o los motivos que lo ofenden, pues supone que su conducta promueve comentarios adversos, desconformidad, desagrado, y esto mismo influye para que se sienta afectado por cualquier alusión que se le antoje sospechosa.

La susceptibilidad acompaña generalmente a las personas incapaces de ubicarse con modestia en los cargos o posiciones que ocupan, donde esperan siempre un reconocimiento amplio de sus valores, reales o efímeros, por parte de los demás.

Esta deficiencia fomenta en algunos casos el recurso de adular, cosa que el ser hace con el fin de obligar a la reciprocidad en el trato. El susceptible busca la adulación como el toxicómano el alcaloide; de ahí que cuando ésta no se manifiesta se resienta, evidenciando a menudo gran falta de discreción y tacto.

Dejaremos al lector la tarea de enumerar las múltiples deficiencias que se asocian a esta falla psicológica y contribuyen a acentuar su acción negativa.

Cuando el que adolece de este mal psicológico decide emplearse en la tarea de realizar el proceso de evolución consciente, comprueba que la negatividad de su deficiencia cobra especial significación, por cuanto ella entorpece de constante la loable decisión de encauzar la vida por el limpio camino del perfeccionamiento, al crearle situaciones que no conciben con la integridad que debe manifestarse en él. La repetición de tales perturbaciones conmueve permanentemente su campo mental, al chocar con el ajeno a raíz de las circunstancias promovidas por su mismo temperamento quisquilloso.

La **ecuanimidad** es el sentido de la justicia y, a la vez, la medida exacta con que se justiprecian los valores opuestos. Ella mantiene al hombre a cubierto de las actitudes extemporáneas de la susceptibilidad, que surgen impulsadas por las ligerezas de juicio.

Iniciado el ser en el ejercicio de la ecuanimidad, podrá aun asociar a su esfuerzo la **afabilidad**, que, cultivada con buena comprensión del objetivo que se persigue, favorecerá **grandemente** la labor de neutralizar y eliminar esta deficiencia.

La afabilidad es la miel que, derramada sobre el vinagre psicológico, mejora su sabor.

Ella tiene su alcuernia en las excelencias del alma, en tanto que la susceptibilidad se genera en los dominios del instinto.

El que quiera experimentar esta notable transición anímica y temperamental, debe seguir la indica-

ción expuesta, lo que le permitirá superar una de las deficiencias más detestables y penosas.

El beneficio que se obtiene con el cambio es de dimensiones insospechadas. Su realidad se encargará de advertirlo y hacer que se lo disfrute plenamente.

Def.: INDISCRECIÓN

Ant.: DISCRECIÓN

Es característico de esta deficiencia impulsar al sujeto a hablar y obrar irreflexivamente, sin acierto ni responsabilidad. Así como le induce a divulgar prematuramente una idea, un propósito o proyecto, debilitando con ello la entereza de sus fuerzas psíquicas y morales, cuya suma constituye la reserva dinámica de las energías que robustecen la voluntad, le hace imprudente en la emisión de un juicio, inoportuno, hablador en exceso unas veces, y otras desconsiderado y desleal para consigo mismo y con el semejante.

Tanto en el hombre como en la mujer esta deficiencia puede tener igual arraigo, mas es ella, en particular, quien se infiere a sí misma los mayores agravios cuando no sabe abstraerse a sus instancias. Nos estamos refiriendo al daño que la deficiencia le ocasiona cuando se manifiesta en desmedro de la delicadeza que le es propia y que toma su expresión en el

pudor. La entrega que hace a otros, ya por vanidad, ya por despecho, ya por inadvertencia o por ingenuidad, de vivencias de estricto orden personal, la van desmereciendo, y aunque de ello luego se arrepienta, se ve obligada a reconocer que ha afectado un bien que debió conservar intacto. Cometida la indiscreción, las intimidades ambulan de boca en boca disputadas por la curiosidad del ambiente. Al tratar este particular no excluimos la delicadeza que corresponde guardar al hombre, la cual en mucho se consubstancia con su propio honor.

La indiscreción suele afectar no sólo el fuero íntimo del propio ser, sino el de los demás. Se recordará, por supuesto, la forma como se malogran empresas y hombres por culpa de esta deficiencia, a cuya nefasta influencia no han escapado siquiera las relaciones entre gobiernos y pueblos.

En nuestro concepto la indiscreción asume un significado especial, que define su contenido específico. Logosóficamente es "vivir fuera de uno mismo", o sea exteriorizar inveteradamente lo que pertenece al ámbito privado.

Nos detendremos en este aspecto de la deficiencia, por ser de particular interés para quien lleva consigo el propósito de cultivarse espiritualmente.

Así como en sus aspectos corrientes la indiscreción tiene casi siempre origen en descuidos de la educación, en el aspecto que ahora nos ocupa éste radica en la falta de conocimiento de sí mismo, o sea en la carencia de nociones acerca del verdadero comporta-

miento interno. La ignorancia de lo que cada uno tiene el deber de preservar de la mirada y el oído ajenos da pábulo a la indiscreción, que tan hondamente afecta la vida íntima, patrimonio exclusivo y sagrado del individuo. Su persistencia en el ser obedece, pues, a falta de conciencia respecto a esa vida íntima, a ese patrimonio, repetimos, vedado por las leyes naturales a la intromisión extraña. Para alcanzar esa conciencia que falta hay que comenzar por conocerla tras riguroso proceso de activación de su funcionamiento mental y psicológico. Ello faculta para determinar con precisión las fronteras que separan la vida interna de la externa, y además de impedir que se confundan las funciones de una y otra, evita toda interferencia por parte de quien las vive y aspira a ser dueño de ambas.

Se comprenderá cuán indispensable es poner coto a las exteriorizaciones de esta deficiencia, siempre inoportunas y a veces temerarias. Cuando ella se ha apegado al propio temperamento habrá que renovar de continuo el propósito de eliminarla, poniendo los ojos del entendimiento en la antideficiencia que nos llevará al logro de ese propósito, la **discreción**, virtud que protege cual égida invulnerable los caros secretos de la intimidad.

Como coadyuvante de esa virtud se impone la **reserva**, que contribuye a evitar las infidencias de la indiscreción.

El discreto sabe medir sus palabras y actos, y se

expansiona o contiene según se lo aconsejan su juicio y prudencia.

Quien se proponga corregir en sí mismo esta falla, dígase a menudo: "Debo ser discreto. En consecuencia, no debo ser vehículo de discordia y he de mantener este propósito a fin de preservarme y, por extensión, preservar a mis semejantes de las desazones producidas por la falla que me aqueja. No volveré a satisfacer a los que alimentan sus mentes con lo que extraen de la imprevisión e ingenuidad ajenas. No permitiré jamás que mis palabras ni mis actos me traicionen por olvido de estos propósitos".

Si aspiramos a ser dueños absolutos de nuestro fuero íntimo hagamos de él el encanto de nuestra existencia, el refugio sin par de nuestras penas, el albergue sublime de nuestra felicidad y alegría.

La discreción es la llave de seguridad que cierra la puerta de las confidencias más dulces y sensibles, sólo pronunciables dentro de nosotros mismos.

Su cultivo ha de ser siempre una de las tareas más gratas al espíritu del hombre.

Def.: INADAPTABILIDAD

Ant.: ADAPTABILIDAD

Es esta una deficiencia pronunciadamente negativa, que coloca al sujeto en posiciones incómodas y lo somete a dolorosas experiencias por la desubicación permanente en que lo deja, impidiéndole amoldarse a los nuevos aconteceres que trae consigo la vida y a toda circunstancia que de un modo u otro implique un cambio en sus pensamientos, actitudes o costumbres. En otros términos, lo obliga a vivir en desacuerdo con la realidad que lo circunda y, por lo tanto, le hace experimentar constantemente los ingratos resultados de su obstinada resistencia a la ley de adaptación.

Pasando por alto las comprobaciones biológicas respecto al ponderable grado de adaptación de las formas de vida vegetal y animal, hechos históricos demuestran la enorme capacidad natural del hombre para adaptarse a las más variadas e inclementes condiciones de vida. Forzado a ello, su adecuación al medio y a toda clase de apremios y necesidades es un hecho cierto, lo cual no le impide sin embargo rebelarse y sumirse en incomprendiones que repercuten en él dolorosamente. La inadaptabilidad no corresponde, pues, a lo físico, sino a lo psíquico o, más directamente, a la parte mental del individuo, por ser en la mente donde

debe verificarse el transporte de un estado a otro de comprensión. La inteligencia juega un papel sumamente importante en las decisiones del libre albedrío. Ésta acepta o resiste los cambios a que el ser debe someterse en razón de necesidades, circunstancias o apremios. En la mente no se produce, entonces, como en el caso físico, la adaptación espontánea que refleja el sutil movimiento de conservación de la vida a través de las alternativas a que se ve expuesta. No; en ella la adaptación se lleva a cabo en virtud de los aciertos de la inteligencia en la elaboración de una razón que sirva para sostener una posición o un comportamiento que es menester adoptar en reemplazo de otro.

Se invocan a menudo razones de hábito, de concepto, cuando no motivos derivados de alguna situación particular para justificar la falta de amoldamiento a las circunstancias que sobrevienen —aun aquellas que son consecuencia de errores cometidos—, siendo cierto que se apela a tales argumentaciones para eludir los cambios que esas circunstancias fuerzan a realizar en uno mismo.

Esta deficiencia esconde siempre al ídolo de la falsa personalidad. Tras los bastidores del escenario psicológico del ser, la inadaptabilidad, escudada en ese ídolo, mueve sigilosamente los hilos de su argucia y es, en definitiva, la que se rebela contra las situaciones o aconteceres adversos y la que reacciona hasta la terquedad contra toda idea que tienda a modificar su rígida postura.

Por su intemperancia, esta falla dificulta la vida de relación. Aun cuando la educación suele disimularlo, las personas pocas veces soportan la actitud del inadaptable cuando éste pretende, como ocurre a menudo, imponer su modo de ser, de pensar o de sentir sin ofrecer ninguna flexibilidad de su parte.

El sujeto sometido a los trastornos que ocasiona esta deficiencia retrasa sensiblemente el proceso de su vida. Sin decidirse a imitar el ejemplo de los que saltan con agilidad las vallas que comúnmente se levantan para probar la fortaleza y el temple, permanece a la espera de que éstas desaparezcan en virtud de algún milagro especialmente realizado para su exclusiva comodidad.

La adaptación es un poder consubstancial con la naturaleza física y psíquica del hombre, que le permite soportar los mayores sufrimientos e incomodidades sin perder las prerrogativas de su género. Pero aun siendo consubstancial, ese poder sólo se manifiesta con todo el vigor de su potencialidad cuando la adaptabilidad se lleva a cabo después de su asimilación como conocimiento. Razón de más para proceder al ejercicio voluntario de ese poder que adecúa la vida a las mil y una dificultades que se le presentan y evita el desgaste de resistencias inútiles.

La evolución consciente requiere por parte del ser ajustar el pensar, el sentir y los hábitos de todo orden a los cambios y nuevas modalidades que auspicia. Se comprenderá entonces cuán importante es apartar del

paso una deficiencia que constituye tan serio obstáculo para el desenvolvimiento de nuestra vida interna.

Def.: OBSTINACIÓN

Ant.: TRANSIGENCIA

Síntoma de obstinación es el **capricho**, que aparece en la infancia y se acrecienta de continuo por el halago de los padres que consienten solícitos los antojos vehementes de sus hijos. Es así como más tarde surge el obstinado, el que se complace en contrariar los gustos, la opinión o la voluntad ajenas; el que se opone siempre, de palabra o de acto, a todo cambio respecto a su conducta o modo de pensar.

Mas la obstinación, como tantas otras deficiencias, no es una falla cuyo arraigo pueda achacarse siempre a una educación defectuosa; muchas veces es connatural, y así como puede cobrar volumen con el tiempo, también es susceptible de disminuir en razón del acierto en la conducción a que es sometido el ser desde pequeño.

La obstinación es una deficiencia que traba las facultades de pensar, de entender y razonar, porque la sofoca imponiéndoles el argumento que le sirve de objeción. El sujeto que adolece de ella es un ser que no ve ni oye otra cosa que lo que él admite.

Esta falla se pone de manifiesto en el individuo toda vez que alguien disiente con su manera de encarar las cosas. Es entonces cuando hace crisis en él el desagrado y sobreviene la obstinación, siendo alterada su psicología por ese estado negativo que se reproduce tantas veces como incidencias promueve su desatinada conducta. No admite la posibilidad de un equívoco ni es tampoco capaz de ceder en caso de hacérsele evidente, llegando su intransigencia a producir rozamientos verdaderamente sensibles en quienes le tratan, y aun distanciamientos definitivos.

El choque con la realidad generalmente lo sumerge en oscuras abstracciones, donde oculta, ensimismado, su resentimiento o pesar.

La obstinación se presenta a veces bajo el disfraz de fuerza de voluntad, constancia o empeño. Nos referimos a los casos en que el ser parece perseverar en el logro de un fin, actitud que no es tal, pues no es difícil descubrir en él al obstinado que, presa de la **terquedad** y la **ceguera**, pretende alcanzar lo que su deficiencia le impone. Hay ocasiones, empero, en que las circunstancias favorecen sus planes, mas su misma obstinación los malogra luego por faltarle la medida y el tacto que deben apoyar siempre el desarrollo y sostenimiento de cualquier empresa.

Es corriente y sensato que las determinaciones adoptadas sobre la base de un planteo sean modificadas si ello es necesario, pues hasta las resoluciones largamente maduras pueden imponer variantes en el curso de su

ejecución. El obstinado no admite, sin embargo, variantes ni rectificaciones de ninguna especie, actitud que señala lo negativo de su conducta.

Quedaría bien representada la tozudez del obstinado en un sujeto que, frente a una puerta definitivamente clausurada, se empeña en pasar por ella mientras los demás entran y salen por la que se abrió en su reemplazo; el obstinado es capaz de creer todavía que le han cerrado expresamente esa puerta para impedirle el paso.

No hay que olvidar que la obstinación recibe el influjo de otra deficiencia, al **amor propio**, y que, en consecuencia, debe encararse el modo de combatir ambas a la vez.

La transigencia transforma en dócil la parte ruda de la obstinación, tornándola permeable a los oficios de la reflexión. He aquí la fórmula que, metódicamente aplicada, resultará eficacísima para lograr el cambio y librarse de una deficiencia tan incómoda como desagradable.

Es muy natural que quien con amplitud de mira se reconozca obstinado, se apreste a combatir en sí mismo esta deficiencia, pues nadie mejor que él sabe cuántos disgustos experimenta por su causa. A tal fin, recuerde que es esencial transformarla en empeño consciente de la voluntad.

Def.: VANIDAD

Ant.: MODESTIA

Como tantas otras deficiencias, la vanidad se insinúa casi siempre en la infancia, vigorizándose por inadvertencia de los padres, a menudo propensos a fomentarla o a pasar por alto sus manifestaciones. Lo cierto es que influyen desfavorablemente en la formación caracterológica del niño los consentimientos y alabanzas prodigadas sin medida alguna por los mayores, siendo doblemente nociva esta conducta cuando se trata de niños inclinados por naturaleza a contraer la deficiencia.

La valoración que en su presencia suele hacerse de sus aptitudes, tanto físicas como de ingenio, así como el sentirse dueños de vestidos, juguetes y objetos que los distinguen entre los demás niños, contribuyen a fomentar en ellos el deseo de ser admirados y el placer por el halago, lo cual va definiendo rápidamente las características del vanidoso. Una vez acentuada la deficiencia, y agudizadas otras que por afinidad inciden en su psicología, va creándose en el ser, ya adulto, un **complejo de superioridad** tan pernicioso como su opuesto, el de inferioridad.

No siempre, sin embargo, la vanidad tiene ese origen. Es frecuente ver cómo seres que no tuvieron nunca de qué envanecerse, revelan de pronto esa particula-

ridad negativa a raíz de un éxito, de un acierto, de un cambio favorable de fortuna, etc., caso éste que nos muestra cuán susceptible es la criatura humana a la vanidad y cuán necesario es que cimente en sí misma la calidad moral que le sirva de resguardo contra tal asechanza.

Esta deficiencia reviste de oropel la figura del sujeto, que, comprometido por esta circunstancia, se ve obligado a exaltar ante parientes y amigos sus propias luces, méritos o calidades, que rara vez pasan de lo mediocre.

Fácil es comprobar que la vanidad no puede manifestarse sin menoscabo de los méritos ajenos, y bien podría definírsela como un agravio sutil que se infiere al semejante, colocado siempre en inferioridad de condiciones por el vanidoso.

Esta falla psicológica cierra el entendimiento y postra a la facultad de razonar ante el autoaprecio llevado a la exaltación y aun al paroxismo. En una palabra, entorpece el libre juego de las facultades de la inteligencia. Si éstas —la facultad de pensar, de observar o razonar, por ejemplo —obrasen en el vanidoso con entera libertad, no se podría admitir que hubiesen dejado de advertirle los perjuicios que sus deficiencias le ocasiona, el desconcepto sobre todo.

La vanidad se resume en la **jactancia**, que no sólo la palabra, sino también la actitud y el gesto descubre. Es una niebla psicológica que oscurece la mente im-

pidiendo ver y sentir honestamente la justa medida del propio concepto.

Quien vive cegado por esta falla no concibe para sí la **modestia**, antípoda de la vanidad, pero sí le agrada que los demás sean modestos y estén asimismo dispuestos a soportar su vanagloria.

Tácitamente, el vanidoso descarta esa virtud como algo que no cuadra con sus pretensiones; más aún, es como si la modestia fuera una postura que menoscabase —permítasenos la risueña paradoja— su pequeña talla de “gigante”.

El cultivo de la modestia requiere que se circunscriban las perspectivas de la vida a la más estricta realidad. Quien a ello se dedique pronto logrará un lugar de preferencia entre sus semejantes, lugar que nunca podrá ocupar el que, incitado por la vanidad, persiste en granjearse respeto y simpatía realizando ficticiamente la calidad de su persona.

Los valores que en verdad se poseen no es menester exhibirlos: se evidencian solos.

La modestia, signo de buena cuna, debe ser natural; jamás afectada. Es virtud que surge espontánea del alma y permite a las personas sentirse cómodas y seguras, sea cual fuere el lugar donde se encuentren.

Def.: FALSA HUMILDAD

Ant.: SINCERIDAD

Esta deficiencia, de trama sutil, invierte de tal modo el concepto de la humildad que finalmente acaba por hacer creer al propio sujeto que es un virtuoso de la misma o que ésta obra en él como condición natural, innata.

La falsa humildad es un hábito bastante generalizado. En verdad, no son pocas las personas que acostumbran restarse méritos, revistiéndose de modestia, para obligar a quienes desprevenidos las escuchan a exaltar los valores de que disimuladamente hacen gala. Es una de las tantas formas de sorprender la buena fe del prójimo, a cuya observación se supeditan palabras y actitudes dándoles viso de virtud.

Indudablemente, inferioriza al sujeto por la índole del fin que persigue: alardea de humilde. Y cuán fácil es comprobar, tras el contacto con su “inofensiva piel de oveja”, que allí, bajo el “albo” cuero, se oculta a veces el gato montés de afiladas uñas, pronto a saltar sobre quien lo descubre en su impostura. Es la reacción no exenta de violencia que descubre al falso humilde, al hipócrita de la virtud.

Cuando se encara la lucha contra esta deficiencia hay que tener presente que obra en paralelo con otra

no menos negativa y dominante, el **amor propio**, llegando a confundirse ambas en la intención que ponen de manifiesto. Verbigracia, si por una parte se hace alarde de virtud ostentando humildad, por la otra asoma el amor propio con los rasgos incunfundibles de la sobreestimación, que definen al pagado de sí mismo. Es la exaltación de la personalidad pretendiendo dar relieve a lo que no se es ni se tiene, sin percatarse del efecto contrario que produce. Consecuencia natural y lógica a la vez para el que ha buscado por medio tan censurable consideración y estima.

Descubrir esta deficiencia en uno mismo es harto difícil, pues, como dijimos, siendo su función engañar, el primer engañado resulta ser el propio sujeto. Se logra identificarla por medio del conocimiento que ilustra sobre sus artificiosos manejos, lo que permite descubrirla tanto en la propia persona como en las demás. Realizado el hallazgo, cabe suponer que, normalmente, no se puede seguir alimentando el pensamiento inno-ble que genera este defecto.

Del estudio de esta deficiencia nacerá, pues, como imperativo impostergable, la necesidad de cultivar la **sinceridad**. Contraponer esta virtud a la falsa humildad es oponer a ésta una realidad que terminará por aniquilarla.

La sinceridad, cuando no es innata, debe adquirirse a costa de atención y empeño tenaz, sin olvidar en ningún instante lo verídico y leal de su expresión ética.

Ella excluye todo ese aditamento artificioso que supone el énfasis de quien, al hablar de sí, muestra al mismo tiempo una humildad que no posee.

Def.: INDOLENCIA

Ant.: AUTODETERMINACIÓN

Esta deficiencia tiene por origen la propia herencia¹, pero su manifestación y desarrollo dependen de diversos factores: ambiente familiar, amistades, falta de estímulos, etc. Educar al niño en una disciplina que lo obligue a mantener su mente activa por el estudio o las tareas habituales, es defenderlo de la posible aparición de esta falla, que comienza a manifestarse como pereza mental y, acentuándose con el tiempo, puede desembocar en completa apatía.

La indolencia paraliza los resortes activos de la voluntad y sumerge al ser en una pasividad nociva que afecta su psicología, tornándolo improductivo e inhábil para cualquier función de responsabilidad. Falto de interés e iniciativa, mueve su vida lentamente, como si temiera que el menor esfuerzo habría de interrumpir permanentemente su inveterada costumbre de no hacer nada. Bien puede decirse que sólo vive, y ello precaria-

¹ Ver *La herencia de sí mismo*, del autor.

mente, una cuarta parte de su vida, ya que las otras tres las desperdicia lamentablemente.

El embotamiento mental, que entumece las energías vitales y torna mortecina la existencia, es su más penoso efecto. Sin gustar del contenido de la vida, hecho de actividad, el indolente la vive vegetativa y rutinariamente.

Esta falla no deja al sujeto cumplir a satisfacción con sus obligaciones, siendo ello causa de que no se le tenga confianza y en poco se estimen los servicios que presta.

Podrá ser honrado como el que más, pero no dejará de exponerse a que otros aprovechen de su indolencia para consumir atentados al patrimonio ajeno, haciéndolo víctima indirecta del desfalco.

La indolencia es una de las tantas rarezas de la psicología humana, pues pone de manifiesto contradicciones muy visibles entre los pensamientos, palabras y actitudes del ser. A poco de examinarla se advertirá que obra sobre los centros volitivos del individuo, que nada tienen que ver con la capacidad mental. Es como si actuaran en el indolente dos fuerzas antagónicas. Ahora bien, si atásemos a una carreta dos fuerzas iguales, una que tira hacia el norte y la otra en sentido contrario, tendríamos como resultado la inmovilización del vehículo. Algo parecido acontece en el indolente. Puede tratarse de un sujeto normalmente dotado para el estudio o con buenas aptitudes para el trabajo, pero al no desarrollarlas por causa del desgano y falta de inte-

rés que pone en su adelanto, su vida no progresa; se estanca. Lo mismo pasa en el que desenvuelve su actividad en un solo sentido, mientras van quedando postergadas en él otras posibilidades igualmente productivas de su inteligencia. Como se ve, ambas vidas podrían dar excelente fruto, mas se malogran o reducen sus prerrogativas en razón de esa dualidad a la cual nos hemos referido. Es obvio señalar que ocurre lo contrario cuando esas dos fuerzas se unen y orientan en una misma dirección y todo es allanado en favor de un solo objetivo: la consumación de aquello que el ser se ha propuesto llevar a cabo en su vida.

Si por un momento el sujeto indolente pensara con seriedad en las funestas consecuencias que acarrea esta deficiencia, tal vez encontraría fuerzas para salir de su inhabilitación. Mas éste no piensa ni se conmueve ante la perspectiva desoladora de su futuro; de ahí que le falte decisión y valor para hacerlo y prefiera dejarse estar a merced del azar, en tanto el tiempo pasa y con él la vida.

Los que viven bajo el peso de esta afección psicológica son como aquellos enfermos que, creyéndose incurables, se entregan resignados a su suerte, negándose a sí mismos la posibilidad de curar, esperanza ésta que jamás debería perderse.

En verdad que si el individuo indolente no tiene a su alcance un auxilio directo y eficaz, pocas probabilidades tendrá de sobreponerse a su defecto, y menos aún de vencerlo. Téngase en cuenta que las energías

internas, adormecidas de tiempo, no despiertan por arte de magia. Es necesario reeducarlas en el ejercicio de sus funciones. Esto es precisamente lo que hace el conocimiento logosófico al promover en esas energías, en virtud de la actividad que las estimula, una saludable reacción. ¿Pero logrará el indolente interesarse en ello? ¿Se aprestará con firmeza al propósito de desembarazarse de su falla? Porque tal empresa requiere decisión en el proceder, autodeterminación, actitud que sólo podrá tomar quien anhele de verdad superar el inconveniente.

Def.: DESOBEDIENCIA

Ant.: OBEDIENCIA

Partiendo también en este caso desde la niñez, en la que, como dijimos, tienen origen muchos defectos psicológicos, sorprendemos a la desobediencia manifestándose generalmente como **rebeldía**. Esto ocurre porque no se enseña a la criatura las razones por las cuales debe obedecer y los beneficios que tal actitud reporta a la vida, ya como tónica constructiva bajo la patria postestad, ya al servicio del desarrollo armónico de una actividad, de la ejecución de una obra o de las leyes que rigen el orden social.

Es un hecho comprobado que el instinto plantea

prematuramente al ser humano el problema de su libertad, al confundir éste desde temprana edad obediencia con sometimiento y reaccionar en consecuencia. Pero la criatura se hace hombre, y al andar, forzoso es que comprenda, en la medida en que es golpeado por la vida y su capacidad reflexiva se lo permitan, que la obediencia, al igual que otras disciplinas, son necesarias, puesto que corrigen los desvíos en que el individuo podría indefinidamente seguir incurriendo, tanto con respecto a sí mismo, como a la vida de relación y a las leyes establecidas.

Para poder contrarrestar a tiempo esta inclinación defectuosa o eliminarla de sí mismo antes de experimentar sus penosos efectos, es imprescindible hacer saber al niño que la obediencia está condicionada a principios de disciplina y de bien; por consiguiente, no deberá obediencia a nada que contravenga esos principios. Se lo educará haciéndole adquirir conciencia de ese deber y se lo capacitará para cumplirlo con lucidez mental. Jamás se le impondrá el acatamiento ciego, y, para lograrlo, se le propiciará el lógico discernimiento sobre los motivos de la obediencia a tal o cual orden, indicación o encargo.

Es notorio que cuando la desobediencia arraiga en el sujeto, influye decididamente sobre su ánimo. Un empleado que desobedece reiteradamente a su jefe se expone a perder la confianza depositada en él e incluso su empleo. Vale decir, tarde o temprano su con-

ducta le acarreará consecuencias adversas, y por lo tanto dolorosas, que abrumarán su ánimo.

Con frecuencia se desobedece temiendo perder o disminuir la propia autonomía, pues se ignora que ésta puede mantenerse plenamente pese a la obediencia observada frente a los deberes que las circunstancias, las obligaciones o el medio familiar o social imponen. Justamente por no tener esto en cuenta el ser sufre a veces las desventajas que derivan de la deficiencia, tan contraria al buen proceder.

El acatamiento inteligente del individuo a normas, reglas, deberes y leyes contribuye a estabilizar la armonía dentro de la convivencia humana.

Una razón equilibrada —salvo casos de involuntario descuido— jamás cometerá la torpeza de desobedecer el orden social y jurídico, y quien a sabiendas lo hiciere se declararía menos sagaz que el ratón, cuyo instinto lo frena en el momento de tentarse con el queso de la trampa, si su olfato le advierte que otros congéneres dejaron allí la huella de su sangre.

Encontramos oportuno ahora proponer a la reflexión individual algunos planteos que habrán de contribuir, no lo dudamos, a un mayor esclarecimiento en el estudio de esta deficiencia:

a) Me propongo ser más activo, hablar lo necesario, prestar más atención a mis quehaceres, no distraerme, no violentarme, etc., y no cumplo. He desobedecido una **orden** que yo mismo habíame impartido.

b) Me cito con una persona a determinada hora y me presento tarde o no acudo a la cita. He desobedecido a la **palabra que empeñara** con el propósito de ser puntual.

c) Después de elaborar o tejer varios proyectos opto por uno de ellos, emprendiendo con entusiasmo su ejecución, pero a poco de comenzar abandono la empresa. He desobedecido al **pensamiento** que engendró la iniciativa y a **mi voluntad** para llevarla a cabo.

d) Aspiro a conquistar una posición honorable en la vida, mas no contribuyo con mi empeño y constancia al desarrollo de ese propósito, y se malogra. He desobedecido a un **anhelo** que no debí defraudar.

e) Sé que el abuso del cigarrillo, la bebida, el juego, etc., arruinan mi salud o mi economía. No obstante, reincido en ello. He desobedecido a **mi propio juicio**, cuyo consejo desoigo, y a **mi sensatez**, que reclama moderación.

f) Anhelo con fervor ser mejor y saber más, pero sé que para lograrlo debo hacer algún sacrificio y lo rehuyo. He desobedecido a **mi espíritu** manifestado en ese sentir.

g) Sé que hay cosas que no debo hacer, que contrarian mi pensar o mi sentir y, no obstante, las hago. He desobedecido a **mi conciencia**.

Apreciadas con amplia comprensión estas consideraciones, servirán de guía para juzgar las propias ac-

tuaciones y conducir mejor las riendas del gobierno individual.

Def.: IRRITABILIDAD

Ant.: TEMPLANZA

Esta deficiencia violenta el carácter ocasionando zozobra en el ánimo del que la padece. Se esconde a veces tras una modalidad aparentemente calma, y también bajo la faz jovial del individuo.

Tiene origen en una alteración psíquica y nerviosa ocasionada por conflictos internos en los que mucho tienen que ver el sentir y el pensar. Revela un estado casi permanente de disgusto y da lugar a manifestaciones contradictorias del ánimo. A un instante de optimismo le sigue bruscamente otro de pesimismo; a uno de placer, otro de acrimonia; y así sucesiva e inevitablemente. En el fondo se oculta un descontento que aflora a la superficie por cualquier circunstancia propicia. Es una mezcla de amargura y de violencia, una alergia mental que provoca frecuentes crisis en el ánimo. De ahí que el irritable generalmente reaccione por motivos más aparentes que reales.

La irritabilidad es un factor de perturbación psíquica y moral que traiciona de constante el propio

sentir. Producido el descontrol mental se es presa fácil de la violencia, que aun cuando la buena educación la atempere, pone de manifiesto el desentono en la conducta y, por consiguiente, el desconcierto en el semejante.

Esta deficiencia se agudiza casi siempre por inducción de otras formas negativas de sentir, verbigracia la envidia, que suele ofrecer múltiples motivos para la reacción violenta del ánimo, trátase del éxito de Fulano, de la facilidad con que Mengano solucionó sus problemas, o de cualquier otro motivo que conmueva al sujeto en su pretensión de triunfador único.

Contendrá la acción destructora y deprimente de esta deficiencia la **templanza**, sedante psicológico que modera las rudezas del temperamento hasta su total extinción.

La templanza es una virtud connatural que quien la posee trae consigo como signo de su adelanto en la gran experiencia evolutiva.

Cuando se trata de adquirirla para oponerla a una deficiencia como la irritabilidad, es menester el mayor y más persistente esfuerzo, hasta alcanzar la satisfacción del propósito. El sólo intento de lograrlo debilita en cierto grado la deficiencia, aunque es apenas el primer paso. Habrá que hacer mucho más, habrá que gustar a fondo las delicias que proporciona el placer de doblegar una característica tan poco favorable y que pone en guardia a cuantos tratan con quien ha revelado ser su víctima.

Def.: CORTEDAD

Ant.: RESOLUCIÓN

Esta deficiencia trasluce un estado de apocamiento del ánimo que inhibe al ser en su trato con los demás, perjudicando casi siempre el valor de las propias aptitudes, que resultan disminuidas y aun negadas por la cohibición que éste experimenta tanto al hablar como al obrar.

El complejo psicológico del sujeto esclavizado por esta falla está demarcado por el efecto sugestionante y atormentador que ejerce sobre su ánimo la mirada ajena, efecto que se traduce en temor al fracaso, al ridículo, al desacierto; temor de no saber expresar con exactitud lo que piensa o siente, en lo cual toma parte muy activa la subestimación de sí mismo y el escaso mérito que atribuye a sus ideas y calidades, en contraste con el valor excesivo que concede a las ajenas.

Es en la niñez y en la adolescencia donde padres y maestros deben combatir los síntomas de ese complejo de temor, vergüenza y cobardía, que es la cortedad, o impedir su aparición. ¡Cuántos sufrimientos podrían evitársele al ser liberándolo a tiempo de semejante opresión!

Cualquier niño normalmente dotado puede contraer este defecto si se lo somete a un trato represivo

que coarte su espontaneidad y no se le brinda el apoyo que necesita para crecer libre de temores, confiado en sus fuerzas y en la capacidad que desarrolle. Pero el apocado por naturaleza, el niño tímido, seguramente agravará su mal si se procede con él inadecuadamente. Cortarle con torpeza el uso de la palabra cuando procura expresar lo que piensa o se le ocurre; avergonzarlo o confundirlo burlándose de sus dichos o argumentaciones; privarlo del ejercicio saludable que implica el trato con sus semejantes; menospreciar indiscriminadamente sus iniciativas, deseos o decisiones en lugar de alentarlas según convenga a la anulación de su defecto, son partes de una conducta que seguramente aumentará la cohibición que lo retrae y que está negando a su naturaleza el goce de manifestarse libremente.

La cortedad, que con frecuencia asume característica de complejo de inferioridad, es consecuencia de la falta de confianza en sí mismo. Esa confianza puede ser, sin embargo, creada y acrecentada, si al tomarse la determinación de combatirla, tras el reconocimiento periódico de los pensamientos y actitudes que marcan un progreso en la modalidad, se logra un saldo favorable.

Sabemos que quien padece sus perjudiciales efectos es avasallado a menudo por el temor, que lo torna inseguro, lo avergüenza y confunde. Nada más aconsejable entonces que bloquear el defecto con pensamientos de entusiasmo, optimismo y coraje, para poder do-

minar así la articulación de los impulsos internos con miras a su total normalización.

Agilitando la mente con el estudio, práctica y conocimiento de la actividad que desarrollan los pensamientos dentro del propio campo mental, el corto obtendrá por resultado un aumento gradual y en proporción cada vez mayor de su propio valer, valer que irá configurándose poco a poco en **osadía**. Consecuentemente adquirirá, en virtud de este ejercicio y aparte de otras ventajas igualmente apreciables, mayor facilidad de expresión, pues con el adiestramiento que recomendamos surge, en efecto, la **entereza** que estimula el ánimo y permite expresarse con desembarazo. Vale decir que el apocado se libera de una de las dificultades que más le deprimen, ya que su deficiencia, al impedirle comunicar y hacer valer sus juicios, le coloca en inferioridad de condiciones frente a los demás.

La cortedad es mala compañera, y cuanto antes pueda uno desprenderse de ella, tanto más cómodo se hallará entre sus semejantes y más ventajas obtendrá de su nueva forma de ser.

Aquel que en verdad quiera escapar de su dominio hará de la resolución su fuerte y, tantas veces como sea necesario, se repetirá mentalmente que debe ser valiente, que nada debe temer, procurando, desde luego, estar a tono con lo que piensa. Recuérdese que es necesario favorecer la propia resolución, si se quiere sentir el influjo del coraje y actuar en consecuencia.

Def.: SOBERBIA

Ant.: HUMILDAD

Es la mente embriagada de ficción, el absolutismo del instinto, la negación de la sensatez, el reverso de la compasión.

Acusa falta de sentimientos humanitarios, por cuanto bajo su dominio el ser termina por insensibilizarse.

En la juventud y hasta en la niñez, la soberbia asoma ya su rostro, a veces con bastante crudeza, pero ni aun llegando el ser a la edad adulta la deficiencia se manifiesta con el absolutismo y la fuerza que adquiere de pronto, cuando éste se siente respaldado por un cargo de importancia, una función de mando o la posesión de riquezas u otros bienes materiales.

Es innegable que los cuadros psicológicos de mayor envergadura como expresión de soberbia se observan en las posiciones de privilegio, donde se ostenta y se hace valer el rango, la jerarquía y el poder. Mas la soberbia influye sobre el temperamento humano aun en las más limitadas esferas de lo personal. Se aprecia esto claramente en el sujeto de condición modesta que se rebela ante la autoridad del superior y que, tan pronto asciende a funciones de mayor responsabilidad, es duro y de escasa consideración con el subordinado, desahogando contra él toda esa mezcla de elación, de

altivez y de desdén que contuvo durante su obligada situación de dependencia.

Tanto el individuo que aspira a ocupar posiciones de importancia sin tener capacidad ni cultura, como el que pretende alcanzar riquezas apelando a imaginarios derechos sin poner de su parte esfuerzo personal, al fracasar en sus intentos se convierten en resentidos sociales. Estos sujetos parecerían querer satisfacer luego sus deseos de venganza mostrándose altivos cuando, llegado el caso, deben ponerse al servicio de los que se hallan por encima de ellos en razón de la posición social y económica que ocupan. He aquí otra evidente muestra de soberbia, propia más bien de las bajas capas sociales.

El soberbio no necesita poseer condiciones o aptitudes que lo destaquen para convencerse de su excepcionalidad; es un ser que no tolera se desconozcan sus méritos, y que, por insignificante que sea su persona, sufre tremendas mortificaciones cuando no se le tiene en cuenta o no se le considera como pretende.

No son pocos los casos en que esta deficiencia se oculta tras la **falsa humildad**. Cuando ambas fallas se combinan producen seres astutos y arteros.

El soberbio es violento, y su palabra, lacerante. Le gusta humillar y despreciar. Es asimismo ambicioso; aspira al trono material y no vacila si, para ascender a él, debe valerse de medios poco dignos y en detrimento del prójimo. Nada positivo logra empero con

ello, porque así ocupe el lugar más elevado, siempre queda patente en él su pequeñez moral y espiritual.

Hemos hablado de la soberbia refiriéndonos a los casos más agudos, cuya depuración exige, desde luego, un largo proceso, máxime porque llegado el sujeto a ese estado estima que la evolución es un mito. Pero nuestras palabras tal vez habrán de servir para prevenir a quienes la padecen en sus formas menos graves, contra su posible crecimiento y, por ende, contra el arraigo de un mal que desmerece e invalida la vida.

El ejercicio de la humildad conjurará sin duda los absorbentes y sugestionadores espejismos de la soberbia, toda vez que la imaginación proyecte la propia figura en el altar del endiosamiento personal.

Aconsejamos su práctica por ser una virtud que se consubstancia en la sencillez y la naturalidad; ella habrá de ser útil si se aspira a erigir en lo interno, por propia iniciativa, un pedestal a la honestidad del proceder.

La soberbia, recuérdese, no tiene cabida en las almas grandes ni en los espíritus fuertes y bien equilibrados.

Def.: DESASEO

Ant.: PULCRITUD

Aunque esta deficiencia aparente ser de orden puramente físico, su origen es, sin embargo, psicológico. Aparte de responder en la mayoría de los casos a hábitos contraídos desde la niñez en medios hogareños descuidados, o a la falta de un entrenamiento eficaz de las aptitudes durante los períodos de la infancia y juventud, esta deficiencia tiene a veces origen en las grandes conmociones que experimenta el sentimiento a raíz de hondos padecimientos y desilusiones, pues cuando el ser no es dueño de sí mismo fácilmente tales aconteceres le sumen en el abandono, causa a su vez de la dejadez y el desaliño, o, unívocamente, del desaseo, que tanto rechazo nos produce.

Esta deficiencia desconceptúa a quien cae bajo sus rigores, y aun los méritos que en otros órdenes el sujeto pueda tener, sufren por esa misma causa menoscabo o no alcanzan el grado de valoración que merecen.

El desaseo no implica en todos los casos despreocupación irrespetuosa del individuo para con su ser físico. Cuando el descuido se muestra, por ejemplo, en la palabra, revela que no hay limpieza en la mente del que habla, que sus pensamientos carecen de higiene mental, máxime cuando quien así se expresa

busca deliberada e insistentemente la chabacanería y el desaliño de quienes afinan con sus preferencias lingüísticas. El que usa de palabras que hieren la moral, como el que emplea términos que afectan la convivencia violentando las normas del trato en común, o el que miente con la intención de menospreciar o difamar al semejante, muestran el imperio de esta deficiencia. Vale decir que en tal caso la falla concierne al ser moral, pudiendo afectar a ambos a la vez, o aparecer también en personas que, muy acicaladas por fuera, se muestran desaliñadas mental y moralmente.

La deficiencia que tratamos acusa falta de aprensión, de todo punto inexcusable en el sujeto que ha cultivado siquiera en parte su inteligencia y sus sentimientos. ¿Cómo puede un ser medianamente culto permanecer indiferente a la impresión que causa su deteriorado aspecto psicológico, vaya o no acompañado del mismo deterioro en su ser físico, ni dejar de advertir el contraste que produce su persona en el ambiente que frecuenta?

Hay quienes creen que el ocuparse del espíritu incluye el abandono del ser físico, pues, según ellos, éste es un simple vehículo que no exige mayor atención. Craso error. El cultivo del espíritu desarrolla, precisamente, la conciencia del aseo corporal y del vestir limpio y decente.

Sin que ello implique caer en los extremos, la pulcritud debe obrar en el ser integral a modo de detergente. Pero hace falta, claro está, que la antideficien-

cia sea aplicada con la firme resolución de terminar con esta falla que tanto empobrece la figura del individuo, así en lo físico como en lo moral y espiritual.

En lo que respecta a lo interno se impone una esmerada preparación de la mente, puesto que luego de haberse acostumbrado ésta al desaseo, se sentirá incómoda cuando deba moverse cuidando de no incurrir en nuevos o viejos descuidos. Sabido es cuánto cuesta al que se ha habituado al desaliño de sus ropas, usar de súbito prendas que le obligan a guardar circunspección y compostura.

Surge claro de las anteriores reflexiones este consejo: Sed pulcros en el vestir y en el pensar y habrá limpieza en vuestra conducta.

Def.: FALTA DE MEMORIA

Ant.: MEMORIA CONSCIENTE

Despunta a veces esta falla desde edad temprana, motivada por la dureza de entendimiento y, más a menudo aún, por la distracción. Los niños son, por lo común, distraídos, y, en consecuencia, olvidadizos, defecto que van corrigiendo mediante las disciplinas del estudio y el cuidado que los mayores ponen en hacerles variar de conducta. En algunos casos, sin em-

bargo, la falta de memoria persiste por factores provenientes de la herencia¹, vale decir, se trata de una falla psicológica que aparece porque no ha sufrido cambio desde su perspectiva anterior. Se advierte en tales circunstancias flojedad en el ejercicio de la memoria, desatención, marcada aversión por el estudio.

La distracción, lo mismo que la **desatención** —ausencia mental y sensible por parte del sujeto frente a muchos de los motivos que lo rodean o se le ofrecen—, justificable desde luego en la niñez, es, en jóvenes y adultos, seriamente nociva, por cuanto resta posibilidades en el sentido de ampliar la propia capacidad con los aportes que por vía de la atención y el interés pasan al entendimiento y de allí a la memoria. Tras el episodio que se presencia, la explicación que ilustra o la oportunidad de extraer un elemento útil y de provecho para el propio saber, se cierne como densa niebla el olvido; y ya sabemos cuánto cuesta luego romper el cerco de las limitaciones creadas por la falta de memoria.

En la flexible edad de la juventud la memorización permite a muchos cumplir con asombrosa facilidad los programas instituidos para la capacitación intelectual y la formación de la cultura. Mas satisfechas esas exigencias, el dominio de los elementos que la memoria retuvo durante ese período decae porque el estudiante se ha habituado a usar la memoria como

¹ Ver *La herencia de sí mismo*, del autor.

instrumento de repetición y no a compenetrarse de lo que estudia mediante el ejercicio consciente del acto de pensar.

Detengámonos ahora un instante sobre los que adolecen de falta de memoria porque obran maquinalmente, a modo de "robots". Se observará que estas personas se mueven y actúan indeliberadamente, casi siempre en obediencia a la ley cíclica que les permite llenar una función por simple repetición de movimientos, pero sin pensar en lo que realizan, de donde resultan siempre situaciones incómodas, trastornos, pérdidas de tiempo, etc. No controlan como debieran sus determinaciones y van de un lado a otro a instancias de sus necesidades u obligaciones habituales, pero con la atención ausente, ya porque les subyuga alguna idea halagüeña, ya porque un pesar las invade, ya por dejarse absorber habitualmente por cualquier circunstancia relacionada con su vida. A estos seres les sucede lo que a los niños, que piensan y hacen muchas cosas sin recordar luego por qué las pensaron o hicieron. Es aconsejable, pues, que se evite pensar y obrar maquinalmente, ya que ello expone a perder el valioso concurso de la facultad de recordar.

Hay personas que viven bajo la presión de pensamientos que absorben la mayor parte de sus energías, pensamientos que sin llegar a ser dominantes u obsesivos, se imponen y hasta anulan temporariamente la facultad de recordar. Tal el caso de los pensamientos que llevan al **deleite de los sentidos**, entre los cuales

cabe incluir los de la **ambición**. Producen éstos un efecto semejante al de las preocupaciones, que restan gran parte de eficacia a la facultad memórica, por cuanto el sujeto circunscribe su esfuerzo mental al problema que le urge resolver y relega a segundo orden todo lo demás.

Aunque resulte paradójico, la ausencia de memoria puede ser consecuencia del mucho uso que se ha hecho de la facultad de recordar. Quienes llevan sobre sí grandes responsabilidades: financistas, investigadores, hombres de ciencia o de empresa, etc., tareas éstas que demandan un esfuerzo intenso y continuado de esa facultad, resienten a menudo su memoria. La verdad es que a veces se confía a tal extremo en ella que ni siquiera se procura aliviarla con anotaciones parciales de lo que se le exige retener. Desde luego que la falta de memoria no es en tales casos temperamental, sino que proviene de alteraciones sufridas por la célula nerviosa. El mantenimiento de un ritmo de actividad mental que fuerza al máximo la facultad de recordar resiente con el tiempo esa célula, sobreviniendo la falta de memoria, pues no se ha observado una medida prudente entre el esfuerzo mental y el descanso anímico. El "surmenage" es a menudo la culminación de ese estado de agotamiento de la célula cerebral, excesivamente recargada en sus funciones. Regular el uso de la memoria, sin excederla en su labor retentiva es, en parte, conservar su plenitud. Conviene asimismo tener en cuenta que a medida que se

avanza en edad la memoria no soporta el peso de los recuerdos acumulados en ella.

Mas la importancia de la función memórica asume otros contornos mirada desde el punto de vista de la evolución, donde llena un papel sobresaliente. En ella la memorización consciente se impone, porque no siendo así, el sujeto se mantiene en desconexión con su propia vida, o sea lo contrario de lo que promueve el proceso de evolución consciente. Se entenderá esto mejor si aclaramos que la vida humana no se define tan sólo por lo que se piensa o se hace, antes bien, por la totalidad de su contenido, por lo que constituye el patrimonio integral del ser. Todo lo que hoy ingresa en nuestro haber mental debe perdurar como elemento activo a fin de responder a lo que haremos mañana, del mismo modo que lo que ingresó ayer ha de servirnos de útil antecedente en los días actuales. Pero sería sin duda una pretensión desmedida querer mantener vivo en la memoria cuanto ha ido aconteciéndonos en el transcurso de nuestra vida, como sería absurda la pretensión de recordar todas las cosas, grandes o pequeñas, que hubiésemos guardado o acumulado a través de muchos años en una habitación. Cierto es que en este caso puede contarse con el recurso de revolverlo todo y hasta de hacer un inventario, pero cuando se trata del plano mental ya es otra cosa, y la misma facultad de recordar se rebela ante el esfuerzo a menudo inútil que se ve forzada a cumplir. Nadie desconoce, por cierto, lo mucho que cuesta

a veces actualizar algún asunto, pensamiento o hecho en momentos en que su presencia en la mente es de todo punto necesaria. Resulta imponderable la importancia que cobra en este caso la conciencia, factor "sine qua non", capaz de auxiliar y aun de suplir a la memoria en su función retentiva.

Muchas personas recuerdan con asombrosa facilidad cuanto ingresa en sus mentes por exaltación de la facultad memórica, pero las hay también que, sin gozar de esa misma retentiva, las igualan en eficacia y las superan en fidelidad utilizando conscientemente su memoria y fijando en su mente cuanto se proponen. Pero interesa destacar aquí la importancia que adquiere la fijación consciente de todos los pasajes o acontecimientos de la vida, pues cuando se adopta este proceder los pensamientos, los actos y las palabras, en vez de flotar en el espacio mental, penetran en lo interno del ser, esto es, se fijan en la conciencia, cuya misión es mantener vivo el recuerdo de todas las cosas que se le confían.

Para poder fijar en la conciencia el recuerdo de lo que se quiere tener a disposición de la voluntad es necesario que el motivo sea vivido intensamente; de este modo se grabará en forma indeleble, tal como ocurre con las cosas que más nos han impresionado o más vivo interés han despertado en nosotros. No cabe duda que aquello que conmovió con más fuerza nuestra sensibilidad, como lo que se observó, escuchó o leyó con atención, perdura en el recuerdo. Convendrá,

pues, tanto a quienes cuentan con una ponderable memoria como a quienes tienen disminuida esa facultad, no confiarse en la simple función memórica para la evocación de las cosas que mañana desearían recordar, sobre todo si se proponen tener en cuenta lo realizado en favor de ese futuro que día a día se va vi-
viendo, hasta apagarse la existencia.

Dijimos antes que la vida debe ser abarcada por el hombre en la totalidad de su contenido, lo que da idea del grado de participación que la conciencia debe tener en todo lo que nos acontece, por ser la encargada de archivar las vivencias que motivamos en uso de nuestra vida y la que habrá de brindarnos el elemento útil y adecuado a las circunstancias que nos lo demanden.

El método logosófico descubre cómo debe manejarse la memoria para neutralizar esta deficiencia o, más claramente, cómo debe manejarse la facultad de recordar si se quiere que nada escape del dominio consciente de la memoria.

¿Cómo actúa el método logosófico? Prescribiendo que cuando es preciso recurrir a las propias vivencias para facilitar el desarrollo de nuestro ser interno, la facultad memórica nos auxilie con el elemento útil y de provecho que nuestra conciencia, arca de los recuerdos, pondrá a nuestro alcance. Se comprenderá que en la prosecución de un fin de tal trascendencia no habrá de preocupar el olvido de motivos que podrían denominarse accesorios, es decir, de poca im-

portancia, pues lo que ha de interesarnos particularmente es la retención de elementos útiles y de valor positivo.

Agregaremos finalmente que las imágenes grabadas en la retina mental con participación de la conciencia rara vez se olvidan. Existen en la vida humana pasajes, hechos, conductas, fragmentos de existencia que tuvieron la virtud de concedernos instantes de felicidad, alegría, paz o ventura. Olvidarlos es enterrarlos en el pasado como cosa muerta. Tamaña ingratitude resiente, sin embargo, esas partes del existir que, por ser inseparables de la vida, reclaman su recuerdo. Cuando se las busca se convierten en estímulos poderosos; son como porciones de vida fresca, que al palpar en nosotros reverdecen el ánimo y nos impulsan adelante, mientras nos descubrimos para saludar, con silencioso recogimiento, la magna obra de la Creación.

Reiteramos que el método logosófico no sólo reduce los inconvenientes de la falta de memoria, sino que introduce en la vida humana el recurso que hace de la memoria un instrumento invaluable e indispensable en la realización del proceso de evolución consciente.

Def.: ENGREIMIENTO

Ant.: MODESTIA

Esta deficiencia pone al descubierto la sobreestimación del sujeto por parte de sí mismo y la creencia absurda de que es objeto de admiración entre sus semejantes. Creencia absurda, decimos, porque es condición del engréido revestirse de méritos imaginarios.

El solo hecho de vivir al margen de la realidad, por creerse en posesión de dones y aptitudes que no tiene, le impide alcanzarlos. Es por eso que, pese a su empeño en destacarlos, sólo consigue mostrar su medianía, y por eso también, quienes observan su conducta experimentan la desagradable impresión que provoca el insensato al embriagarse con su propio halago.

La hombría de bien, la hidalguía, la sencillez, están ausentes en el que se precia en demasía, circunstancia que define la pobreza del concepto que se labra.

Esta deficiencia cierra las puertas mentales a todo consejo o insinuación que tienda a corregirla. Salta, pues, a la vista que empobrece la vida moral e impide el mejoramiento de las aptitudes, ya que quien imagina poseerlo todo carece de estímulos para alcanzarlo de verdad.

Cada uno es libre de poner precio a su valer, pero ha de hacerlo cabalmente, con seriedad, no como lo

hace el engreído, que tiende a mantener una inflación permanente en la cotización de su persona. Vano empeño el suyo, sin embargo, pues al primer rasguño que sufre su hinchada personalidad pierde sus aires de suficiencia, que escapan por la rendija de su inconsistente prestancia.

Para librarse de la esclavitud a que somete esta deficiencia deberá ensayarse tesoneramente la técnica que aconsejamos usar contra toda deficiencia, siendo imprescindible analizar en cada circunstancia los motivos pueriles que impulsan a mostrarse fuera de foco ante la mirada ajena.

Cuán útil, conveniente y grato es para el hombre adoptar la modestia, la sencillez, la llaneza, y en vez de engañarse creyendo ser lo que en verdad no es, brindarse a sí mismo la posibilidad de serlo, pero jamás para ostentación, sino como una exigencia de la propia condición de ser racional y consciente.

El hombre culto y seguro de sus merecimientos jamás los antepone a los ojos de nadie, antes bien, los disimula.

Def.: NECEDAD

Ant.: PRUDENCIA

Característica inequívoca del necio es su prurito de contradecir y sostener con terquedad lo poco que sabe o sabe mal.

Es un ser falto de luces, incapaz de profundizar una idea y confuso en sus pensamientos.

Además de ignorante es porfiado y tiene amor propio a saturación.

Pretendiendo convencer, esgrime criterios que casi nunca le pertenecen y cuyos fundamentos ni siquiera conoce.

Así como se le engaña fácilmente con ponderación y halago, el necio es sensible a la más leve insinuación o actitud que roce su amor propio. Ello hace que tergiversar palabras e intenciones, lo que aparte de encender su fatuo rubor le promueve una secuela de yerros. Como consecuencia de los conflictos que se crea por tal causa, se mantiene en constante prevención temeroso de que se piense o hable mal de su persona.

Esta deficiencia, como toda afección psicológica que se deja avanzar, propende a la cronicidad, de ahí que sea importante detenerla en sus comienzos, lo que está más al alcance de padres y educadores que del mismo ser, pues nos referimos a la edad en que

éste se halla en formación y puede ser defendido de cualquier pensión defectuosa en su naturaleza.

Ahora bien, ¿cómo señalar su deficiencia a quien sólo se escucha a sí mismo o no entiende lo que para su bien se le dice, vanagloriándose hasta el ridículo con sus alas de cera? ¿Cómo hacerle comprender que debe cambiar su manera de ser, si su misma ignorancia y presunción se lo impiden?

No pretendemos sacarle de su situación, pero sí evitar a quien no tiene iguales trabas en su entendimiento, obrar a veces como si las tuviera, negándose a sí mismo la posibilidad de comprender y de obrar con sensatez e inteligencia.

Es de singular eficacia aplicar a tal comportamiento la **prudencia**, lo cual, si se hace con pleno conocimiento del objetivo que se persigue, dará excelente resultado. Anótense las actuaciones que por equivocadas promueven disgusto y, si se quiere, hágase un resumen diario de las mismas. Luego se decidirá si conviene seguir sufriendo por reincidir en ellas o si es mejor adoptar un comportamiento más reflexivo y juicioso.

Tal vez todo esto se haga con cierta inseguridad al principio, pero tan pronto se observen los resultados y se experimente el efecto de las actuaciones felices, aumentará, en quien se haya abocado a esta tarea, la decisión de no olvidar nunca esta antideficiencia para que influya permanentemente sobre sus pensa-

mientos y, en consecuencia, dentro del escenario de su vida todo sea una demostración de la prudencia con que se rige para moderar sus desatinos.

Def.: DISPLICENCIA

Ant.: EXPANSIÓN DEL ÁNIMO

Quizás sea esta falla una de las más benignas, si bien imprime en los gestos, palabras y actitudes del sujeto una modalidad poco grata, que lo define como descortés e insociable.

El displicente se complace en adoptar posturas desdenosas e indiferentes. Es desabrido, más por desaliño de sus pensamientos —ora pesimistas, ora desprecia-tivos— que como consecuencia de las circunstancias que le rodean.

Su humor es variable, con marcada tendencia al desagrado. Rara vez coincide con los estados plácidos o alegres de sus semejantes, a quienes hace ya demasiada concesión cuando comparte con ellos un momento grato.

Por su modo de ser, más artificioso que natural, se le hace en muchos casos difícil introducir mejoras en su vida, ya que las oportunidades de progreso se tornan esquivas o se malogran por su pasividad o in-

advertencia frente al obstáculo que su misma deficiencia le opone.

El displicente tiene formado de sí un concepto que su imaginación cuida de alimentar con los estímulos artificiales del autohalago.

Su desdén se cimenta en la ilusión, con la que convive preferentemente.

Esta deficiencia deriva a menudo de los inocentes desvaríos de la juventud. Los sueños dorados que animan esa época de la vida, unidos a la inexperiencia, influyen manifiestamente en la formación de ese complejo de superioridad que induce al ser a mirar por encima del hombro a los semejantes. A veces su presencia mental no pasa del grado de predisposición, otras, se acentúa con los años por la fuerza de su gravitación sobre el carácter.

El individuo manejado por esta deficiencia no es feliz, y a menudo debe sufrir el golpe aleccionadoramente fuerte de la realidad, destinado a enderezar el rumbo de sus pensamientos.

La **expansión del ánimo** surge aquí para contrarrestar los efectos nocivos de la displicencia, pues mientras esta última contrae la disposición natural a los desahogos del alma, aquélla mueve a ser amplio, comunicativo y generoso. Mas para que el ánimo se manifieste libremente será necesario sentir la vida con intensidad, experimentar la realidad del propio existir. Entonces florecerá el interés no sólo por la vida de la cual somos dueños, sino por la que viven los de-

más, ya que la de los otros suele darnos elementos valiosos que, además de enriquecer nuestro acervo personal, nos hacen consecuentes con nuestros semejantes.

Def.: IMPACIENCIA

Ant.: PACIENCIA INTELIGENTE

He aquí uno de los males psicológicos más generalizados en la actualidad. En épocas anteriores la vida humana se deslizaba sin los apremios, preocupaciones y exigencias del presente. Los trabajos rurales, la artesanía y las mismas funciones estatales, entonces tareas corrientes, desempeñábanse a prueba de tiempo. El reloj, tortura del mundo actual, no inquietaba al hombre, cuya existencia se desenvolvía sin las demandas de la urgencia. Cada hombre y cada pueblo vivía, pues, la vida a su modo, aunque no tuviera conciencia cabal de la forma de hacerlo.

Los adelantos técnicos que después sobrevinieron, los conflictos laborales, la declinación de la moral y, finalmente, la lucha por la existencia, han dado origen a las innúmeras complicaciones que ahora perturbaban la vida.

Con el creciente desenvolvimiento material, cuyos estimulantes avances nos sorprenden a diario, han crecido también, es innegable, las dificultades y proble-

mas que hoy enfrentamos, los cuales, al sobreexcitar el ánimo del hombre, le hacen caer irremediamente en la impaciencia. En tal estado cualquier demora o inconveniente vinculado a las preocupaciones o responsabilidades hacen estallar al individuo, que a nadie perdona, y menos aún al causante del daño —causante verdadero o supuesto—, al que atribuye, desde luego, todo lo que podría derivarse en perjuicio de su persona o de su interés.

Hoy día son pocos los que no experimentan los efectos de los cambios operados en el mundo. Unos viven abrumados por el afán de no infringir ninguna de las tantas leyes que rigen la comunidad. Otros se hallan acosados por el problema económico, por el de la vivienda o del transporte. Los inconvenientes que surgen a diario y las demoras soportadas sin pausa con la conciencia del tiempo que se pierde, aumentan sin duda el número de factores graves que agujonean el ánimo y estimulan el impulso febril de la urgencia. Ante la mesa del oficinista indolente y despreocupado, ¿qué persona, aun la considerada paciente, no explota durante la espera, excitada por su ostentosa pasividad? De seguro que en estos casos se conseguiría más anticipando al aludido estas palabras: “Dispongo de tiempo, señor. Atiéndame usted cuando pueda”, ya que es común hallar en el ánimo de los seres humanos cierto prurito de hacer lo contrario de lo que se les pide.

Innegablemente, se justifica que la impaciencia se

haya convertido en una deficiencia generalizada, que hostiga y perturba el sistema nervioso del hombre.

La impaciencia toma con frecuencia carácter de obsesión. Cuando alcanza tales extremos, cualquier espera, por leve que sea, cobra en el impaciente perfiles de tragedia. Supone que todo se ha conjurado para torturarlo, respirando con satisfacción sólo cuando vence algún contratiempo.

El impaciente es un esclavo del tiempo, de ese tiempo fantasmal que nada tiene que ver con el auténtico, que tan a menudo el hombre disipa en banalidades, justamente por desconocer su valor real.

Esta deficiencia crea artificialmente la angustia del tiempo y hace vivir en permanente agitación interna, sismo mental que impide instituir dentro de sí la calma. Quien la padece vive bajo la presión constante de pensamientos que le impelen a apresurar cuanto piensa hacer o hace —como si existieran para él plazos perentorios en todos sus cometidos—, y le mantienen en aguda zozobra durante el tiempo en que su interés se halla pendiente de algo: una noticia, una respuesta importante, una solución, etc.

Aparte de lo mucho que el impaciente sufre moral y físicamente, malogra muchas oportunidades, proyectos o ideas que, de haber seguido un proceso normal habríanse transformado en éxitos rotundos como coronación de esfuerzos inteligente y pacientemente conducidos.

En verdad, cuesta mucho al impaciente entender

que cada cosa requiere su tiempo, así como le es difícil entender que quienes le prestan su concurso o le secundan en sus esfuerzos no siempre pueden o están dispuestos a seguir el ritmo que su deficiencia pretende imponerles.

¿Qué ganamos con ser impacientes? ¿Solucionaremos con ello el problema que nos crean las exigencias de esta deficiencia? Hagámonos estas preguntas cuantas veces experimentemos sus apremios, y seguramente nos será luego fácil poner en acción la anti-deficiencia que corresponde aplicar, o sea la **paciencia inteligente**¹, que le quitará fuerza y vencerá al fin.

Al decir *paciencia inteligente* nos referimos a la *paciencia activa*. No a la que induce a esperar pasivamente, sino a la que además de infundir serenidad hace al hombre comprensivo, permitiéndole pensar con utilidad y provecho y asimismo estar atento a sus necesidades y deberes durante todo el tiempo, corto o largo, que abarca la espera.

La *paciencia* es una de las virtudes más valiosas y también más difíciles de lograr. Sin embargo, su posesión no es imposible si se sigue rigurosamente el proceso de comprensión, adiestramiento y realización que la pondrá al alcance.

Aplíquese cada uno al cultivo de esta virtud y sabrá cumplir a satisfacción el mandato de la vida.

¹ Ver *Logosofía. Ciencia y Método*, págs. 135-137, del autor.

Def.: DEBILIDAD

Ant.: FORTALEZA

La debilidad o flaqueza es una fuente tributaria del instinto humano.

La integran pensamientos consentidos que aflojan el ánimo, la voluntad y afectan la capacidad vital y psicológica del sujeto.

Es propio de esta deficiencia ceder ante la menor presión del instinto o del pensamiento seductor que hace estragos en la voluntad y obliga a reincidir en la comisión de transgresiones.

Provoca el reblandecimiento de la fortaleza, manifiesto en la ausencia de energía en las determinaciones del ánimo, que cede o se doblega ante el obstáculo o ante el vigor de la resistencia ajena, o se revela impotente frente a las pasiones.

Es interesante destacar cómo la razón, que debiera cumplir siempre su función rectora en el ser, es neutralizada y sometida a la fascinante influencia de una debilidad, y hasta paralizada toda vez que llega al tope el deleite circunstancial a cuya manifestación dio motivo.

Hay quienes consideran a las debilidades como válvulas de escape del instinto. De ahí que se intente a menudo su defensa, justificando cada cual la forma que asumen en su vida. El consenso común las disi-

mula, atenuando en muchos casos su acción negativa, como se hace con el niño mimado, a quien se le consienten las travesuras.

La debilidad, que en todos los casos señala ausencia de dominio mental, roba al individuo mucho tiempo y energía, sobre todo cuando la deficiencia se singulariza por la entrega total del sujeto a las demandas del instinto, llenándose de vicios.

Damos a la **fortaleza**, antideficiencia que concurre a su desplazamiento, el sentido de defensa, de rehabilitación o reconstituyente.

El fortalecimiento de la voluntad o, mejor aún, del querer del individuo, traerá por repercusión lógica el acto inhibitorio de sus debilidades y, por consiguiente, su gradual extinción. Esta antideficiencia tiene asimismo la particularidad de actuar sobre otras deficiencias, favoreciendo el proceso de desintegración de las mismas.

Naturalmente, habrá que instituir la y **darle vida** si se quiere que cumpla con éxito su cometido; para ello hay que reunir con buen criterio todos los elementos que, afines con las nobles aspiraciones que se tengan, posibiliten esa extraordinaria realización,

Def.: ENTROMETIMIENTO

Ant.: CIRCUNSPECCIÓN

Esta falla denúnciase casi siempre como hábito negativo contraído en la niñez y robustecido con el tiempo por educación precaria.

Acusa falta de cultura y también de seriedad, aun cuando el sujeto aparente lo contrario.

El entrometido es un ser que desea ardientemente y sólo por curiosidad saber qué piensan, dicen o hacen los demás, y es particularmente afecto a ejercer gratuitamente el papel de correveidile, creyendo agradecer u obrar bien.

No tiene por lo general malos sentimientos, pero debe sufrir a menudo la recriminación y el rechazo de sus semejantes, como si los tuviera.

Con evidente sobrestimación de sí mismo o de su eficacia, se figura que uno u otro de los que conoce necesita su consejo para resolver o allanar dificultades, y allá va él a brindárselo sin reparar que no se lo han pedido.

¿No es lamentable tener que observar la falta de tino y de tacto que ponen de manifiesto esta clase de sujetos al mezclarse repetidamente en asuntos que no les incumben?

El entrometido no advierte que con tal comportamiento desmerece su concepto, que su palabra es

escuchada con prevención y que su conducta, aunque le parezca bien intencionada, choca porque se recela de él.

Como a cargoso crónico, elúdense su trato.

Sabido es que el entrometimiento y la indiscreción marchan del brazo. Los afectados por el comportamiento de quienes prohijan ambas deficiencias suman no pocos, pues sus importunas intervenciones acarrear buen número de contratiempos y complicaciones y hasta son causa del malogro de planes y proyectos en pleno desarrollo.

Tanto el que desliza al oído de otro una palabra, un dato, una noticia sin la responsabilidad del que sabe medir las consecuencias de lo que hace, como el que averigua lo que no le atañe o se introduce indiscretamente donde no le llaman, no sólo causa su propia desdicha, sino que llena a otros de molestias y perjuicios.

Para apreciar mejor la fealdad de esta deficiencia invitamos a examinarla en los demás. Observemos qué impresión recibimos de una persona a quien vemos inmiscuirse en la vida ajena o tomar ingerencia en lo que otros dicen o hacen sin tener en ello arte ni parte. Evidentemente, la impresión no agrada. ¿Qué concepto puede entonces merecernos esa persona? Muy pobre, no cabe duda.

Después de este análisis traslademos la apreciación a nosotros mismos. No tardaremos en eliminar se-

mejante falla si comprobamos que, inducidos por ella, afeamos la conducta.

La **circunspección**, aplicada con tacto y acierto al propio discernimiento, impedirá que, bajo la excusa del comedimiento, pero sin pensar en su inoportunidad, la deficiencia se deslice en cualquier posible descuido.

Bien entendida como antideficiencia, la circunspección obra en todos los casos como agente directo de la inteligencia en su función reguladora de las actitudes humanas susceptibles de alterar la eficiencia del individuo.

Def.: INDISCIPLINA

Ant.: DISCIPLINA

La indisciplina se incuba en el ánimo del ser auspicada por el instinto, en permanente rebeldía contra el ordenamiento de la vida impuesto por la convivencia humana para propiciar el desenvolvimiento armónico de sus actividades.

Es ésta una falla que debilita considerablemente los propósitos que se persiguen o los entorpece, pues en razón de la habitual despreocupación que promueve con respecto al orden que demanda la realización de toda empresa o proyecto, demora su logro, lo difi-

culta y, en consecuencia, aminora el entusiasmo que probablemente animó sus comienzos.

Corregir desde la infancia la indisciplina, persuadiendo al niño sobre las ventajas de someterse a una forma organizada de vivir e induciéndolo a los buenos hábitos, es cooperar en la formación de un individuo socialmente apto y moralmente sano. Crecerá defendido contra las desviaciones que asechan a la juventud, desviaciones que fomentan el desorden y la negligencia, tornando a veces difícil su recobro.

La indisciplina disocia las ideas promoviendo entre las mismas recio antagonismo. Podría decirse que la mente del indisciplinado es una fortaleza cuya guarnición se halla en continua rebeldía.

Quienes se hallan en ese estado confunden indisciplina con libertad y, so pretexto de defenderla, hacen caso omiso de las leyes y normas que asisten la vida civil, y hasta se jactan de ello pretendiendo demostrar sin duda que son dueños absolutos de su voluntad.

Para ellos, disciplina es la imagen del sometimiento. En toda idea de orden ven un yugo. Sin embargo, de aplicarla a sí mismos aun en pequeña escala, cuán pronto comprobarían su valioso rendimiento.

Mucho beneficiará al indisciplinado el apreciar hasta qué punto la deficiencia dificulta su diario quehacer, pues cuando ella gobierna, de poco vale al sujeto ser activo, por cuanto la indisciplina sustrae al esfuerzo gran parte de energía, fomenta la irregulari-

dad en la acción, la discontinuidad, el recargo de labor, todo lo cual conspira contra la conducción feliz de lo que se tiene entre manos.

Pocas veces la indisciplina obra sola. Por lo general se le asocian la desobediencia, la inadaptabilidad, la negligencia, la indiferencia, la distracción, etc. En el mejor de los casos acusa tan sólo falta de dominio, de empeño y aun de capacidad para regular la propia diligencia tornándola más ágil, productiva y estimulante.

Sea como fuere, téngase presente siempre que la indisciplina, con sus fascinantes argumentos, hace perder mucho tiempo. Justamente el que podría servir para introducir en la vida el orden que le falta, con los mejores resultados.

Hay dos clases de disciplina aplicables a esta deficiencia: la rígida y la elástica. Disciplina **rígida** es la que se cumple al pie de la letra, sin admitir circunstancias capaces de hacer variar las causas que dieron origen a esta o aquella norma, quehacer o conducta. Disciplina **elástica** es la que cada cual aplica con suavidad y firmeza a su modo de ser, hasta acostumbrar la vida a un ritmo regular y duradero. Nosotros optamos por la última.

A nuestro juicio, el indisciplinado lo es, antes que nada, en sus propios pensamientos. Es allí donde hay que introducir la **disciplina**; allí donde hay que poner orden. El esfuerzo en tal sentido no fatiga si se tiene presente el bien que se persigue; a lo sumo, descon-

certará un poco la sensación de impotencia que sigue a los primeros ensayos. En tal circunstancia aconsejamos no olvidar que la clave está en no interrumpir la aplicación de nuestro método, a fin de que la antideficiencia suplante en breve a la falla.

La Logosofía, que todo lo transforma en fértil y provechoso, no da cabida a la indisciplina en el campo de aplicación práctica de su enseñanza. El proceso de evolución consciente la debilita de tal modo que finalmente desaparece.

Def.: HOSQUEDAD

Ant.: AFABILIDAD

Es ésta una falla temperamental que contrae la sensibilidad sofocando los sentimientos.

Si el individuo se abandona a ella se convierte en un maniático encerrado en el estrecho círculo de su propia inclemencia mental.

“No puede con su genio”, suele decirse para disculparlo. Nosotros preguntamos: ¿no tiene inteligencia y voluntad para luchar contra esa huraña deficiencia?

La hosquedad torna el carácter agrio y sombrío; empuja al aislamiento. El sujeto rehuye el contacto con sus semejantes, y éstos, el suyo, porque a nadie

agrada una modalidad áspera y poco amistosa. Sea en el hogar junto a los suyos, sea fuera de él, su actitud, opuesta a toda demostración jovial o afectuosa, provoca rechazo, pues su presencia se recibe siempre con escasa muestra de satisfacción. No es difícil que el hosco, tan malamente dotado en lo que respecta al carácter, cuente con méritos personales, esto es, capacidad para el estudio o el trabajo, conducta honesta, responsabilidad, etc.; pero su compañía, por la índole misma de sus actitudes, siempre cambiantes, es motivo de incomodidad y preocupación para los demás.

Pensamientos de buen humor, de tolerancia y alegría ejercen ponderable influencia sobre la hosquedad, suavizando finalmente las agudas aristas del temperamento. Dejar que ellos saturen el ánimo es propiciar el ablande de un defecto que impide gustar las bondades que nos ofrece el sentimiento. Mas, ¿cómo lograr la permanencia en su mente de tales pensamientos quien vive aferrado a otros de naturaleza tan opuesta? ¿Cómo cultivar la antideficiencia capaz de acabar con esta falla quien se comporta en forma totalmente contraria?

El que quiera dejar de ser hosco encontrará en nuestro método precisas indicaciones para realizar su aspiración. Siguiéndolas con juicio le ayudarán a desarraigar la modalidad que aqueja a su ser moral y psicológico.

De muy buen grado aconsejaríamos, a quien se

decidiese a la tarea, colocar en el bolsillo un pesado medallón de plomo, en una de cuyas caras se leyera la palabra "hosco". El incómodo lastre, acompañándolo a todas partes, seguramente le recordará a cada instante la deficiencia que lleva a cuestas y le despertará el deseo de sacársela de encima cuanto antes. Desde luego que puede evitarse el procedimiento, siempre que logre el mismo fin conservando en su mente la imagen del medallón unida a la sensación de molestia que su hosquedad le ocasiona. Si en ello se empeña podrá muy pronto aligerar su carga, y la **afabilidad**, al modificar su carácter, le permitirá sentir y disfrutar las ventajas del cambio. Vale la pena hacer el experimento.

Def.: EGOÍSMO

Ant.: DESPRENDIMIENTO

El egoísmo es una deficiencia cuya raigambre asciende a edades primitivas, cuando los hombres, en permanente lucha contra el rigor del medio, tan sólo atendían a su defensa y conservación. Es, pues, una deficiencia íntimamente relacionada con el instinto de conservación, despertado en el individuo por imperiosa necesidad de la vida. De ahí que la veamos aparecer, casi sin excepción, desde temprana edad.

El egoísmo no es sentimiento, como suele admitirse, ni aun suponiéndole origen bastardo. Prueba fehaciente de ello es que el egoísta riñe a menudo con sus propios sentimientos cuando en determinadas circunstancias éstos pretenden ablandarle el corazón, endurecido, precisamente, por el dominio que el instinto ejerce sobre él.

Cuando la codicia harta al egoísta con la satisfacción de sus apetitos materiales, limitados al exclusivo placer personal, éste parece sosegar la mezquindad que lo consume; su mente, empero, está siempre alerta para cuidar sus intereses contra cualquier eventualidad.

El sujeto egoísta niega la incumbencia del espíritu en la vida humana y resiste toda idea respecto de su función rectora en el destino del hombre. La sola mención de Dios, cuando tiene por finalidad ablandar su egoísmo, parece trastornarle el juicio; prueba palmaria de que esa deficiencia es producto inveterado del instinto, último de los mojones humanos afín con la animalidad, que sugiere cuán necesario es trocar los estados inferiores por los de naturaleza elevada.

El egoísmo cierra de tal modo los oídos del entendimiento que no permite al hombre comprender la inexorable y dura lección repetida en todo tiempo y edad, esto es, que el cúmulo de bienes exclusivamente materiales agrava la transición que se opera en él al cesar la vida; que nada de este mundo se lleva el espíritu cuando, al abandonarlo, el ser ofrece al juicio de

su propia herencia existencial tan injustificable espectáculo de pobreza ¹.

Esta deficiencia corroe los sentimientos. Cuando éstos y la sensibilidad se hallan afectados por ella, de hecho se produce en el egoísta una anormalidad, un desequilibrio, una multiplicación de deseos que jamás se satisfacen o sólo se satisfacen en parte.

Si cada uno vigilara sus pensamientos con el propósito de verificar si está libre de esta deficiencia, es casi seguro que sorprendería por lo menos algún vestigio de la misma, pues pocos son los que no llevan consigo alguna partícula egoísta. Hallándose en una fiesta, por ejemplo, podrá cada cual identificarla en el deseo ambicioso que acaso experimente de ser el más admirado o el que más se destaque; o tal vez la halle presente en otro momento de la vida, al sentir dentro de sí la fuerza que se opone a algún gesto desinteresado; o al contener a tiempo, caso de hallarse ante una apetitosa fuente de alimentos, el impulso de elegir la mejor presa.

El egoísta pone el precio más bajo a todo, pues cree que la vida es un comercio, donde el que escamotea con habilidad los valores que ansía para sí saca más ventajas.

En contraposición con las almas grandes, que son todo generosidad, las almas pequeñas son egoístas, in-

¹ Ver *La herencia de sí mismo*, del autor.

significantes y privadas del respeto que inspiran quienes dan muestra de desprendimiento.

Esta falla opone tenaz resistencia a la evolución consciente y oscurece mucho el camino del conocimiento de sí mismo.

Posiblemente alguien se pregunte, y no con poco escepticismo, por qué rendija mental podría penetrar en el egoísta el pensamiento constructivo capaz de contrarrestar su deficiencia. Ciertamente, no se concibe cambio favorable en quien se ha endurecido bajo la influencia del egoísmo, pero no debe darse como imposible en quienes, a tiempo de recapacitar, podrían sentirse dispuestos a abandonar sus yerros agujoneados por alguna aspiración cuya nobleza los haya conquistado. Sin lugar a dudas, el altruísmo oficia de clarificador de ideas y conceptos ensombrecidos por el egoísmo.

La enseñanza logosófica, pródiga por excelencia, invita al egoísta a comportarse a la altura de su generoso esfuerzo. Si lo tiene en cuenta, poco a poco los primeros síntomas del desprendimiento comenzarán a manifestarse en él y la antideficiencia podrá desalojar definitivamente a tan incómodo y mezquino huésped.

Def.: DESORDEN

Ant.: ORDEN

Indudablemente existe en el desordenado una visible resistencia a todo lo que implique sujeción a un orden, a un método. Pretende que la disposición sistemática de las cosas lo tiraniza y priva de la libertad de hacer cuanto le place. Es tal el fondo negativo de la deficiencia que el ser parece experimentar placer en desarreglarlo y desubicarlo todo.

El desordenado desconoce, no estima el valor ni las ventajas de mantener el sitio destinado a cada prenda u objeto a cuyo uso debe recurrirse cotidianamente, y tal desaprensión reduce, es lógico, su tiempo, trastornando muchos de sus movimientos y empeños.

El desorden se asocia comúnmente a la **negligencia**, por concurrir ambos al mismo fin.

Ocurre con no poca frecuencia que el desordenado es persona acreedora a la estima en la actividad que desempeña, permaneciendo no obstante ajeno al contraste que ofrece el abandono en que vive cuando alguien tiene oportunidad de apreciarlo.

Señalamos, como raíz de esta deficiencia, el desorden que por fuerza existe en lo interno de quien ha cedido a su influencia; de quien ignora o parece ignorar que la organización de la vida en los quehaceres rutinarios y detalles concernientes a la esfera privada

de cada cual debe ser preocupación ineludible. De más está decir que quien se halla en tal estado tiene que haber carecido en su infancia y en su juventud de una asistencia que imprimiera en él hábitos de orden, cosa de todo punto necesaria como base de una vida organizada.

Contrarresta el avance de esta deficiencia y, más aún, contribuye a su desaparición, establecer gradualmente el orden que, como decíamos, falta dentro de la mente, comenzando por el adiestramiento de las facultades de la inteligencia, en particular la de pensar. Con la práctica metódica de tal actividad se ordenan los movimientos mentales que ponen en ejecución los proyectos trazados para lograr el propósito que se desea, para lo cual se hará una previa indagación, tal como lo indicamos en otra parte de este libro, de los pensamientos que se tiene en la mente; cuáles sirven a un propósito y cuáles no, ayudando a los mejores a cumplir su cometido. Cualquier otra conducta hará perder el tiempo en perjuicio propio, y el desorden, aunque se atenúe, continuará existiendo con riesgo de hacerse crónico.

Es ésta una tarea que difícilmente podrá ejecutar cualquier persona sin el auxilio de los conocimientos logosóficos, por la sencilla razón de que no tiene a su alcance ningún método semejante que le permita apreciar su propia realidad, de la que está ajena. ¿Cuántos son, por ejemplo, los que piensan que lo acumulado en su mente puede no tener toda la utili-

dad que le atribuyen? ¿Cuántos los que han ordenado sus pensamientos en forma de servirse de ellos sin que sean obstáculo a los fines de éste o aquel proyecto o conducta a seguir?

La concepción logosófica del orden implica ductibilidad en lo que al mismo orden respecta. Pero entiéndase que nos referimos al orden mental, que cumple un objetivo muy útil porque alcanza a todo lo que se relaciona con la vida del ser.

La disposición inteligente y cuidadosa de las cosas externas ha de responder, pues, al orden establecido dentro de la mente o ser su consecuencia, con lo cual queda evidenciado que debe existir una correspondencia entre el orden externo y el interno. De esta manera el sujeto se preservará de la tiranía que ejercen sus pensamientos, al ceñirlo a una conducta de la que no puede zafarse.

Téngase presente que para aplicar a esta falla la antideficiencia que corresponde se impone haber comprobado por sí mismo que efectivamente impera el desorden en el ámbito mental de la propia vida, un desorden que podría en muchos casos no impedir el normal desenvolvimiento de las actividades o quehaceres diarios, pero que no dejará por ello de incomodar sensiblemente uno u otro de los propósitos o aspiraciones que se tienen.

Cuando la vida no sigue un ordenamiento ágil, forjado en el saber y la experiencia, pierde el gran in-

centivo de la **seguridad**, que tanto anima la voluntad del ser.

La capacitación gradual de la inteligencia incita a mantener un orden natural y lógico en todo lo que concierne o se vincula con la propia vida, un orden que el indisciplinado desdeña pretendiendo que todo se avenga a su modalidad.

Poner orden en los pensamientos, en la vida, en todo lo que depende de nosotros y nos pertenece debe ser imperativo de conciencia.

Def.: BRUSQUEDAD

Ant.: SUAVIDAD

La brusquedad nos define a un sujeto cuyos gestos, palabras y actitudes sufren repentinas variantes por la aparición subitánea de impulsos sobre los cuales no tiene gobierno.

Es propia de temperamentos inquietos, impacientes y violentos, y cobra sus formas más ingratas en aquellos que por incultura no han logrado limar las asperezas de su carácter.

Se exterioriza con las consiguientes salidas de tono a raíz de molestias, incomodidades o disgustos ocasionados voluntaria o involuntariamente por terceras personas, y se exterioriza asimismo a través de rápidas

e inesperadas determinaciones que sorprenden y producen perturbación en quienes rodean al afectado.

Las personas bruscas, pese a su deficiencia, pueden ser afectivas y cordiales y contar con muy buenas cualidades morales. La eliminación de esta falla no será en tales casos difícil, sobre todo si el sujeto se ha percatado de cuán penosas suelen ser sus derivaciones, así para la propia vida como para la de relación, lesionadas ambas por sus efectos.

Con una persona de modales y actitudes bruscos es sumamente difícil convivir en armonía, salvo que se cuente con una buena dosis de benevolencia y tolerancia. Razón poderosa ésta para rectificar la conducta, ahorrando a familiares y amigos la ingrata sorpresa de los exabruptos que perturban y alteran el buen entendimiento.

Si bien ofrecemos como antideficiencia la **suavidad**, que es su contraparte más apropiada, no implica precisamente que por sí sola oficie de antídoto. Tal como acontece con las demás deficiencias, el que aspira a corregirla preste especial atención a sus pensamientos, y si tiene conciencia de su brusquedad trate en lo posible de ser suave, frenando a tiempo todo impulso contrario.

Proyecte sobre su pantalla mental la imagen de un ser dominado por una falla semejante a la suya. Imagínelo en sus gestos y movimientos bruscos, en sus estallidos intempestivos, en sus actitudes impropias, y véase a sí mismo en toda su rudeza. Ensaye esto

el tiempo que le demande la desaparición de la deficiencia, mientras ofrece a la suavidad sus mejores empeños para que caracterice en adelante su modo de ser.

Def.: INTEMPERANCIA

Ant.: CONTINENCIA

Puesto que la intemperancia sugiere falta de moderación, no es posible sustraer el pensamiento a la imagen de lo exagerado y extremo.

Encuadrada esta deficiencia en la figura descripta y teniendo en cuenta que el intemperante es un individuo sin medida para controlar y regular sus apetitos pasionales, es fácil descubrir su acción sobre los seres, ilustrados o incultos.

La intemperancia se revela toda vez que se manifiesta un estado psíquico anormal. Erige al ser en autómeta, incapaz de contrarrestar o anular su influencia perniciosa. Quien la soporta carece de gobierno sobre sus actos, exentos de la ética que reclama la convivencia normal entre los seres humanos.

Opera esta deficiencia sobre la razón y otras facultades de acción igualmente moderadora, provocando en ellas un efecto paralizante. Implica por tal motivo un serio entorpecimiento para el libre juego de la vida interna del ser y es causa a la vez de las desazones

y los deprimentes estados de ánimo que siguen a todo exceso, a todo desborde, pues cuando la deficiencia cesa en sus demandas el sujeto se halla libre para reflexionar sobre el mezquino saldo dejado por sus disipaciones.

Cuando de verdad se quiere vencer una deficiencia, lo conveniente es emplear el recurso que hará efectivo ese propósito. En este caso apélese a la **continencia**, que obra al instante sobre la intemperancia moderando sus excesos. Mas no basta recordar a menudo que no se quiere ser por más tiempo intemperante; hay que unir a ello la **voluntad** de suplantarla por la continencia, practicándola sin titubeos hasta reducir esa manifestación irreflexiva en la conducta de los seres.

Def.: INDIFERENCIA

Ant.: INTERÉS

La indiferencia provoca un **ausentismo** mental y sensible que impide al sujeto percibir con respecto a las cosas, circunstancias y seres que le rodean, la atracción o interés que experimentan quienes se hallan libres de esta falla.

En la mayoría de los casos se oculta tras la indiferencia la imagen del **desconformismo**. Fracasos, decep-

ciones, pérdidas irreparables, reveses de fortuna, aspiraciones insatisfechas —cuántas veces porque la ambición o la imaginación inspiró los más audaces proyectos— suelen postrar en la indiferencia, mal psicológico que adormece el ánimo sumiendo al ser en tal pasividad que llega a no importarle nada cuanto le acontece, bueno o malo, triste o alegre, y aun aleja de su preocupación la suerte de hijos, esposa y demás seres queridos.

A veces la indiferencia es más aparente que real. Riquezas, joyas, viajes, posiciones destacadas, en fin, cuanto el ser supone irrealizable o difícil de alcanzar parecería carecer de interés o no existir para él, aun cuando allá, en lo más recóndito de su alma subsista, frustrada todavía, la resonancia de una conmoción sensible a la existencia de tales bienes.

La indiferencia asume en ciertos casos características suicidas. Ocurre cuando afecta a la salud, que se desatiende o descuida con menosprecio de la propia vida. Otras veces acusa falta de sentimientos humanitarios; nos referimos a los que pudiendo hacer el bien pasan de largo junto a la miseria, a la necesidad o al dolor ajenos.

Cuando el estado de ánimo que particulariza esta deficiencia se agudiza, es porque se han perdido o faltan los estímulos que promueven la **atracción**.

Quien se dé cabal cuenta de semejante norma, comprenderá cuán eficaz y beneficiosa ha de resultarle

la aplicación de la antideficiencia, o sea el **interés**, precedido por nuevos y poderosos estímulos.

La vida no debe ser indiferente a nada. La muerte sí es indiferente a todo, y la frialdad de la indiferencia se asemeja elocuentemente al mutismo de la tumba.

Será necesario, pues, volver a sentir el grato palpitante de la vida; sentirlo no sólo dentro de sí, sino también por todo lo que el alma percibe como noble y bueno.

A tal propósito coadyuvará sin duda la siguiente reflexión: “La indiferencia que me acosa, como todas las deficiencias, me señala falta de realización interna. Puesto que me hallo en el mundo, donde convivo con mis semejantes, debo acostumbrarme a no ser indiferente a nada. Todo ha de interesarme en la medida que mi inteligencia sea capaz de valorar cada hecho o cosa que se relacione directa o indirectamente con mi vida. No debo, pues, mantenerme extraño a nada de lo que acontece en la humanidad, porque la humanidad también está en el mundo”.

Diremos por último que el conocimiento causal o logosófico, que trasciende todo lo conocido en virtud de su particularísima función creadora y aleccionadora, ayuda a la recuperación total, pues despierta el interés e induce a buscar incentivos en todo lo que de una manera u otra puede ser útil, agradable o beneficioso.

Cuando la indiferencia cae vencida mortalmente por la noble espada del conocimiento, surge tras él el

incentivo, la buena voluntad, el querer; con ello la vida llénase de encantos y el alma depone al fin su letal indiferencia.

Def.: CODICIA

Ant.: HONESTIDAD

Se ha dicho y con razón que la codicia es insaciable. La observación demuestra, por su parte, que inferioriza las calidades y condiciones del ser.

La consideramos como una de las deficiencias más negativas y perturbadoras, por cuanto desvía la capacidad de creación de la inteligencia alterando constantemente el ejercicio de sus facultades y las del sistema sensible, ya que el codicioso las pone al servicio exclusivo de sus afanes de lucro y posesión, único fin de su vida.

En verdad, esta deficiencia proviene de una obstinada disconformidad que azuza los sentidos hacía un desear continuo de cosas, aun de aquéllas que están muy lejos de las propias posibilidades y, por lo tanto, fuera de alcance. Esta última circunstancia, lejos de persuadir al sujeto acerca de la conveniencia de abandonar su ambicioso afán buscando en el esfuerzo sensato la medida que regule sus deseos de logro, lo precipita a una acción más vehemente e insaciable aún.

La codicia es una comezón, un prurito psicológico que el afectado no trata en ningún momento de anular, antes bien lo mantiene, pues engendra en él un placer, morboso, se entiende. Como pensamiento enquistado que es, influye poderosamente en el ánimo del ser, quien, para calmar su repetido cosquilleo, se lanza obstinado en pos de mayores bienes o de nuevas y alucinantes posesiones, sin titubear en lo que arriesga.

Entre los sujetos codiciosos se observa el caso del que desea con ardor lo ajeno sin lograrlo nunca. Así es como surge el resentido con su propia suerte, y también con el destino, al que acusa de favorecer con exceso a los demás dejándolo de lado.

Muy a menudo la codicia convive con la envidia, siendo entonces mayores sus estragos. La víctima de este connubio psíquico experimenta con singular violencia sus incitaciones, atormentando permanentemente su vida con la visión del bien o la riqueza de otros.

Cuando la codicia ha alcanzado ya los límites de la obsesión, la vida misma es absorbida por ella. Tanto las facultades de la inteligencia como la voluntad quedan entonces prácticamente anuladas. Se comprenderá cuán difícil es la rehabilitación de quien ha permitido a la codicia adueñarse de tales prendas.

Esta deficiencia, al viciar las facultades de la inteligencia y de la sensibilidad, pasa a ejercer, como antes dijimos, pleno dominio sobre la vida, viéndosela por tal causa aparecer en innumerables casos como princi-

pal instigadora de hechos delictuosos: despojos, engaños, hurtos, violencias.

Seguramente no han de ser obsesos quienes busquen en estas páginas elementos para su recobro, sino aquellos que, menos afectados y conscientes del perjuicio personal, procuran librarse de sus acometidas. Hará bien a éstos recordar que la vida humana no está hecha para amontonar riquezas materiales, y, menos aún, para envilecerla con inspiraciones codiciosas.

Si esta deficiencia nos impulsa a desear lo que otros, más favorecidos por la vida, han logrado para sí, opongamos a tales instancias el sentir honesto que atempera las miras ambiciosas.

Sólo la **honestidad** podrá curar el extravío a que conduce la codicia. Como antideficiencia debe obrar con empeño y sin violencia, procurando cada cual ampliar su radio de acción psíquica y buscar en las fuentes del sentir y el pensar honestos la fuerza sustentadora que la hará prevalecer sobre tan defectuosa inclinación humana.

Def.: VERBORRAGIA

Ant.: CONCISIÓN

Propio del sujeto que acusa esta deficiencia es hablar con exceso, sin un control que le permita ajustar el uso de la palabra a las exigencias del tiempo y a la oportunidad en que lo hace.

No considera éste las energías que malgasta ni el tiempo que pierde, menos aún considera el que hace perder a los demás, entre los cuales si bien se hallan quienes le escuchan de buen grado, tampoco faltan los que disimulan su aburrimiento y su molestia mientras esperan que se le agote el tema o lo enmudezca providencialmente el cansancio.

He aquí una falla que deleita a su poseedor, quien aparte del placer que experimenta al dar libre curso a su loruna parlería, escuchándose a sí mismo con incontenida euforia, se complace con la admiración que despierta o cree despertar en su auditorio.

Malo para la enmienda de esta deficiencia es que quien la sufre no advierte su engaño, como no advierte lo mucho que se perjudica y, menos aún, las molestias que ocasiona a sus amigos y a todos los que abruma con su charla.

Cuánto bien le haría enterarse de que las personas ocupadas y activas le rehuyen; de que las sensatas

y formales lo evitan; de que quien lo ha aguantado una vez no se aviene otra a ser su víctima.

Es condición del verboso averiguarlo todo para tener siempre mucho que decir cuando la oportunidad se le presenta; también es común en él repetir cuatro o más veces la misma cosa agotando la paciencia de su interlocutor que, resignado, piensa cómo es posible llevar a costas semejante calamidad sin advertirla.

La verbosidad parecería marchar del brazo con el ocio, puesto que quien mucho habla no puede emplear su tiempo en hacer obra.

Muchas veces acontece que esta deficiencia afecta a personas cuyas obligaciones les demanda estar activas, lo cual no les impide, empero, hablar hasta por los codos, según su costumbre, haciendo uso de un tiempo que no tienen. En consecuencia, el trabajo se retrasa y acumula, y luego vienen los lamentos de quien por su exclusiva culpa es víctima de situaciones que él mismo se ha creado.

Vemos, pues, cuántas calidades apreciables faltan al que tiene esta deficiencia, lo que es muy de lamentar cuando se trata de alguna persona que en los demás aspectos de su vida goza de buena y merecida reputación.

El que quiera sobreponerse a esta falla, fórmese los siguientes interrogantes: ¿Mi charla es útil? ¿Sirve en realidad para algo? ¿No estaré abusando de la pa-

ciencia ajena? ¿No estaré distraído mi tiempo y el de los demás?

Cumplido lo cual acúdase a la **concisión** como antideficiencia. Alertado por ella procure hablar menos y pensar más, recordando que el exceso de palabras suena a hueco y que nadie toma en serio al que habla mucho; si alguna vez dice algo importante, corre el riesgo de pasar inadvertido.

Las palabras no deben derrocharse porque podrían faltar cuando se necesita que su peso influya en alguna decisiva circunstancia de la vida.

Def.: RENCOR

Ant.: BONDAD

Definiremos al rencor como la exudación mental cuyos tóxicos provocan un constante envenenamiento psíquico.

Alimentada por el instinto, esta deficiencia cobra volumen como pensamiento obsesionante, condenando al sujeto a prolongada tortura.

El prisionero del rencor rara vez guarda memoria de los hechos y cosas que lo han beneficiado brindándole satisfacción y colmándolo de alegría, pero recuerda en cambio con ánimo sombrío cuantas le han sido adversas. Es un resentido capaz de pasar su vida alimen-

tando ese repudiable pensamiento de encono que corroe sus sentimientos, sin reparar que el mal que ansía para otros se vuelve contra él centuplicadamente, ya que debe soportar las angustias de una situación que a veces tan sólo termina con la muerte.

El rencoroso no guarda gratitud para con nadie, aunque se estima acreedor de consideraciones por los servicios que hizo o que presume haber hecho. Es habitual que responda con su mal sentir a cualquier actitud que no satisfaga como él pretende sus peticiones, y aún niegue o menosprecie el celo de quienes tienen el propósito de servirle.

Incapaz de desoír las falsas razones que lo asisten y aconsejan, descarga su rencor contra su semejante, asechando en silencio y con disimulada actitud la ocasión de retribuir el mal que a su juicio le hicieron. Cualquier desgracia, cualquier contratiempo que recaiga sobre la persona que es blanco de su despecho, equivale para él al placer que habría de ofrecerle su propia venganza.

Esta deficiencia recrudece y se propaga en los ámbitos incultos de la sociedad, allí donde la moral se mira con desprecio. Sin embargo, también se manifiesta en esferas de mayor nivel. Desde luego que siempre denuncia inferioridad moral, y aun cuando no estén acentuados sus rasgos, descalifica invariablemente a quien se deja arrastrar por su influencia.

Ya dijimos que el rencoroso busca siempre consumir su intención perjudicando de algún modo al que,

con motivo o sin él, provocó su resentimiento. Esto prueba la fijeza del pensamiento que define la deficiencia, pues no admite, mientras persigue su objetivo, la intervención del sentimiento, al que afecta, empero, por lesionar la sensibilidad.

Si aún se está a tiempo de corregir esta deficiencia, aconsejamos oponer a ella la **bondad** o, lo que es lo mismo, dejar que se manifieste el sentimiento con plenitud frente a cuanto es bello y grato a los ojos de la sensibilidad.

El buen sentir hará desaparecer los efectos del rencor con sólo pensar que es preferible ser acreedor y no deudor, es decir, nos hará experimentar la sensación feliz de sabernos seguros de no cometer aquellas faltas que antes censurábamos en nuestros semejantes.

Quien se entregue a la tarea de dominar esta deficiencia transformará en oasis de paz su infierno interior.

Def.: INCUMPLIMIENTO

Ant.: FORMALIDAD

Esta deficiencia refleja un estado de ánimo especial, propenso al descuido del deber, de la palabra empeñada, del compromiso contraído. En todos los casos implica no sólo falta de responsabilidad, sino de escrúpulo. Es una de las tantas fallas de la psicología humana

propias del descuido en la educación infantil, que persisten y se acrecientan con el transcurso del tiempo por desconocimiento de la vida y actividad de los pensamientos.

Se trata de una falla que atenta contra las ideas, propósitos e intereses del propio ser, desde el momento que por su causa deja éste de cumplir con muchos de los fines que se propone para su bien.

- Quien acusa esta deficiencia no podrá nunca conservar la confianza depositada en él por sus semejantes; tampoco logrará nunca inspirar respeto, pues no puede merecerlo quien evidencia no respetar sus propias determinaciones, máxime si es de aquéllos que al empeñar su palabra no repara en el perjuicio que puede ocasionar su incumplimiento.

Para el informal es muy poco conocido el valor real de las palabras en relación con la fuerza anímica que las alienta. Esto no significa que se ha de ser esclavo de la palabra que se emite, pero sí que debe hacerse honor a ella. Debe saberse que hay medios muy eficaces para conciliar situaciones sin dejar por ello de gozar de absoluta libertad. Tales medios son la **prudencia**, que recuerda impedimentos personales y demás dificultades para cumplir una promesa; la **mesura**, que pone a cubierto de la imprevisión, evitando faltar a la palabra frente a ocasionales riesgos; la **sensatez**, que da la exactitud en la apreciación del motivo que obliga, etc.

Formalidad es la palabra de orden, la virtud para conquistar la extinción de esta deficiencia. Mas no

basta el anhelo de ser formal para contrarrestarla y liquidarla; hace falta una buena dosis de voluntad para distanciar primero la repetición de sus manifestaciones y eliminarla luego totalmente.

Será preciso, es natural, mantenerse atento al pensamiento que favorece las demostraciones del incumplimiento y vigilar todo movimiento mental tendiente a dificultar el propósito concebido. El empeño inicial puesto en él debe ir acompañado por la necesidad de sostenerlo, para sentir el goce que proporciona ese rasgo de integridad que incorporamos a nuestro concepto, en el cual se espeja lo que pensamos y somos capaces de realizar.

Def.: VEHEMENCIA

Ant.: SERENIDAD

Esta deficiencia tiene mucho de pasión. Bajo su influjo el sujeto es impulsado a obrar involuntaria e irreflexivamente, sin dominio mental ni personal.

Por lo general éste no tiene tiempo de elaborar acabadamente sus juicios o sus decisiones, pues se lo impide la urgencia que lo lleva a encarar asuntos que excitan y acaloran su ánimo.

El hombre vehemente cree poder suplir con la aparente firmeza de sus arrebatos el aplomo de que carecen sus actos impensados.

Es un ser voluble por naturaleza. Su misma irreflexión contribuye a variar sus estados de ánimo, sujetos a la fogosidad o al entusiasmo que ejercen sobre él deseos y pasiones.

Dicha deficiencia no niega al sujeto la buena intención que pueda asistirle al obrar, pero es indudable que ella entorpece a menudo y aun malogra el buen propósito que lo inspira, como sucede toda vez que palabras y acciones son promovidas por la precipitación, la violencia o la impetuosidad. No hay que olvidar, por otra parte, que el vehemente se ve forzado a frecuentes desahogos psíquicos para aquietar sus nervios y su ánimo, razón por la cual sorprenden a menudo sus arrebatos intempestivos.

En las discusiones suele posesionarse en tal forma de las ideas que sostiene, aunque a veces no sean suyas, que hasta llega a cobrar aires de auténtico fanático. A falta de razones arguye con insistencia frenética y, para dar más valor a sus afirmaciones, suele apelar a datos falaces y citas apócrifas. Desde luego que en tales casos el cuadro aparece complicado con la participación de otras deficiencias que igualmente contribuyen a cegar el entendimiento, tales como la sobreestimación, la falta de cordura, la terquedad, etc. Es natural, pues, que presa de semejantes calamidades el ser olvide que la palabra serena y fresca, aun siendo sencilla, tiene más fuerza y deja sentir mejor las potencias del pensamiento y de la idea que la palabra expresada con ardor y apasionamiento, pero sin la solidez de una convicción.

Cuando la vehemencia domina a un sujeto que es a su vez generoso o sencillamente sensiblero, suele llevarlo a extremos de prodigalidad que luego debe lamentar. Lo mismo ocurre toda vez que el entusiasmo y la fogosidad impelen a sobrepujar los límites de lo discreto, prudente y ajustado a un proceder correcto. Vale decir que la vehemencia, al oponerse al acto reflexivo, al acto de pensar, anula también la moderación y el equilibrio que deberían caracterizar siempre los hechos del hombre.

Desarraigar la vehemencia es tan necesario al vehículo psicológico humano como al automóvil el cambio de una pieza defectuosa del motor. En ambos casos mejora la marcha.

Remitimos a nuestros lectores a la fórmula recomendada para la extinción de la impulsividad¹, asegurándoles al mismo tiempo que la vehemencia es uno de los males caracterológicos más fáciles de vencer si se apela tan sólo al control mental que, en forma progresiva, la Logosofía enseña a practicar conscientemente.

¹ Ver "Impulsividad", pág. 46.

Def.: INTOLERANCIA

Ant.: TOLERANCIA

La intolerancia cierra los caminos de la comprensión al mismo tiempo que los de la sensibilidad, caminos a los cuales sólo tienen acceso las almas que saben de su semejanza con las demás almas.

Se manifiesta en la rigurosidad con que el sujeto pretende que se cumpla o ejecute lo que ordena, ya por propia imposición, ya por la vigencia de reglamentos o disposiciones de cuya observancia es responsable.

El intolerante es un ser rígido, duro, inflexible, aferrado a su estrecho criterio, en cuyo corazón el afecto al semejante es oprimido y hasta sofocado por su inveterada falta de respeto a las ideas, al quehacer y al comportamiento ajenos.

Se incuba generalmente en otra deficiencia, la **soberbia**, de la que toma su implacable dureza. Concurrén a intensificarla una excesiva sobreestimación de sí mismo y un excesivo consentimiento a los halagos recibidos de quienes, bajo presión de autoridad o privilegios concedidos, se sienten obligados a brindarlos.

En mayor o menor grado el intolerante es siempre despiadado, y lo será mientras los que deban sufrir su estrictez estén por debajo de él. Jamás la intole-

rancia se manifiesta para con los de arriba ni hacia quienes se espera sacar partido, lo que no impide ser intolerante en los juicios o en las apreciaciones que sobre tales personas se hacen.

Nada podría definir mejor esta deficiencia que la propia conducta del afectado manifiesta en su cabal pobreza de espíritu. Las grandes almas jamás fueron intolerantes, pues la grandeza está reñida con la estrechez mental de quienes desconocen las alturas y relieves morales configurados en ella.

El intolerante crea a su alrededor un ambiente hostil que le impide llevar una vida grata. De ahí muchos de sus pesares; de ahí también la escasa simpatía con que cuenta.

No pocas veces esta deficiencia ha degenerado en persecuciones sociales, políticas, religiosas e ideológicas, abriendo abismos profundos entre hombres y pueblos.

Obvio es decir aquí que no nos hemos referido a las pequeñas o esporádicas manifestaciones de intolerancia, fáciles de enmendar por no ser peculiares del carácter, sino a la deficiencia activa, al extremo de merecer quien la padece el calificativo con que se lo individualiza.

Contrarrestará esta falla la **tolerancia**, considerada por nosotros elemento indispensable a la convivencia armónica.

De su aplicación inteligente y equilibrada depende en buena parte el prestigio individual, ya que quien

respeto a su prójimo es a su vez respetado, consideración de la cual carecen los que hacen lo contrario.

Para que no se desvirtúe su noble cometido la tolerancia debe ser siempre constructiva. Por lo tanto no se olvide que prodigarla en demasía es tan nocivo como negarla. De ahí nuestro axioma: La tolerancia termina cuando comienza el abuso.

La tolerancia está íntimamente ligada a la **paciencia** —ambas se combinan en la acción— y se apoya en el respeto y la consideración al proceder ajeno.

Todo el que se sienta animado por el anhelo de abandonar su deficiencia procure, pues, usar la paciencia en cada ocasión propicia, porque le ayudará a mantener y a cumplir el propósito de combatirla. Tendrá asimismo presente la deficiencia en toda su fealdad y desamor, y consultará a su sensibilidad siempre que necesite pronunciarse sobre el comportamiento de los demás o esté obligado a aplicar una sanción.

Esto irá moderando en el intolerante la conducta, hasta que, vencedor al fin, podrá agregar una satisfacción más a las ya logradas en su labor de superación individual.

Def.: AMOR PROPIO -

Ant.: MODESTIA

Esta deficiencia resume el amor desmedido de sí mismo, un amor mil veces mayor, incuestionablemente, hacia la personalidad, influenciada por todo lo material, que hacia el espíritu, de cuya existencia y función no se ha tenido nunca conocimiento exacto.

Conduce al ser a la egolatría, al egocentrismo, y es causa constante de su desubicación doquiera actúe. Éste pretende siempre para sí lo que niega a los demás. Olvida la ley de correspondencia, que obliga a la reciprocidad del amor, del respeto, la consideración y demás deberes entre los seres humanos, y busca en cambio embriagarse con los acentos de la admiración que se tributa.

Tiene esta deficiencia mucho de pasional y, por consiguiente, mucho de instintivo. Cierra el entendimiento humano a las objeciones de la sensibilidad, y cierra también de un portazo la comunicación del ser con su conciencia, que es arrumbada en el último rincón de su aposento interno.

El amor propio inferioriza al hombre y dificulta en él toda elevación de mira. Es quizás el factor más perjudicial de la individualidad, el que la esclaviza con prejuicios que anulan su evolución. Es, en otras palabras, el enemigo número uno de la persona hu-

mana, porque entorpece cuanto ésta se propone hacer en el sentido de su perfeccionamiento. El sólo hecho de excederse en la apreciación de lo que se es, complaciéndose en el encarecimiento de la propia capacidad y posibilidades, es suficiente obstáculo para no llegar jamás a ser lo que se ha pretendido ser.

Consideramos por lo tanto esencial que la prodigalidad en el concepto que el ser pueda tener de sí, no haya anulado, como suele acontecer, su razón, impidiéndole entender que lo que cuenta no es el concepto que él se ha forjado de sí, sino el que los demás hayan logrado forjarse de su persona.

Esta deficiencia se halla estrechamente vinculada a la susceptibilidad, la vanidad, la fatuidad, la petulancia, el engreimiento, etc., de manera que cuando se dispone el ánimo para enfrentarse con ella habrá que tener presente que es a la vez necesario apartarse de todas esas influencias.

Ceñirse a la antideficiencia que proponemos, o sea a la **modestia**, implica conjurar los males provenientes del amor propio guardando un comportamiento acorde con la realidad del ser.

Modestia significa modo de ser sencillo y ecuánime, significa línea de conducta trazada por el propio saber, en oposición a toda exteriorización de endiosamiento personal.

Si tomáramos a la persona humana tal cual es en su ignorancia, la veríamos a semejanza de un recipiente, un cántaro, por ejemplo, lleno de humo, cuyo

contenido, amor propio, es tanto que a veces desborda. A medida que logra echar dentro de ese cántaro cosas de valor —conocimientos, digamos—, éstas ocupan el lugar que el humo inútil de la deficiencia va dejando libre al ser desalojado. Esos conocimientos, nos referimos a los que ingresan al patrimonio interno del ser enriqueciendo moral y espiritualmente su vida, se traducen en modestia, que es una de las virtudes que más distinguen a la persona de valer de la que sólo vale en apariencia.

Cábenos aún agregar, ya que habrá de reforzarse con ello la acción de la antideficiencia, que opuesto al amor propio se halla el verdadero amor al ser real, al ente despersonalizado que surge como entidad perfectible, al ser que evoluciona y ennoblece la vida en tanto pone de manifiesto inapreciables calidades de naturaleza superior. Es un amor sin egoísmo, no limitado por pasión alguna. Es el amor al bien que el ser se hace a sí mismo y al semejante. El amor al ideal de perfección, en el cual concentra sus esfuerzos y encauza su vida. Finalmente, ese amor es el que se transforma en comprensión sublime de todo lo que el individuo es y puede llegar a ser en relación directa con la ley de evolución, que rige para todos como supremo mandato del Creador.

Def.: TERQUEDAD

Ant.: DOCILIDAD

A poco que se observe y considere esta deficiencia se verá que es propia de personas incultas, de comprensión limitada o educación insuficiente. Se presenta bajo la forma de obstrucción mental, como si de pronto se trabara el libre juego de los resortes de la inteligencia.

Terquedad implica lentitud mental. De ahí el aferramiento del sujeto a la idea, pensamiento u opinión que tras fatigoso esfuerzo logró formarse en su mente. De ningún modo cambiaría de parecer o de criterio. Pensar en un nuevo esfuerzo mental lo estremece. Prefiere atrincherarse tras su convicción, aunque sea errónea, resguardándose como el topo en la oscuridad de su cueva.

De más está decir que las facultades de la inteligencia quedan inhibidas por esta deficiencia, desaprovechándose su inapreciable concurso cuando se trata de discriminar sobre la bondad de un juicio, de una opinión, un consejo o idea.

Esta deficiencia puede inhabilitar toda una vida y someterla a sufrimientos que el afectado jamás logrará neutralizar si no se decide a examinarla y corregirla a conciencia.

Aconsejamos aplicar contra ella la **docilidad**, reco-

mendando al mismo tiempo la antideficiencia correspondiente a la hosquedad.

Es de rigor dar un sitio preferente en la mente al recuerdo de combatir esta falla, siendo al mismo tiempo de suma utilidad concentrar la atención en la necesidad de ablandar la dureza que ella imprime en el carácter. En esta forma la antideficiencia comenzará a influir sobre el ánimo dejando sentir su bondad.

El cultivo de la misma permite romper la limitación creada por la terquedad y asimilar con prontitud la comprensión de situaciones que, aprovechadas a tiempo por el que sufre sus perjuicios, pueden ser muy beneficiosas para su vida, especialmente si esas situaciones tienen que ver con su futuro.

La docilidad debe ser una modalidad que preste constructivo servicio a la manera de vivir de cada cual, de acuerdo siempre —conviene no olvidarlo— con las expresiones más sensatas del pensar y sentir individual.

Def.: CREDULIDAD

Ant.: SABER

Se hace evidente esta deficiencia en el sujeto que da fácil asenso a cuanto oye, sin prevenirse contra el error ni la falsedad y sin apreciar las consecuencias de aceptarlo todo sin previa participación del entendimiento.

Obedece a la falta de experiencia en el trato con las gentes y también al poco provecho extraído de esa experiencia como moderadora de los excesos de confianza en el prójimo. Desde luego que es común en las personas simples y sencillas, que todo lo aceptan de buena fe.

Sea cual fuere la causa que determina la credulidad, siempre acusa en el sujeto la entrega sumisa de la mente a la sugestión ajena.

Ocurre a veces que éste, después de caer en las múltiples celadas tendidas a su candidez, reacciona de tal manera contra ella que abraza decididamente el extremo opuesto, convirtiéndose de pronto en el ser más desconfiado, tanto que hasta pierde las mejores oportunidades, justamente por recelar cuando menos debería hacerlo. Todo ello es fruto de la inconsciencia, ya que tal cosa no le acontece a una conciencia activa, que sabe movilizar a tiempo los elementos de juicio requeridos por la razón cuando va a comprometerse.

ter, en su totalidad o en parte, el patrimonio físico, moral o espiritual del ser a quien asiste.

Mediante la asimilación de conocimientos de un potencial fuera de lo común, como los logosóficos, la mente humana establece defensas que la inmunizan contra los inconvenientes de esta deficiencia. Tan pronto como la inteligencia comienza a enriquecer psicológica y espiritualmente la vida individual, aumentan los aciertos y disminuyen los errores. Nace y se afirma dentro del ser la confianza en sí mismo, y ya no se cae en la credulidad, porque se consulta invariablemente al propio juicio antes de aceptar lo ajeno; ya no hay peligro de caer en el renunciamiento del propio pensar, cediendo tan legítimo derecho —como tantas veces ha ocurrido a las víctimas de esta deficiencia— a los halcones de la dialéctica social, política o religiosa, que, mareando las mentes con los vuelos de la imaginación, atrapan a sus presas, elegidas de antemano.

La credulidad pone en peligro la independencia del ser. He ahí la razón fundamental que nos asiste al sostener, como lo hemos hecho siempre, que el hombre no debe creer, sino **saber**, pues tan sólo la posesión del conocimiento garantiza la propia libertad y protege la vida contra toda ingerencia extraña.

El saber es muy difícil de realizar. Reclama empeño, sacrificio, estudio y experiencia, pero la compensación que ofrece es tan grande que, de poder apreciarla, nadie dejará de intentar su posesión.

No es necesario, por cierto, llegar a la sabiduría para eliminar la credulidad. Nada de eso: bastará munirse de los elementos que la Logosofía brinda para que el ser fortifique su vulnerable psicología y contraponga a la seductora voz del engaño sus defensas mentales.

Desarraigar la credulidad por medio del saber es alejar para siempre un mal que los seres humanos han padecido desde siglos por falta de una sana y constructiva orientación espiritual.

Def.: INCONSTANCIA

Ant.: PERSEVERANCIA

Por su índole temperamental la inconstancia está estrechamente ligada a la falta de voluntad. Opuesta a la constancia, que presupone resolución inquebrantable, posterga y aun malogra toda idea, proyecto o plan que se haya decidido llevar a la práctica.

La inconstancia toma incremento en las mentes desorganizadas y acusa falta de responsabilidad. Somete al sujeto a una permanente mudanza manifiesta en la facilidad con que interrumpe su afición a una cosa para dedicarse a otra, variando de continuo sus motivos de interés.

Producto de la inconsciencia respecto a los valores fundamentales de la vida, esta deficiencia revela falta

de noción cabal sobre la importancia que asume para la propia existencia la continuidad en cada uno de los procesos que el ser pone en marcha a lo largo de la misma. Al interrumpir esos procesos el inconstante desaprovecha el tiempo, anula los esfuerzos hechos y resta eficacia a los elementos que usó en cada oportunidad.

Es sabido que lo que se comienza hoy y se abandona mañana conduce a estados psicológicos de permanente insatisfacción. Esta deficiencia no permite disfrutar de situaciones estables, resultado de proyectos llevados a término. No permite gustar la felicidad de un propósito perdurable, de una idea constructiva en vías de desarrollo, y aun expone a perder lo que se tiene.

La inconstancia trastorna la vida desuniéndola sin cesar. La entrecorta en múltiples fragmentos que luego el ser no puede unir o une mal. Esto mantiene su vida vacía de contenidos duraderos.

La **perseverancia**, antideficiencia cuya adopción irá imprimiendo una favorable variante en la modalidad del que tiene esta falla, es una fuerza que radica en la voluntad y se conjuga en lo activo. Toda idea, todo pensamiento, al manifestarse en la mente con miras a proyectarse en realidad física, requiere necesariamente el auspicio de esa fuerza para alcanzar su desarrollo y culminación.

El inconstante que lea estas líneas trate de recordar cada uno de los fracasos a los que fue llevado por

su deficiencia, promotora de su inestabilidad, tras lo cual le será relativamente fácil comprender que la perseverancia es el factor más imponderable del existir en todos los órdenes de la vida, más aún en la realización de sus altos designios.

La perseverancia deberá, pues, sustituir a la inconstancia, siempre a fe de que el objeto por el cual se persevera sea alcanzable y justifique todo esfuerzo que por él se haga.

La naturaleza y la vida misma nos dan un ejemplo de perseverancia, al consumarse ininterrumpidamente en ellas los procesos que hacen posible la existencia universal y humana.

Toda obra exige cohesión, continuidad para conservar la frescura y fuerza del pensamiento que la inspiró.

La inconstancia marchita el verdor de los estímulos ligados al esfuerzo y al tiempo en pro de las esperanzas y objetivos que forman el caudal más apreciable de la vida.

Def.: HIPOCRESÍA

Ant.: VERACIDAD

La hipocresía define a un sujeto cuya conducta se apoya en el torcido propósito de disimular su verdadero modo de ser revistiéndose de apariencias respecto

a la calidad de sus aptitudes, sentimientos, intenciones, etc.

El hipócrita es un ser que nunca dice lo que piensa o siente; mejor dicho, no es veraz ni sincero. Maneja el embuste con habilidad, mientras oculta el pensamiento que lo anima. Engaña al semejante en su buena fe, al tiempo que aparenta la misma buena fe que procura sorprender.

Aun cuando a veces mucho logra en beneficio propio, nunca podrá edificar nada permanente, tanto en amistades como en hechos importantes de la vida.

Hay seres tan tomados por esta deficiencia que no conciben que se pueda ser o actuar de otra manera. De más está decir cuán lejos se hallan éstos de poder enmendar su conducta, por cuya causa, mejor que esperar su reforma, es informarse sobre los detalles de sus manejos a fin de evitar sus engaños.

Se perfila a veces esta deficiencia desde temprana edad, por propia inclinación, anunciándose como rasgo negativo de la conformación psicológica del ser, y encuentra cómodo medio para su desarrollo en los ambientes poco depurados, donde falta siempre el buen ejemplo.

La carencia de conceptos claros sobre la conducta y corrección que impone la convivencia es siempre una puerta abierta a la adopción de recursos como éste, utilizados sin escrúpulo y en desmedro del recto proceder. A ello se debe, en buena parte, la presencia de esta falla, que se adueña del ser hasta dominarlo

totalmente a medida que éste, seducido por los resultados que obtiene —siempre hay algún desprevenido que cede a la sugestión de su palabra—, se ejercita en el fingimiento de todo aquello que lo hace aparecer digno de estima ante los demás.

Afortunadamente, no todos los que tienen esta deficiencia la evidencian en sus aspectos y manifestaciones más acentuadas y nocivas. En algunas personas no es tampoco una deficiencia, sino más bien un recurso que usan ocasionalmente para granjearse la simpatía o el favor ajenos.

Para afrontar la experiencia que se promoverá al decidir el reemplazo de esta deficiencia por la antideficiencia que habrá de ocupar su lugar, será necesario mantener viva la atención sobre todas las actuaciones, a fin de localizar aquéllas en las que interviene la hipocresía. Aparte de esta primera norma introducida en la conducta, se practicará con frecuencia la **veracidad**, hasta alcanzar sus manifestaciones naturales.

La antideficiencia deberá ser empleada con la comprensión cabal de su utilidad y teniendo siempre por objetivo el bien de los demás. Quien esto haga pronto se convencerá de que la hipocresía debe ser decididamente abandonada, por cuanto desmerece en grado sumo al que la pone en evidencia, siendo, por ende, impropia de toda persona que anhela ser mejor y constituirse en un factor de bien para sus semejantes.

La veracidad impone tan grande respeto por la

palabra que se emite, que nunca podrá traicionar ésta el pensar ni el sentir de quien la pronuncia.

Recuérdese: Una deficiencia tanto más se debilita cuanto menos se le da ocasión de manifestarse.

Def.: CURIOSIDAD

Ant.: CIRCUNSPECCIÓN

La curiosidad debe su manifestación a un impulso instintivo.

En el hombre primitivo ese impulso era excitado por los ruidos extraños de la selva, el rugido de las fieras, el canto de los pájaros, la lluvia, los truenos, etc., todo lo cual le movía a investigar qué existía más allá de sus límites visuales. Desde entonces, esa rudimentaria forma de excitar el entendimiento, que llevó a los más civilizados a desarrollar una actividad mental siempre creciente en pos de nuevos y fructíferos descubrimientos, en el grueso de las gentes fue acentuándose en forma negativa hasta convertirse en deficiencia. Vale decir que la mayoría, en vez de superar aquel originario impulso instintivo que tanto contribuyó a la subsistencia del género humano en la tierra, se sirvió de él para satisfacer demandas ociosas de su naturaleza, husmeándolo y averiguándolo todo

para calmar los escozores de intereses pasajeros y pueriles.

En el niño, siempre al acecho de cuanto ocurre a su alrededor, se reproduce en pequeño el mismo proceso seguido por el género humano. El impulso instintivo aparece en él como medio natural de satisfacer la innata ansiedad de su incipiente juicio. Cuando se le educa e instruye, ese medio natural de activar su entendimiento queda supeditado a las directivas de la inteligencia. Por el contrario, cuando el niño crece sin disciplina ni método que le conduzca comprensivamente a un grado de mayor desenvolvimiento, la necesidad de saber se desarrolla en él caprichosamente, a menudo en sentido opuesto, o se envicia en razón de los estímulos que intervienen sin orden ni concierto en su vida.

He aquí de dónde proviene la curiosidad, modalidad negativa que mantiene al sujeto siempre ávido de información y atento a lo que menos debería importarle.

En tal estado el ser no inquiere para obtener un resultado útil o beneficioso para él o sus semejantes, y la urgencia que muestra por disipar los suspensos ocasionales que invaden su ánimo no guarda ninguna relación con lo efímero de su repercusión una vez satisfecho ese afán.

Se asocian a esta deficiencia la indiscreción y el entrometimiento. El curioso es, en efecto, un ser indiscreto y entrometido, que vive pendiente de cuanto

se habla o está ocurriendo en torno suyo aunque no le ataña, y que, impulsado por su sed de información, es capaz de echar mano de cualquier recurso, sin mirar si es del todo lícito u honesto. Vigila a éste, sigue a aquel otro, pregunta, inquiere, escucha conversaciones, con mayor interés aún si son reservadas. En verdad, se ocupa de todos menos de sí mismo.

Quien hace de la curiosidad caso omiso, como es corriente que suceda con todo lo negativo incrustado en la modalidad, lejos está de suponer las ventajas de su eliminación. Es obvio que sólo el consciente de los desfavores que recibe de ella es capaz de apreciar la importancia de abandonarla.

La curiosidad es para la mente lo que la comezón para el cuerpo. Hay un medio muy común de calmarlas, el cual en ambos casos proporciona deleite; un efímero deleite, porque luego, una y otra de nuevo aparecen, prueba de que no se destruyó la causa de donde cada una proviene.

Cuando es la curiosidad la que preocupa, y se aspira a librarse de ella, habrá que aplicar el recurso que permita dar fin a sus importunos llamados.

Oponerle la **circunspección** es lo que aconsejamos, pero, ¿en qué medida seremos capaces de promover su reemplazo?

Antes de intentarlo convendrá saber que la circunspección impone un cambio, el cual consiste en pasar de lo superficial a lo profundo de las cosas, de lo intrascendente a lo importante y trascendente, de

la curiosidad al interés que se justifica en el fin perseguido. Se tendrá asimismo en cuenta que ella influye sobre el entendimiento interesándolo en objetivos útiles e importantes, y también sobre el comportamiento, que variará fundamentalmente mediante la prudencia que aconseja y la responsabilidad que despierta.

Tras este primer paso se dejará que la deficiencia se manifieste cuantas veces quiera, en tanto se practica la circunspección hasta convertirla en una necesidad íntima, en una modalidad que habrá de proporcionar muchas satisfacciones. La deficiencia tendrá así menos oportunidades de hacerse presente, hasta desaparecer por inanición; y cuando ya no interviene la curiosidad en lo que se inquiere o investiga, sino la inteligencia, el acto de indagar responde a imperativos de conciencia.

La conciencia se activa en el cumplimiento de procesos de evolución superior, mientras la inteligencia, constituida en vigía permanente del hombre, lleva su atención a todos los campos fértiles del mundo mental y físico, para enriquecer con sus observaciones la vida que el espíritu alienta en todo ser humano.

Def.: FATUIDAD

Ant.: SENCILLEZ

Esta deficiencia se configura en el ser falto de luces, en el de escaso entendimiento, que poco o nada sabe, pero que se precia en demasía y aun se atribuye talento.

La fatuidad hace al sujeto presumido y veleidoso. Desde el pedestal en que se ubica supone a todos carentes de aptitudes para juzgar los méritos que se arroga y, frente a quien sea, adopta tan acentuados aires de suficiencia que, en vez de reportarle admiración, como pretende, le crean desmérito.

Desde luego que se nace con inclinación a contraer esta deficiencia, pero no podrá negarse que son muchos los padres que contribuyen desprevenidamente a despertarla en sus hijos prodigándoles toda clase de halagos y ponderaciones.

Por sus pretensiones y el abultado concepto que el fatuo tiene de sí, puede comparársele con un individuo que debiendo hacer un viaje en ómnibus pretende no sólo ocupar asiento, sino obligar a los demás pasajeros a que le cedan el suyo, y aun el coche, para dar a su persona mayor comodidad y amplitud.

La fatuidad aleja amistades y, finalmente, acarrea el desprestigio, que reduce al ser a sus justas y reales dimensiones.

A fe cierta que le es difícil al fatuo corregir o superar este defecto de su psicología, porque su misma necedad le impide aceptar enmiendas a su modo de ser. No intentemos convencerle y dejemos tal posibilidad a elección de quienes, a tiempo de librarse de su adversa influencia, sientan la necesidad de proceder a su eliminación.

Todas las deficiencias se desarrollan y adueñan del individuo al amparo de la ignorancia en que permanece respecto de sí mismo, y es fácil deducir que su arraigo ha de ser tanto más firme cuanto más desconozca éste la participación que tienen en su vida y el daño que le ocasionan.

Sin embargo, las deficiencias no tienen por qué perdurar en el ser hasta el fin de sus días, como casi siempre ocurre. Nuestros conocimientos abren a las posibilidades del hombre un panorama nuevo y estimulante y, aparte de interesarle en los altos contenidos que ofrecen, despiertan en él la necesidad de salir del estancamiento en que vive para alcanzar objetivos más amplios. En posesión de tan valioso elemento, que a más de ilustrarle le ayudará a compenetrarse de cada uno de los aspectos que configuran su psicología, el desalojo de sus deficiencias sólo será cuestión de determinación y empeño.

El cultivo de la sencillez, que en cierto modo es sinónimo de naturalidad, unido al fomento constante de ciertas normas de conducta, permite al que quiere corregir esta deficiencia observarla y sorprenderla ca-

da vez que intente manifestarse. La nueva actitud del entendimiento consiente también contemplarla en toda su fealdad, con lo cual se agudiza la resolución de expulsar a tan indeseable huésped.

Con este procedimiento la fatuidad perderá terreno y cada vez tendrá menos motivos para imponerse. Entonces se comprenderá cuánto más importante y honorable es dejar que los demás aprecien en su justa medida lo que somos, que empeñarnos en que se nos aprecie por lo que aparentamos.

Def.: NEGLIGENCIA

Ant.: DILIGENCIA

Es ésta una falla que relaja la voluntad del ser y atenta de continuo contra los buenos propósitos que pueda tener.

Indica inestabilidad en el pensar y el sentir y acusa ausencia de miramiento para con la propia vida. En otras palabras, dificulta en alto grado el cumplimiento de los deberes que pesan sobre el ser: los físicos, los morales y los del espíritu.

La negligencia implica retardo y abandono. Psicológicamente el sujeto presenta un aspecto similar al de una casa cuyo jardín, por descuido de su dueño, está plagado de yuyos. Las plantas de cultivo, privadas

de las atenciones que periódicamente requieren, contrastan por su escaso desarrollo con la exuberancia de la vegetación silvestre que las rodea. Si a ello agregamos el deteriorado estado de la casa, tendremos completo el cuadro de la negligencia. Nadie al verla dejará de pensar desfavorablemente en la persona que la habita.

Mala consejera es sin duda esta falla, que se enseñoorea del ánimo e induce a obrar a destiempo, con dilación, y sin poner en lo que se hace atención ni cuidado.

Los repetidos fracasos que por su causa el individuo debe soportar, parecerían no hacer mella en él, porque siempre se le ve dispuesto a posponerlo todo al goce que le produce su actitud despreocupada e irresponsable.

La antideficiencia que sugerimos usar contra esta falla, aplicada con inteligencia, es decir, con decisión invariable, sin apresuramiento, dando tiempo a su gradual desarraigo, podrá imponerse en breve tiempo a la deficiencia, con la consiguiente alegría de quien hubo de soportar su perjudicial ascendiente.

La **diligencia** aparecerá entonces como una cualidad altamente valiosa por los beneficios que reporta, pues se comprobará con satisfacción que mientras la deficiencia obligaba a vivir con retraso, la diligencia permite aventajar al tiempo, o sea ampliar la vida, prolongarla, para disfrutarla en toda su potencialidad,

esa potencialidad antes estática o usada sólo por necesidad, pero cuyo uso verdadero se desconocía.

La diligencia es en el hombre la fuerza psicodinámica, generadora de su actividad. Esa actividad puede ser plena y consciente si se consagran los mejores empeños en pro de la propia evolución, ya que por medio de ella el hombre puede trascender las limitaciones del saber común y conocer los misterios que encierra su propia persona como ente físico, psicológico y espiritual.

Def.: RIGIDEZ

Ant.: FLEXIBILIDAD

Esta deficiencia responde a un pensamiento inflexible que gobierna la mente del individuo e influye sobre su carácter tornándolo duro y contumaz.

La rigidez afecta los sentimientos, no permitiendo que éstos se manifiesten en virtud del silencio a que los somete. Ella conduce a los seres a la intransigencia por el endurecimiento que promueve en los conductos sensibles. De esto dan prueba sus mismas fisonomías, en las que aparece reflejada con marcado relieve la pertinacia que particulariza esta deficiencia.

Todo sentimiento de conciliación se anula por la fuerza de esta falla temperamental, que rara vez se

ablanda, ni aun ante las exigencias de la realidad. Ello hace considerar que tras la rigidez actúa solapadamente otra deficiencia: la **obstinación**.

Es propio del rígido el exceso de celo en el desempeño de sus funciones, sean éstas públicas o privadas, lo cual es causa de su inflexibilidad con los que están bajo sus órdenes. Un ejemplo lo tenemos en un jefe de oficina que, ante el informe desfavorable sobre la conducta de uno de sus empleados, urgido por el afán de aplicarle un correctivo no se detiene en averiguaciones que acrediten la exactitud de la versión recibida y, sin ver ni oír más, sanciona al subordinado, víctima tal vez de un error o, lo que sería peor, de alguna calumnia. Posturas de este orden advierten la presencia de otra falla, la **intolerancia**, hermana siamesa de la rigidez.

La deficiencia que nos ocupa induce y hasta obliga al ser a fiarse únicamente de su juicio. Difícilmente accede éste a considerar viables otras opiniones que las propias respecto de una cuestión, causa por la cual a menudo disiente con el juicio ajeno.

La rigidez paraliza la acción de los pensamientos constructivos, que necesitan moverse con libertad mientras cumplen su cometido en la vida diaria. Esto puede observarse en diversidad de circunstancias. Una de ellas podría ser la siguiente: en ocasión de hallarse varias personas reunidas procurando dilucidar un asunto, una de ellas, en razón de la anomalía que estamos tratando, pretende imponer con cierto absolutismo sus

puntos de vista. Pese a la buena voluntad de los que intervienen, el propósito se entorpece por la posición inflexible y nada conciliadora de una de las partes que, bajo el influjo mental de su deficiencia, no repara que variando convenientemente el enfoque, su juicio sobre lo que se está considerando podría cambiar total o parcialmente, poniéndose a tono con el resto de las opiniones. Esto nos muestra cuán nociva es la rigidez, por cuanto inhabilita al ser para superar las limitaciones de su juicio, le condena al equívoco y le hace obrar en consecuencia.

Su influencia sobre la mente es muy sutil, e ignorándolo el sujeto, se entrega a ella dócilmente. Tal ocurre, verbigracia, cuando se le ve reaccionar contra uno u otro de sus semejantes, a quienes tacha de rígidos, sin percatarse de que eso que ve en ellos no es más que su propia rigidez puesta de manifiesto al tratarlos.

Quien observa a una persona rígida recibe la sensación de hallarse ante un sujeto encorsetado psicológicamente; igual sensación experimenta el rígido bajo la inflexible presión de sus pensamientos.

Dominado por este defecto, sufre de continuo las consecuencias de su comportamiento, unas veces sin advertir de dónde provienen tales consecuencias y otras sin poder evitarlas. Sabe que su persona no es grata a sus semejantes y lo siente, pero no puede con su propia intransigencia. En muchos casos es poseedor de bellas cualidades, que palidecen por causa de su temperamento duro, provocando contrariedades en su vida,

cuya imagen evoca el "locus supplicii" de la antigua Roma.

También nos recuerda esta deficiencia la rigidez de un cadáver, y pensamos que nadie que lo tenga en cuenta gustará seguir mirándose en un espejo tan poco alentador.

Falla tan perjudicial para el hombre, bien merece adoptarse contra ella una conducta capaz de reducirla y anularla. Mas, tomada la decisión, se procurará que en ningún momento su fuerza se sobreponga al deseo de combatirla.

Practicar la **flexibilidad** como antideficiencia implica suavizar las asperezas del carácter, hacerlo dúctil y elástico. Implica ejercitar el ánimo en la condescendencia y la conciliación, favorables ambas al buen entendimiento con los demás y hasta consigo mismo.

Si la rigidez desubica al individuo y lo saca de la realidad, nada más oportuno ni conveniente que ablandar semejante dureza psicológica, tornándose amplio y comprensivo en todo el contenido de la expresión. A ello contribuirá la **sensibilidad**, factor de éxito en esta empresa, mas habrá de liberársela de la opresión que sufre por causa de la rigidez.

Entregarse con paciencia y tesón al cultivo de los sentimientos permitirá asistir muy pronto a su plena manifestación.

La rigidez se aferra a lo pasado y ofrece resistencia a lo futuro, que siempre trae consigo nuevas oportunidades para aquellos que quieren aprovecharlas.

Def.: PETULANCIA

Ant.: CORDURA

Petulante es el sujeto que oculta en lo hondo de su deficiencia la aviesa intención de humillar. Si tiene autoridad sobre otros, la hace valer en los tonos más ostentosos, y si posee alguna calidad intelectual o sobresale en determinada actividad, se vale de ello para hacerse admirar, procurando disminuir la talla de los demás.

Esta deficiencia exalta la personalidad del ser, que exhibe con jactancia sus pretendidos privilegios.

El atrevimiento y presunción que inveteradamente pone de manifiesto al emitir sus puntos de vista o dar soluciones a problemas o situaciones que no domina, lo tornan poco menos que insoportable. De ordinario toma el prudente silencio ajeno como asentimiento a sus imaginados hallazgos.

Esta deficiencia engaña al petulante haciéndole creer que posee dotes y prerrogativas considerables. De ahí que sea la persona influyente por antonomasia, pues a fuer de sugestionado hace creer a los demás que es capaz de lograrlo todo, sólo con proponérselo. La promesa es el elemento de que se vale para mantener su prestigio, aunque no sea más que mientras dura el suspenso de los que confiaron en él.

El petulante vive en permanente estado de auto-

engaño; exacerbado por su irreflexión y apasionamiento, adopta las más desatinadas e irresponsables actitudes.

Es indudable que en los casos en que la deficiencia está acentuada, cuesta mucho a quien la padece someterse a la autocensura y, consecuentemente, al desprendimiento de la misma. Cualquier cambio de importancia en orden a la conducta habrá más bien que esperarlo de los recios golpes que la realidad pueda asestarle. Las variantes desfavorables que acosan y ponen a prueba el temple, acaso un día lo obliguen a buscar el centro de gravedad de sus propias reacciones. Pero esto en el mejor de los casos, puesto que también podría dejarse llevar, como suele ocurrir, por los impulsos, inconscientes siempre, de la violencia o la desesperación.

Con nuestro método, el afectado enfrenta su propia realidad, y es allí donde el proceso de evolución consciente cambia el cuadro de sus perspectivas futuras. La **cordura** aparece entonces como imperativo de conciencia, acentuándose más y más en él la necesidad de terminar con la causa de todas las perturbaciones en su vida.

La cordura, al serenar el ánimo y propiciar la reflexión, obra directamente sobre la deficiencia y la inmoviliza. Pero antes es necesario comprender que la petulancia constituye uno de los peores recursos para imponer un concepto de sí mismo, porque en esa forma nadie lo admite.

TERCERA PARTE
PROPENSIONES

Prop.: AL ENGAÑO

Responde a dos estados característicos de la psicología humana: a) Ignorancia de la malicia ajena; b) ambición.

En el primero de los casos el individuo tiende ingenuamente a confiar en lo que se le dice o propone, sin detenerse a discriminar y sin prevenirse contra posibles intenciones, ocultas en el pensamiento del semejante. En el segundo, el entendimiento es turbado momentáneamente por la ambición, puesto que priva un pensamiento **codicioso**, fácilmente percibido por el que intenta hacerle víctima de sus maquinaciones. Ese pensamiento, que entorpece la función de razonar, que dificulta el asesoramiento de la conciencia y aun llega a acallar la sensibilidad, mantiene al ser hechizado y a merced del embaucador, del que sólo habrá de librarse cuando le haya éste sustraído cuanto pudo, es decir, cuando de esa entrega incondicional surja el desfalco mental, moral o económico del incauto.

El hombre, de por sí muy afecto al ocio mental, se siente, por otra parte, atraído por todo lo **fácil**, por lo que no le cuesta esfuerzo y le proporciona en cambio

rápidas conquistas en cualquier orden de la vida. De ahí su propensión a ser engañado. La realidad se encarga luego de advertirle de su error; mas es lamentable que deba soportar inexorablemente las consecuencias, por lo general difíciles de sobrellevar, que todo engaño trae consigo.

La propensión al engaño, en la que juega importante papel la facultad de imaginar, o, dicho en términos vulgares, la imaginación, deja a la mente desguarnecida. Denuncia un adormecimiento temporáneo de la inteligencia, incapacitándola para ejercer control sobre los pensamientos seductores que atentan contra el ser y sobre los actos a que éste se ve impulsado en razón de su predisposición a dejarse engañar por el prójimo.

Para neutralizar esta funesta tendencia aconsejamos no entregarse a la ilusión y confiar en sí mismo antes que en nadie.

Prop.: A ADULAR

La observación de la misma pone en relieve dos tipos psicológicos bien definidos: a) El que adula para asegurarse ventajas; b) el que adula para ser adulado.

El primer punto de esta clasificación se refiere a individuos que, sin méritos propios y a menudo con

no poca inescrupulosidad, buscan suplir su condición precaria con una fingida sumisión a los superiores u otras personas de las que esperan algún beneficio, a las que halagan y ante las cuales procuran mostrarse—cuántas veces en virtud de intrigas o de enredos— como únicos capaces de que se los tenga en cuenta. El segundo punto precisa los rasgos del ególatra, del fatuo, y nos evidencia la pobreza moral de quienes necesitan de la adulación y la buscan, prodigando en torno lisonjas y alabanzas a fin de que se les retribuya el favor.

La clasificación que precede descubre las raíces de esta propensión, o sea las causas de donde proviene, lo cual ilustra con respecto a la importancia de abocarse a la tarea de extirpar dichas raíces, ya que depende de ello que la propensión a adular desaparezca o se robustezca con el tiempo, sumándose como deficiencia a las demás.

La propensión a adular, inofensiva cuando no excede el grado de tolerancia que le otorgan las maneras corteses, degenera, al tornarse hábito, en hipocresía o falsedad, pues el adulador todo lo ve a través de los objetivos de un pensamiento que se traduce en especulación, ventaja, conveniencia.

Nada tiene que ver la adulación, el halago, la alabanza, —lo destacamos—, con la admiración, los gestos aprobatorios o la emotiva gratitud que en el alma de los seres pueden suscitar las palabras, los pensamientos y las obras de una persona. En este caso la mani-

festación de aplauso es un deber y en modo alguno afecta el concepto de quien con desprendimiento personal las recibe; en el otro, y apartándonos de las manifestaciones que obedecen a desdeñables motivos de interés, el aplauso es un simple compromiso que se satisface para estar a tono con los convencionalismos y únicamente perjudica al que hace abuso de él, tanto al brindarlo como al gustarlo.

Mencionaremos al paso, y tan sólo para señalar los caprichosos contrastes que ofrece la psicología humana, el caso de los que gustando ser adulados son incapaces de adular, pues impedidos por pensamientos mezquinos, ni siquiera por razones de cortesía pueden ponderar un mérito ni brindar a nadie una palabra de aprobación.

El hombre íntegro, el que ha conquistado por su propio esfuerzo un sitio de honor entre sus semejantes, es refractario a la adulación, la cual, quiérase o no, rebaja el valor ético de las personas que se complacen en ella.

Quien desee borrar de su vida la propensión a adular busque siempre la forma más agradable, natural y sincera de manifestar la opinión y el sentir que las circunstancias le reclamen. Y si además de adular gusta ser adulado, recuerde que la conciencia del propio valer contribuye con toda eficacia a anularla.

Cuando la vida del individuo carece de incentivos superiores, la propensión a la frivolidad se manifiesta en él como consecuencia inevitable de su falta de contenido.

Esta propensión es el síntoma precursor de la deficiencia que aparecerá más tarde si éste, en vez de aplicarse al cultivo de los valores, continúa atraído por lo intrascendente y fútil, como si su voluntad se hallase imantada a lo superficial y carente de densidad.

Como toda propensión, la que se refiere a la frivolidad es vacilante e inconsecuente al principio, pues la acción del pensamiento que la mueve se detiene por consideraciones naturales del recato. Mas como su sola manifestación activa en cierto modo los fermentos de la reacción instintiva, el pensamiento pasa gradualmente de propensión a deficiencia, por agudizarse su predominio sobre la voluntad del ser.

La propensión a la frivolidad encuentra estímulo en quienes no piensan con seriedad, en los que no se han formado un verdadero concepto de la vida, de sus valores y su trascendencia, en los que alimentan su fantasía dejando correr su imaginación en pos de satisfacciones efímeras. En semejante situación se cree que lo que entretiene un instante es lo que realmente importa, y se rehuyen preocupaciones y problemas,

concediendo a las cosas frívolas el tiempo que debería ocuparse en enfrentarlos.

En su fase de propensión y aun más tarde, la frivolidad suele neutralizarse por los cambios inesperados que la vida depara a cada individuo al ponerlo frente a la realidad; pero será mejor, y acaso menos penoso, desligarse de ella voluntariamente y a tiempo, oponiendo al pensamiento que la sustenta otros de contextura sólida que lo aplasten y lo sustituyan. Esto únicamente será posible cuando lo superior, lo efectivo, lo verdaderamente importante, lo que interesa al bienestar y al perfeccionamiento, deje de ser indiferente para ocupar un lugar de preferencia en la propia vida. En ello cada uno encontrará, no lo dudamos, incentivos de inestimable valor, que suplirán con eficacia aquellos otros que instan a la frivolidad.

A quien esto comprenda no le será difícil encarar las posibilidades de su existencia sobre una base más concreta y más acorde con las prerrogativas que se le ofrecen a quien anhela para su vida la realización de su elevado destino.

Prop.: AL DISIMULO

Consiste esta propensión en la tendencia del individuo a cambiar, persiguiendo siempre algún móvil, la faz verdadera de las cosas revistiéndolas de una apa-

riencia que suele llegar a imitaciones sorprendentes de la realidad. Vale decir, alguien puede estar al borde de un quebranto económico, pero incitado por motivos banales o por algún interés de otro orden, es capaz de simular despreocupación y aun permitirse despilfarros que den la impresión de que sus bienes se hallan en estado floreciente. En otros términos, pretende convencer de que lo que finge es realidad.

La vida de apariencias influye particularmente en la génesis de esta propensión, aun cuando hemos de admitir que puede ser innata. La superficialidad que reina en ella hace del dismulo un medio del cual se echa mano para disfrazar con argucia sentimientos e intenciones, ganar prestigio, despertar admiración y satisfacer, en fin, toda clase de puerilidades. Se muestra, en suma, lo que no se es ni se tiene; vano afán que obra poderosamente sobre gran número de personas. Cada uno piensa que el aditamento del disimulo es necesario y, sin que lo advierta, la propensión a usar de él se le acentúa, toma arraigo, torna la vida artificiosa y lo sitúa fuera de la realidad.

Desde luego que pueden citarse otros factores originarios de esta propensión. En primer término, la mala formación educativa, de donde provienen casi siempre todos los demás factores, a saber, vanidad, ambición, frivolidad, hipocresía y algunos otros que acusan condiciones caracterológicas muy serias, que no viene al caso citar. Estos factores, o, más claro aún, estas deficiencias, que configuran el fondo, podríamos

decir, de la propensión que nos ocupa, según el grado de negatividad que alcancen en el individuo, influyen sobre la propensión y la agudizan convirtiéndola en norma de conducta personal, de donde resultan luego formas de disimulo a menudo condenables.

Podríamos agregar que, en el mejor de los casos, la propensión al disimulo es el arte de ocultar difíciles situaciones personales, aparentando lo contrario de lo que sucede. En rigor de verdad, no cabe censurar a las personas que echan mano de este recurso para evitarse la deprimente situación de tener que confesar a los demás el trance por que pasan. Hecha la salvedad, aconsejamos no incurrir nunca en el error de hacer del disimulo un hábito, ya que ello implica caer inevitablemente en el desconcepto.

Prop.: A PROMETER

Revela falta de seriedad y de conciencia frente a la responsabilidad contraída al hacer una promesa.

Se comprenderá que nos referimos a los que tienden a abusar de ella o la usan con tanta prodigalidad que ponen de relieve en ese mismo hecho lo poco que se obligan a su cumplimiento. Entre éstos señalamos a los que prometen mucho con mentida suficiencia y sólo por darse importancia; a los que se valen de la

promesa para ocultar su propia inoperancia; a los que se cargan voluntariamente de compromisos para proporcionarse con ello un placer. En cada uno de estos casos el sujeto sabe de antemano que va a defraudar las esperanzas del prójimo, lo que delata su gran irresponsabilidad y lo poco que le preocupa evitar que se lo censure como merece.

Algunas personas prometen por una disposición natural que las hace aparecer obsequiosas, amables y dispuestas en todo momento a ponerse al servicio del semejante, mas pese a la buena intención que las anima no siempre logran que su voluntad les responda en el momento de dar forma final a lo que prometen, o no pueden cumplirlo por carecer de recursos. Observamos en este caso que la causa del exceso radica en una imperdonable actitud de blandura respecto a la responsabilidad de prometer, y hacemos notar lo mucho que se ganaría con sólo ser más prudente y contenido.

De donde se concluye que la propensión a prometer marcha del brazo con la irresponsabilidad y no pocas veces la vanidad la sostiene. Mas también suele respaldar a esta propensión la audacia, circunstancia ésta que agrava la situación del individuo, quien hace de la promesa un medio para sorprender la buena fe del prójimo en su propio beneficio. Tal la posición del que planea un engañoso negocio y lo difunde para atraer a los confiados que acuden a él soñando con aumentar sus ahorros. Si bien este hecho marca extre-

mos en la conducta, no está de más citarlo, ya que permite apreciar la obra del pensamiento perturbador, o sea la **audacia**, que, ampliando sus medios de acción, crea primero la propensión y luego la robustece a través de su ejercicio.

A menudo se consiente la manifestación de esta propensión sin advertir que, por sus consecuencias, representa una carga inútil que gratuitamente se echa uno encima, a veces sólo por equivocado comedimiento.

El recuerdo del compromiso que no se cumple pesa luego sobre el ánimo, en parte porque suma una preocupación más a las que de ordinario agobian la vida y en parte porque nunca es grato al “desmemoriado” que se le recuerden sus promesas o se le exija su cumplimiento.

Quienes hacen de la promesa una especie de industria personal, de cierto que están lejos de conceder valor a su palabra, pese a que pretenden que los demás se lo concedan. Ignoran que la palabra empeñada contiene algo de nuestra vida futura, y que, andando el tiempo, al demandarnos ésta el cumplimiento de la palabra empeñada, nos enfrentará con una realidad: la de sentirnos dueños de esa palabra o faltos de ella por haber desconocido su valor.

Toda vez que la propensión a creer se manifiesta en el sujeto excitada por algún motivo circunstancial, las facultades de la inteligencia se afectan en sus funciones, pues se produce el adormecimiento temporario de la mente.

Esta propensión suele tener efectos dañosos para el alma, porque al provocar la inercia de la inteligencia puede conducir al fanatismo, que es la negación de la cordura y el buen tino.

Su causa real es la ignorancia. Se observará que quien tiene esta propensión revela un estado mental incipiente o precario.

La propensión a creer es propia del sujeto que no piensa, del que no quiere pensar, ya por hábito, ya por comodidad, el cual, antes de decidirse a investigar por sí mismo las cuestiones que le preocupan o interesan, se atiene confiado al juicio u opinión ajenos. Reacio al estudio atento, sereno, reflexivo, su posición refleja incapacidad y lo expone a cualquier engaño. Es común que quien tiene esta propensión se muestre **fanático** de una idea, de una creencia, etc., estado al que nunca llega el hombre acostumbrado a pensar libremente, a razonar con amplitud, a formarse un juicio concienzudo de las cosas.

Hemos dicho que el propenso a dar crédito a todo

lo que de un modo u otro llega a sus oídos, no piensa. Ahora bien, nadie negará que son muchos en el mundo los que no piensan, de lo que se infiere que también han de ser muchos los que sirven de vehículo a cuanto idea, pensamiento o rumor se le ocurre propagar a una mente cualquiera.

Es en la niñez, cuando todavía no ha despertado en el ser el alba de las reflexiones y la mente aún permanece ajena a toda noción de saber, que suele introducirse, con el pretendido propósito de resolver su orientación espiritual, creencias que, al debilitar sensiblemente el poder defensivo de las facultades de pensar y razonar, ofician de vehículos proclives al desarrollo de esta propensión. Con esto queremos destacar que la falla de marras tiene muchas veces origen en la orientación defectuosa que la criatura recibe cuando no se la inicia en el uso de las facultades de su inteligencia para que pueda discernir por sí misma lo real de lo irreal, lo verdadero de lo falso, lo sensato de lo absurdo, consintiéndose en cambio que su mente sea tomada por las creencias, de fácil asimilación.

Tal como acabamos de expresarlo, se ha pretendido resolver por ese medio la orientación espiritual del niño, pero no se ha visto, y menos aún comprendido, que con ello se le ha creado uno de los problemas más difíciles que habrá de enfrentar cuando hombre: el problema de la propia capacitación y experiencia en la conducción de su vida, especialmente en lo que respecta a la parte moral y espiritual de su ser.

Grandes son las desventajas que puede acarrear al hombre la propensión a creer y grande también la inseguridad que le origina. Se comprenderá esto mejor si se tiene presente cada una de sus consecuencias y se las compara con las bondades que experimenta el que sabe, cualquiera sea el terreno en que se ubique o actúe, puesto que el saber es el consejero que emergiendo de lo interno de nuestro ser nos brinda con toda amplitud la información que necesitamos en cada caso.

Quien suplanta el saber por la creencia no podrá menos que aceptar las consecuencias que trae consigo el manejarse supeditando el libre albedrío a la creencia abrazada o inculcada, ya que, al fin de cuentas, ello no es otra cosa que claudicación de inteligencia.

El saber que se adquiere por vía del estudio y la experiencia pone al hombre a cubierto de los riesgos a que lo expone esta propensión.

Prop.: A LA ILUSIÓN

Al examinar los motivos que influyen en las manifestaciones de esta propensión, hemos de tomar en cuenta la acentuada característica voluble presente siempre en el sujeto que la padece.

Ya en la niñez, por lo mismo que en esa edad no se piensa ni discierne, el ser experimenta una atrac-

ción irresistible hacia lo quimérico, hacia lo que está más allá de las realidades objetivas y subjetivas a su alcance. Si bien esto es natural en todos los niños, hay entre ellos los que se caracterizan por un manifiesto exceso de fantasía en cuanto se les ocurre. Tal exuberancia quimérica es, sin embargo, susceptible de modificarse, puesto que el niño no está inhabilitado para captar, razonar y comprender, y puede hacerlo muy bien auxiliado por su propio espíritu cuando padres y maestros concurren a guiarle adecuadamente.

Hemos de mencionar aquí a la facultad de imaginar, por ser ésta la que desde temprana edad exalta y halaga la reflexión con proyectos irrealizables y la recrea con su fantástico despliegue de imágenes. Pero recordemos lo expresado al principio, al señalar que la **volubilidad** es un rasgo característico del que tiene esta propensión, pues hemos de pensar que no sólo el exceso de imaginación influye en ella, sino también la existencia en el sujeto de un estado negativo afín con el rasgo que define su tendencia. He aquí descrito el campo favorable al desarrollo de la propensión a la ilusión, que tanto dominio llega a cobrar sobre el ser cuando nada se opone a su apogeo quimérico.

La ilusión es como un velo mágico y esplendente que oculta la verdadera faz de las cosas; un velo que sólo permite ver lo fácil y hermoso de cuanto se refleja como proyecto en la pantalla mental, mientras impide la visión de lo difícil e ingrato del mismo y hasta la inoperancia —si es que existe— del propio esfuerzo

para llevarlo a cabo, la que se hará presente, no cabe duda, tan pronto el ser se disponga a concretar ese proyecto. Podríamos considerarla como un anticipo, casi siempre en exceso generoso, que pretendemos hacernos de un bien u objeto cuya posesión anhelamos. Se asemeja en cierto modo a un sueño, ya que la imagen que el recuerdo nos trae de él durante la vigilia, dista mucho de la realidad. La ilusión es asimismo comparable con esas efímeras y diminutas mariposas que parecen nacer espontáneamente en torno a un foco luminoso, pues lo mismo que ellas, muerta una surge otra, como si el hombre necesitara de semejante falacia para estimular su vida.

El que no se entrega a la ilusión sobrelleva con menos dolor los golpes que le asesta la realidad, por hallarse prevenido; pero el que confía en ella totalmente, seducido por los artificios de la imaginación, cuyo canto de sirena es precursor del engaño, permanece por tiempo sumido en oscuro desaliento, pues el golpe que recibe hiere cruda y sutilmente su sensibilidad.

Siguiendo los pasos del sujeto afectado por esta propensión, puede apreciarse cuán insegura se torna la vida cuando se la aparta de lo real y positivo. Ella es capaz de poner en peligro el equilibrio moral y material de los seres. Harto conocido es el caso de aquellos que alentados por la ilusión de aumentar sus ganancias, sea en un negocio, sea en el juego, terminan embarcando sus bienes y hasta su honor. Más de un suicidio nos hace evocar el proceso seguido por los que no tu-

vieron luego fuerza ni ánimo para sobrellevar el triste saldo de su temeraria aventura.

La exacerbación de deseos ocultos suele ser causa de situaciones como las que acabamos de citar; por eso es bueno prevenirse, grabando bien en el entendimiento que la ilusión, al transgredir los cánones de la realidad, expone siempre a desenlaces poco felices.

Una vigilante atención sobre esta tendencia permitirá neutralizar rápidamente la seducción que lo ilusorio ejerce sobre los sentidos, con lo cual se experimentará la efectividad del autodomínio, tan valioso como necesario en la vida consciente del ser.

Prop.: AL DELEITE DE LOS SENTIDOS

Al referirnos a este tópico debemos aclarar que consideramos a los sentidos dentro del orden que corresponde estrictamente al instinto. En otros términos, no concedemos a los sentidos prerrogativa espiritual alguna, salvo cuando el instinto se ha liberado de su influencia nociva en virtud del proceso de evolución consciente, que conduce al equilibrio de los impulsos pasionales.

Concurren al despertar de esta propensión factores externos e internos. Son factores externos las lecturas libidinosas, las películas cinematográficas lujuriosas-

mente crudas, las conversaciones impúdicas, la música excitante y todo lo que de un modo u otro estimule las bajas pasiones. Factores internos son los pensamientos que responden a la influencia del instinto, que es el que exacerba las pasiones.

La propensión al deleite de los sentidos indica principio de relajamiento de la voluntad, disminución de la capacidad para resistir la influencia de los estímulos pasionales, inhibición espiritual progresiva, debilidad creciente por las cosas pasajeras o efímeras; en suma, implica una actitud psicológica negativa, por cuanto inclina al ser a disfrutar preferentemente de los goces materiales. Esta propensión llega a estados de embriaguez psíquica, porque ocasiona el relajamiento transitorio de las facultades mentales, de las que el ser llega a prescindir en los momentos de excitación.

Pruebas de las perturbaciones que el sujeto sufre cuando la propensión se halla en vías de convertirse en un mal dominante nos la dan: el hombre que abandona familia y hogar a cambio de una vida ruidosa y desordenada; el que sugestionado por el juego se entrega a él sin reparos de conciencia dispuesto a exponerlo todo; el que se destruye a sí mismo y sacrifica los afectos más caros por los placeres que le proporciona el alcohol; el que empaña su reputación y su honra por una vida económica fácil y pródiga en lujos y placeres.

Para neutralizar esta propensión debe encararse una abstinencia gradual, mientras se da tiempo a que el

proceso de evolución consciente repare los efectos de tan ingrata característica y ofrezca, en reemplazo de los falsos goces que proporciona, las satisfacciones inefables que el propio espíritu se encarga de brindar.

Cuando el hombre logra trascender su propensión al deleite de los sentidos se coloca en inmejorable posición para encarar los problemas inherentes a una vida más amplia y de mayores posibilidades para el cultivo de su espíritu.

Prop.: AL AISLAMIENTO

Sobreviene cuando el individuo es atrapado por extraños pensamientos de escepticismo e indiferencia. Perdida la fe en sus semejantes y en sus posibilidades, éste se procura el aislamiento como medio seguro de inmunidad social. Pero la propensión a aislarse tiene también su causa en la cortedad, en la escasa capacidad —tantas veces motivo de la falta de confianza en sí mismo—, en la reserva, la hosquedad, etc., y también se descubre su origen en el niño cohibido, en el apocado o retraído. A este respecto diremos que si bien se ha de ser cauto en el uso de los estímulos que se le brindan a la criatura para fomentar su desenvolvura —todo requiere una medida prudente—, habrá que emplearlos abundante y empeñosamente en el niño que

ofrece esta tendencia, procurando neutralizarla lo antes posible si se quiere evitar que algún pensamiento indeseable o improductivo, incubándose en él secretamente, domine un día su voluntad y con los años trastorne su juicio.

Sea cual fuere el origen de esta propensión, concluiremos siempre en que aislarse es un error cuya persistencia lleva al sujeto a lamentables extremos de misantropía.

El aislamiento voluntario endurece los sentimientos del hombre y traba las facultades de su inteligencia. Le hace vivir en la ilusión de un retiro psicológico que cree disfrutar solo, sin admitir que lo acompañan en su fuga pensamientos que le tornan raro e intratable.

Razones sobran para pensar que quien se empeña en vivir aislado es, además de insociable, egoísta, puesto que se desentiende de las aflicciones y problemas de la humanidad, en cuyo contacto está obligado a vivir por ley natural.

La convivencia entre los semejantes dentro de la esfera donde cada cual despliega sus actividades y pone de manifiesto sus gustos, aptitudes, preferencias o aficiones, es tan necesaria y útil al hombre como la movilidad para evitar el entumecimiento de sus miembros.

Es una inclinación muy frecuente, cuya presencia en el individuo nos advierte que la imaginación obra en él sin el control de las demás facultades de su inteligencia.

Se observa casi siempre en las personas de cortos alcances o escasa cultura, y en sus manifestaciones hay algo de sobreestimación.

El examen de esta propensión nos señala al ser que se engaña a sí mismo creyendo que sus exageraciones hacen aumentar la fuerza de convicción de sus palabras, sin reparar que esa misma hipertrofia las expone a caer en el vacío. El sujeto tiende a abultar el volumen de las cosas seducido por el afán de impresionar, de asombrar, de llamar la atención. En el fondo es un recurso artificioso con que procura suplir la carencia de medios para lograr por vía natural el mismo efecto. De ser el propenso buen observador, comprobaría cuán pronto aumenta el número de los que huyen de él y se dedicaría a hacer algo más efectivo en provecho de sí mismo.

Cuando la exageración deja de manifestarse como simple propensión para establecerse como hábito, el sujeto habla, se mueve y acciona bajo el predominio de la ficción, debiendo sufrir de continuo las consecuencias de vivir fuera de la realidad.

El que adolece de esta propensión experimenta invariablemente el deseo de ser creído, y, cuando lo logra, se siente invadido por la emoción torpe y vulgar de un triunfo baladí. Cuán opuesto es ese estado de ánimo al que se disfruta tras la eliminación paulatina de esta tendencia, mientras se activan internamente las posibilidades de ser, hacer y poseer sin que se oponga a ello el engaño.

Prop.: A LO FÁCIL

La escasa ejercitación de la facultad de pensar hace que el ser, por gravitación de su misma inexperiencia mental, se incline hacia lo fácil. Ejemplo de ello lo tenemos en el individuo que, acosado por algún problema, asunto o situación que lo preocupa, acude habitualmente en busca de alguien que se lo resuelva, librándose así del esfuerzo que la circunstancia le demanda; es decir, se vale de la mente ajena, no de la propia, para salir del paso.

Esta propensión debilita la voluntad, pues inhibe el ánimo y detiene el pronunciamiento de cualquier determinación que implique incorporar una actividad mayor o más importante que la que se cumple de ordinario.

Signo evidente de mediocridad, ya que bajo su in-

fluencia el individuo espanta o rechaza todo lo que le demanda un mayor uso de sus energías volitivas, priva de ensayar la propia aptitud en la prosecución de nuevos objetivos. El sujeto busca conducir su vida sin obligarla a mayores esfuerzos, resistiéndose por tal motivo aun a lo medianamente difícil y limitando al mínimo el esfuerzo personal.

Los seres propensos a lo fácil están amenazados por una vida de rutina. Ya por no obligarse a un mayor rendimiento de su capacidad, ya por apocamiento o indeterminación frente al fantasma de los inconvenientes, siempre están prontos para rechazar toda oportunidad de introducir mejoras en su vida.

Son seres que carecen de aspiraciones y, en caso de tenerlas, las nutren de ilusiones, confiando al azar sus conquistas.

Nunca es conveniente allanar en demasía los pequeños problemas de los hijos, si se quiere impedir que la propensión a lo fácil aparezca más tarde en ellos, inhabilitándolos para resolver por sí mismos sus dificultades y procurarse mayores posibilidades de desenvolvimiento en la vida.

Las energías que mueven la voluntad se generan a través del esfuerzo y sufren merma cuando se las considera innecesarias. La propensión a lo fácil resta fuerza a la voluntad porque la mantiene poco menos que inmóvil, impidiendo al hombre, en consecuencia, forjar determinaciones que lo conduzcan a posiciones futuras más ventajosas.

Esta propensión tiene por causa la inercia de la mente, la cual proviene, a su vez, de la incapacidad de mantener en constante actividad las facultades de la inteligencia y el ejercicio de los pensamientos.

Se define en el desprecio que el ser siente por su vida, como si cada día vivido en las condiciones de abandono que su propensión le va creando, acentuara un oculto rencor hacia su propia persona.

Contribuyen a su manifestación la ausencia de incentivos, la desesperanza, los fracasos reiterados sin haber extraído de ellos consecuencias provechosas, el oscurecimiento mental que anula en el ser toda posibilidad de encontrar una salida feliz para su situación, etc.

Es común en el hombre que carece de defensas morales y de capacidad para encontrar en cada experiencia de la vida, por amarga que sea, la enseñanza positiva destinada a orientar sus pasos futuros. No siempre, sin embargo, esta propensión se localiza en sujetos abatidos por la adversidad. Propenden también al abandono, muchos seres que no han sufrido ni fracasos ni decepciones, pero que han crecido privados de toda disciplina formativa o han sido víctimas del abandono en que vivieron sus padres o del medio que los rodeó.

Tanto la vida desarreglada y sin orden como la falta de obediencia y sujeción a toda norma que tienda a enaltecer y dignificar la conducta, pueden deslizarse al abandono. Prueba de ello nos la da la juventud de nuestros días, perturbada por la relajación de las costumbres, que corre inconscientemente hacia la destrucción de sus valores morales y espirituales. La vida parecería haber perdido para ella sus nobles estímulos, tal la desaprensión con que la vive, transformándola en vulgar pasatiempo.

Es por demás doloroso el cuadro que nos ofrece el ser que propende al abandono. Cuán lejos se halla éste de pensar, pese a lo fácil de hacerlo, que es menester tomarle gusto a la vida y descubrir las ilimitadas prerrogativas que ofrece. A ello conduce, precisamente, el proceso de evolución consciente que puede realizarse por medio de la Logosofía, proceso que hace florecer la alegría de vivir y vigoriza la energía interna transformándola en potencial dinámico de la voluntad.

La seguridad respecto a esto es lo que nos ha movido más de una vez a afirmar que nuestra ciencia es capaz de orientar y encauzar la mente del hombre hacia un quehacer grato y positivo, el cual, lejos de internarlo por caminos inciertos, lo conduce a reavivar el fuego del espíritu y a sentir el palpitar de la vida en latidos profundos, llenos de esperanza en el propio futuro y de confianza en la propia capacidad de acción.

El encauzamiento de la vida bajo una orientación firme y adecuada a las necesidades vitales del alma humana permite el reordenamiento de las ideas y de los pensamientos, y, en consecuencia, soluciona el problema de esa decadencia moral manifiesta en la propensión que acabamos de considerar.

Prop.: A LA DISCUSIÓN

Nos referimos al sujeto que discute porque sí, porque le place o le entretiene; al sujeto que no toma en cuenta o no le importan los conflictos enemistosos que suelen surgir de la discusión y a ella se lanza empujado por el prurito de prevaler en cualquier tema que le de motivo para sostener sus puntos de vista.

Se discute en tales casos sólo por afán de oposición y a menudo con la intención de dejar mal parado al contrincante, que a su vez puede ser terco u obstinado, o predispuesto a acalorarse y resentirse.

Es común que los que discuten a instancias de esta tendencia sean los menos idóneos en las cuestiones que tratan, lo cual no disminuye en nada la vehemencia con que sostienen las razones que abona su magra y obstinada dialéctica.

Por lo general, el afectado por esta propensión procura objetar cualquier razonamiento, por acertado

que sea, tratando por todos los medios a su alcance que destaque o prevalezca el propio, actitud que lo particulariza como sujeto presuntuoso y poco considerado con sus semejantes.

Si quien tiene esta predisposición se colocase frente a un espejo y discutiera consigo mismo, fácilmente descubriría en su figura la inoperancia de su propia insipidez mental.

La propensión a discutir lleva siempre al mismo resultado: perder inútilmente el tiempo que podría aprovecharse en algo útil. Para evitarla basta con no dar rienda suelta a la lengua cuando se desata en argumentos discursivos y sofísticos.

Desde luego que la propensión a discutir deja de ser una inclinación defectuosa en la persona que procura encontrar por medio de ella puntos acordes que salven las diferencias con el prójimo. Se busca en este caso el intercambio de criterios, lo cual, llevado a cabo con un fin constructivo entre personas respetuosas de la opinión ajena y celosas de la cordialidad que las une, permite encontrar la forma transigente que las aproxima a la coincidencia.

La discusión asume su verdadero carácter en el libre examen, en el cual los criterios armonizan y se aúnan mediante la observación, la experiencia y el grado de realización individual alcanzado por las partes, sin perderse nunca de vista que toda actitud o pensamiento extraño al propósito que allí concurre altera el orden que debe reinar para que los resultados

sean óptimos. No puede negarse el carácter constructivo que tiene la discusión cuando los que intervienen procuran confirmar algún acierto o se muestran permeables al reconocimiento de un error puesto de manifiesto por la opinión contraria.

Prop.: AL DESALIENTO

Esta propensión cunde en el ser por fracasos o reveses reiterados.

Se manifiesta como incapacidad del sujeto para afrontar situaciones penosas, sumándose a ello la incompreensión de lo que le sucede, cuyas causas a menudo presume ajenas a sus culpas.

Es propia de seres moralmente débiles y, por lo tanto, expuestos a que cualquier circunstancia dolorosa agote su resistencia.

Esta propensión puede sobrevenir de pronto, bajo la fuerte presión de sucesos adversos, y aparecer luego con intermitencias tras cada uno de los acontecimientos tristes de la vida.

La inclinación del ánimo al desaliento invalida un tanto la facultad de pensar y oprime la sensibilidad, privándola de una de sus manifestaciones más bellas: la que hace reverdecer las esperanzas y mantiene vivo el anhelo de un futuro mejor.

Se apreciará la importancia que tiene librarse cuanto antes de esta propensión que angustia la vida y la postra en la esterilidad.

El conocimiento trascendente explica los diferentes aconteceres que nos sorprenden en la vida diaria y propicia las soluciones que en vano implora el hombre de la Providencia, por ser él mismo quien debe providenciar para sí los recursos que habrán de fortalecer su alma y librarla del desaliento como de un mal que tiene que alejar de sí definitivamente.

Prop.: A LA DESESPERACIÓN

La propensión a desesperarse es típica de la inhibición psicológica que experimentan algunos seres a raíz de dificultades, problemas o sucesos ingratos que deben arrostrar. Se revela, sin lugar a dudas, en personas impotentes para sobrellevar el infortunio o poco avezadas a luchar contra él.

Cualquier hecho adverso cobra en su mente exagerado incremento y las abisma en la desesperanza, siendo fácil suponer el estado en que habrán de sumirirse cuando el motivo de sus padecimientos alcanza real volumen.

Acompaña por lo general al propenso un pensamiento obsesionante que le hace ver todos sus males

como irreparables y sus problemas imposibles de resolver. Este sujeto revela impaciencia, inseguridad y gran descontrol mental, factores éstos que confluyen en desasosiego, cuyo escape es el estallido nervioso. Llegado a este punto crítico, el afectado acusa un sensible debilitamiento de la voluntad.

Se atenúa y aun puede eliminarse esta angustiosa tendencia vigorizando la vida con nuestro método de adiestramiento mental y del espíritu; al par que la alienta, permite sostener el ánimo con valentía en cada trance que pone a prueba sus fuerzas.

Remedio eficaz para contrarrestar esta propensión es pensar que la crisis circunstancial que se padece podría haber sido diez veces mayor. ¿Qué se hubiera hecho entonces? Sirva, pues, de elemento equilibrador esta reflexión, y, en lo sucesivo, procúrese hacer lo que mejor se estime para dominar esos estados que abaten el ánimo y quebrantan la moral. Nuestros conocimientos ofician en todos los casos de “antibióticos” mentales, eliminando los “microbios” psicológicos de la desdicha humana, vale decir, los pensamientos negativos.

Prop.: A LA DESATENCIÓN

Son causantes de esta propensión la holganza mental, el hábito de sumirse en abstracciones estériles y la falta de idea clara respecto de la responsabilidad que incumbe en la conducción de la vida.

Revela falta de actividad mental consciente. El hombre que no piensa vive por lo general distraído, con lo cual coopera a su empobrecimiento moral y espiritual.

Es ésta una propensión particularmente negativa, por cuanto intercepta el normal desenvolvimiento de las actividades o actuaciones diarias, siendo evidente que quien no procura destruirla a tiempo termina por sentir sus efectos en forma acentuada, persiguiéndole de continuo percances, contratiempos u otras situaciones ingratas acarreadas innecesariamente sobre sí.

Esta propensión puede restar al hombre defensas, ya que la desatención subtrae a la observación múltiples detalles, importantísimos cuando se trata de tomar una resolución, formarse un juicio, extraer una conclusión, decidir una conducta, etc. Además, el ser que no está atento a cuanto ocurre en torno suyo o en el mundo, suele acoger con temeraria ingenuidad cualquier versión que escucha desprevenido de sus riesgos.

Nada constructivo podrá hacer en su vida quien

pasa la mayor parte del tiempo sin conciencia de la realidad que interpenetra su ser y mueve los hilos de su existencia individual.

La atención a todo quehacer, a todo acontecer de la vida no sólo es factor de actividad, sino también estímulo poderoso para el desarrollo amplio de las aptitudes. Si a esto se suma la atención que demanda el proceso de evolución consciente que cada ser humano debe realizar para conocerse a sí mismo y a la realidad cósmica que le rodea, se asegurará el concurso permanente de la conciencia, que es, en definitiva, la que debe regir el mecanismo de la atención.

Prop.: A LA IRA

Esta reacción violenta del ánimo se produce en el propenso por motivos que le indignan y resienten, incitándole a tomar represalias contra la persona que de hecho o de palabra lo ha ofendido, dañado o ha cometido, simplemente, el error de excitarle. Predomina en este sujeto el descontrol mental, y sus exabruptos se repiten e incrementan por inducción de deficiencias que anidan en él, como la intolerancia, el orgullo y, sobre todo, el resentimiento o el rencor.

Fácil es colegir que los estados de ira se desencadenan por conducto del instinto; de ahí que sus exte-

riorizaciones adquieran relieves inconfundibles de irracionalidad.

Cuando ningún factor moral y espiritual contribuye a atemperar esta propensión, ella tiende a desplazar totalmente las actitudes serenas, de suerte que el sujeto, por la violencia y el ensañamiento que lo caracterizan, termina por alejar de sí a sus semejantes, hecho que muestra a las claras la agudización del mal.

El desconocimiento de la propia psicología y el ignorar la acción tiránica de ciertos pensamientos incitantes que cobija la mente, hacen que el hombre propenso a la ira no pueda contenerse y permanezca a merced de sus arrebatos.

Siendo esta propensión marcadamente temperamental, se comprenderá que su eliminación requiere una voluntad a toda prueba y una celosa vigilancia de los pensamientos que tienen preeminencia en la mente. La observación ayudará a descubrir los factores negativos que desde lo interno activan la propensión, a los cuales habrá que aquietar primero y luego desarraigat. Será asimismo de gran eficacia tener presente el espectro desagradable de la inutilidad de esta propensión y de sus consecuencias, siempre ingratas.

Liberarse de la ira es sacar del paso uno de los tantos suplicios internos que mantienen la vida en permanente angustia y desazón. Se impone, pues, luchar contra un mal que estruja los sentimientos y convierte en desdichado al que lo padece.

Es ésta una propensión que inhibe al hombre en el sentido de tomar determinaciones oportunas y felices con activa participación de su esfuerzo y aptitudes. Atraído por la parte artificiosa del azar, prefiere éste confiar en temerarios desenlaces, que pocas veces resultan favorables.

Se advertirá cuánta ilusión, ingenuidad e insensatez se cobijan en el sujeto que así se conduce.

La imposibilidad de conquistar por los propios medios lo que se desea, ya por incapacidad, ya por desproporción entre las ambiciones y las aptitudes para ponerlas al alcance, es a menudo causa de esta propensión en el hombre, cuya mente comienza a activarse con la idea de que el azar puede colmar sus deseos, solucionar sus problemas o convertirlo de la noche a la mañana en privilegiado de la fortuna. De esta actitud ilógica nace lo que a tantos lleva a correr incansablemente tras el sugestivo hechizo de la suerte.

Quien confía en el azar pone en ello buena parte de especulación, pues tiende a hacer lo menos posible en favor de sus necesidades o aspiraciones. Así lo demuestra quien realiza una operación comercial sin previo examen criterioso de los problemas que esas cuestiones entrañan y sin asegurarse sobre la forma de contrarrestar eventuales reveses; quien emprende

un largo viaje sin poner su vehículo en condiciones; quien pretende salir de una enfermedad sin hacer de su parte nada para librarse de ella; quien adelanta o compromete valores confiando en que han de multiplicársele prodigiosamente; quien confía en el juego para remediar su precaria economía.

La confianza en el azar somete al individuo a situaciones de apremio. Es la suya una vida insegura, amenazada por la imprevisión, pues bajo el hechizo del azar llega a arriesgarlo todo sin reparar en consecuencias.

Ni las aflicciones, ni la realidad más convincente curan al sujeto de su cándida tendencia, porque siempre ensaya alguna justificación a modo de consuelo para atenuar su error. Cuántos fracasos, cuántos engaños necesita experimentar para llegar al epílogo de su equivocada conducta.

Para evitar que esta propensión se convierta con el tiempo en fuerza psicológica dominante, aconsejamos esperar lo todo de la propia capacidad. Recuérdese que lo futuro jamás debe dejarse en manos del azar, ya que con ello se corre el riesgo de anular las propias posibilidades.

Confiar en sí mismo; he ahí la clave. Confiar en sí mismo sin recurrir jamás a una aparente Providencia manifiesta bajo el signo del azar.

Esta propensión abunda, a veces con claros contornos de deficiencia, en los seres menos capacitados mentalmente, en quienes se revela como actitud poco benévola, siempre dispuesta a lesionar la reputación del semejante y pocas veces a defenderla. Se manifiesta por rivalidad, por represalia, por simple deseo de hacer daño, etc., lo que demuestra que la propensión actúa por influjo de alguna otra deficiencia de muy bajo nivel, como la envidia, el rencor, la malignidad, el odio, cuya presencia en el individuo es totalmente descalificante.

Es común que esta propensión se incube en la infancia, donde se la ve insinuarse en el niño que tilda con ligereza lo que otros dicen o hacen, en el que pone motes a trochemoche o en el que acusa sin reparos a sus hermanitos y compañeros de escuela o de juego. Desde luego que así como tales síntomas desaparecen en el niño que se forma dentro de un ambiente culto, éstos se acentúan cuando recibe a toda hora estímulos que fomentan su tendencia o cuando crece huérfano de nociones que lo ilustren respecto de las ventajas del bien sobre el mal. Puede decirse que salvo los casos en que la propensión revela la persistencia de lo que es natural o innato, la manifestación defectuosa pronto cede bajo la presión saludable de la edu-

cación y el buen ejemplo. Así, pues, cuando observamos a un sujeto ya adulto complaciéndose en la murmuración, en la censura o en la maledicencia, admitamos como posible que ello sea el resultado de haber vivido desprotegido durante la primera edad, en que el ser está totalmente a merced de los estímulos que recibe.

Debe combatirse este mal con gran tenacidad, propiciando en sí mismo la **buena intención** toda vez que se vierte un juicio sobre el semejante.

El conocimiento de los pensamientos y su selección dentro de la mente neutraliza tan ingrata tendencia y permite al ser edificar un buen concepto de su persona, por cuanto le guía hacia una actuación reparadora de sus anteriores yerros.

Prop.: AL PESIMISMO

Esta propensión se caracteriza por un estado depresivo del ánimo que debilita la voluntad y adormece las facultades de la inteligencia. Vale decir que el afectado está expuesto a malograr las prerrogativas naturales que le asisten, porque su mismo mal aleja de sí los estímulos necesarios para hacerlas efectivas.

Situándose por momentos lejos de la realidad, tiende a verlo todo con la mirada oscurecida, acaso por re-

cóndito despecho, y su mente se puebla de tristes vaticinios que jamás se cumplen (porque todo en la vida sigue el curso que debe seguir), prueba de que no se los tiene en cuenta.

El propenso al pesimismo justifica su apatía afirmándose en la idea de que nada ha de salirle bien. Frente a una perspectiva que se le pinta halagüeña sólo parece esperar el giro desfavorable que imprevistamente podría tomar, sorprendiendo cómo su propensión logra ensombrecer su mente, mejor dispuesta, diríase, a recibir la noticia de un nuevo fracaso, que la de un éxito.

Cada revés que experimenta es un motivo más que suma a los que ya alimentan su desconfianza y, como si no le bastara, hace acopio en su mente de infinidad de hechos adversos ocurridos a sus semejantes.

Con el tiempo, esta propensión hace perder el gusto a la vida; además de inepto, torna al ser insensible a los poderosos estímulos que ella le brinda para que disfrute de sus bienes con alegría. A decir verdad, el pesimismo es en tal grado funesto que no permite que fructifiquen en la mente ideas felices.

El sujeto vegeta mientras dura su estéril vida. Acaso allá en lo íntimo de su ser aún conserve la imagen de alguna esperanza que alentó su vida, pero cuyo recuerdo sólo le sirve ahora para acrecentar el descontento que se ha adueñado de él. Por lo general termina sus días renegando de su destino, aun cuando haya de-

pendido sólo de su esfuerzo y determinación el que ese destino le hubiese sido propicio.

Cuando sólo se tiene propensión al pesimismo conviene pensar que con el tiempo podría uno llegar a convertirse en un ser moral y espiritualmente vencido, en un ser carente de estímulos que invitan a vivir. Acaso ello decida a querer aumentar el caudal de esos estímulos antes de que se agote y, teniendo presente recomendaciones de este libro, se opte por hacer lo que en primer lugar corresponde, esto es, una revisión prolija de los pensamientos que circunstancialmente deprimen el ánimo y llenan la mente de escepticismo. El conocimiento trascendente, energía viva y estímulo permanente, ayuda a desalojar esos pensamientos tan pronto se establece una firme vinculación con él, pues insufla en la vida alegría y optimismo e impulsa hacia el logro de posibilidades totalmente alcanzables, motivos éstos que hacen perder a la propensión todo asidero en el ser.

Prop.: A LA LICENCIA

Esta propensión acusa negligencia y desaprensión por parte del sujeto hacia lo que en el orden de las costumbres y de la conducta merece respeto dentro de la sociedad. Influenciado por ella, tiende a la desconside-

ración de toda norma o principio ético y sensible, sin tomar en cuenta su importancia social y sin tener noción del daño que con ello ocasiona tanto a sí mismo como a sus semejantes. En una palabra, tiende a menospreciar lo correcto, confundiendo los medios que hacen posible la convivencia decente y honesta con aquellos otros que propician el libertinaje.

Bajo el rótulo de libertad individual, tan explotado por las pretendidas ideas democráticas, el propenso a desmedirse, sea en lo que fuere, pronto termina por incurrir en excesos que ponen de relieve el rápido arraigo de una modalidad que se ha tornado seriamente negativa y peligrosa. La propensión, transformada ahora en deficiencia, se traduce en manifestaciones de rebeldía, siendo difícil su destierro, pues quienes la poseen se hallan bajo la presión de ideas disolventes, tan perniciosas como las que fomenta el mismo fanatismo.

Esta negativa tendencia se advierte en todos los niveles sociales. Se la observa entre obreros y empleados, estudiantes y profesionales, y en todos los casos revela al ser que no tiene idea clara acerca de la libertad con que pretende regirse, o no sabe que libertad significa también respeto, medida, dignidad, considerándola tan sólo cuando tolera el abuso y el desenfreno. Ha de saberse, no obstante, que la libertad no se concibe ni se ejerce cabalmente si la **responsabilidad** no la acompaña como la sombra al cuerpo que la proyecta.

Terreno propicio a la expansión de la licencia es la falta de una sólida y efectiva educación social, que

habilite al ciudadano para defender su vida contra la tremenda avalancha de estímulos negativos de la hora presente; hora que arrastra consigo los gérmenes de la descomposición moral y espiritual, propaga la corrupción de las costumbres, el desprecio a la dignidad humana y abre fácil brecha entre la juventud, víctima de la inexperiencia, la desorientación y el desamparo.

Teniendo, pues, en cuenta su rápido avance en todos los sectores de la sociedad, conviene no olvidar que si el número de afectados crece en la medida en que el mal se extiende, o sea en proporción al avance de la licencia convertida en norma, el esfuerzo de quienes no desean aumentar su número debe reflejarse en la propia conducta, confiriéndole a la misma un alto grado de dignidad, honestidad y respeto.

Prop.: AL DESCUIDO

Afecta esta propensión sensiblemente al individuo porque se opone al aprovechamiento de sus aptitudes, las que utiliza irregularmente, o sea, sin la constancia y esmero necesarios a su buen rendimiento.

El descuido revela indolencia mental. Preocupaciones y responsabilidad son olvidadas por él tan pronto su atención, habituada a moverse incontroladamente, cambia de dirección atraída por otros motivos, a me-

nudo fútiles, que afinan con sus gustos y que no derivan en esfuerzos graves para él ni contrarían su disposición a zafarse de sus obligaciones.

Esta propensión resta eficiencia en el estudio y en el trabajo, por cuanto el sujeto no persevera ni se esfuerza en la atención que tales quehaceres reclaman. Obra éste con ligereza, con despreocupación e irresponsabilidad procurando abreviar esfuerzos y sin pensar que las consecuencias le acosarán luego, seguramente, como acontece cuando no se toman providencias.

La propensión al descuido no implica siempre, como parece, carencia de aptitudes. Lo prueban la facilidad, habilidad o ingenio que algunos descuidados ponen de manifiesto cuando, olvidando acaso algún quehacer inmediato, se disponen voluntariamente a hacer algo que condice con sus aficiones; algo generalmente improductivo, por no responder a deberes ni a necesidades, sino que, como un entretenimiento más, viene a llenar el tiempo "ganado" en cada descuido.

La distracción e irresponsabilidad propias de la edad infantil suelen generar esta propensión, que persiste llegando el ser a la juventud y aun la lleva a cuestras en la madurez. Nos referimos a los que tal vez han crecido bajo la mirada indiferente y la falta de capacidad para conducirlos de quienes rodearon su infancia. He ahí de donde parte con frecuencia esta propensión, que expone al hombre a sufrir muy variadas consecuencias, desde las que provienen de su actuación en los medios que frecuente, traducidas en desmérito de su persona,

hasta las que resultan de hechos más graves e irreparables por no haber tenido en cuenta detalles o no haber hecho oportunamente aquello que pudo evitarlos.

La evolución consciente destierra esta propensión, pues promueve en el ser la actividad de la conciencia, con lo cual el descuido se va debilitando hasta su desaparición radical. Medítelo el lector y compare las consecuencias que acarrea el descuido con los beneficios que pueden lograrse teniendo siempre en las manos el hilo conductor de todos los asuntos que nos preocupan, cuya esmerada atención nos incumbe a todos por igual.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

	Pág.
METODOLOGÍA DE LAS DEFICIENCIAS Y PROPENSIONES	7
Introducción al estudio de las deficiencias y propensiones del ser humano	9
Deficiencia y antideficiencia	17
Técnica para enfrentar las deficiencias	19
Deficiencias generalizadas en el ser humano	25
Clasificación de las deficiencias	27
Cómo neutralizar una deficiencia	28
Tabla de deficiencias y antideficiencias tratadas	31
Propensión	33
Nómina de las propensiones tratadas	35

SEGUNDA PARTE

DEFICIENCIAS	37
Falta de voluntad	39
Impulsividad	46
Susceptibilidad	49
Indiscreción	52
Inadaptabilidad	56
Obstinación	59
Vanidad	62
Falsa humildad	65
Indolencia	67
Desobediencia	70
Irritabilidad	74
Cortedad	76
Soberbia	79
Desaseo	82
Falta de memoria	84
Engreimiento	92

	Pág.
Necedad	94
Displícencia	96
Impaciencia	98
Debilidad	102
Entrometimiento	104
Indisciplina	106
Hosquedad	109
Egoísmo	111
Desorden	115
Brusquedad	118
Intemperancia	120
Indiferencia	121
Codicia	124
Verborragia	127
Rencor	129
Incumplimiento	131
Vehemencia	133
Intolerancia	136
Amor propio	139
Terquedad	142
Credulidad	144
Inconstancia	146
Hipocresía	148
Curiosidad	151
Fatuidad	155
Negligencia	157
Rigidez	159
Petulancia	163

TERCERA PARTE

PROPENSIONES	165
Al engaño	167
A adular	168
A la frivolidad	171

	Pág.
Al disimulo	172
A prometer	174
A creer	177
A la ilusión	179
Al deleite de los sentidos	182
Al aislamiento	184
A la exageración	186
A lo fácil	187
Al abandono	189
A la discusión	191
Al desaliento	193
A la desesperación	194
A la desatención	196
A la ira	197
A confiar en el azar	199
Al vituperio	201
Al pesimismo	202
A la licencia	204
Al descuido	206

ESTE LIBRO SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EL DÍA 25
DE SETIEMBRE DEL AÑO
MIL NOVECIENTOS SE-
SENTA Y DOS EN LA
IMPRESA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REPÚBLICA ARGENTINA.